

Luis a Martínez

A LA COSTA

Luis a Martínez

A LA COSTA

(COSTUMBRES ECUATORIANAS)

1

Aquella mañana de agosto, clara y llena de sol, el doctor Jacinto Ramírez habíase puesto a trabajar en su escritorio antes de la hora acostumbrada. Sentado en un viejo sillón de vaqueta estampada, teniendo delante varios legajos de papeles amarillentos, y con su rostro enjuto, pálido y sombrío, y su larga barba gris, se asemejaba a los alquimistas de la Edad Media. Un rayo de alegre sol que entraba por una ventana abierta, iluminaba vivamente la figura del doctor, y dejando en una espesa penumbra lo demás de la habitación, daba a todo ese pequeño cuadro un aspecto casi fantástico.

Profunda preocupación o tristeza contraía frecuentemente el rostro impasible del doctor. Algo como una idea penosa y pertinaz atormentaba su cerebro, porque a cada instante dejaba la pluma, volvía a tomarla, trazaba algunas palabras en el expediente que tenía delante, para volver otra vez a suspender el trabajo. Al fin abandonó el sillón y púsose a pasear lenta y maquinalmente por la larga y oscura sala, acariciándose con una mano de larga barba, los ojos distraídos y como sin vista clavados en el pavimento, señales todas de una grave preocupación. Un instante paróse en el cuadro de luz que entraba por la ventana y fijó sus ojos en un ennegrecido retrato de cuerpo entero que se difuminaba en el fondo de la sala, contuvo un involuntario suspiro, y algo como una lágrima brilló en la mejilla iluminada vivamente por el sol. Volvió a inclinar la cabeza sobre el pecho, metió las manos en los bolsillos de largo paletó que llevaba, y continuó el interrumpido y monótono paseo.

¿Qué era lo que atormentaba al doctor Jacinto Ramírez, abogado de Quito, en aquella mañana clara y soleada del mes de agosto? El recuerdo de una catástrofe espantosa, cuyos detalles rememoraban uno a uno como si se complaciera en ellos, era lo que le traía tan preocupado y abatido...

El 16 de agosto de 1868, veintidós años antes, Jacinto Ramírez era estudiante de quinto año de leyes en la Universidad de Quito. Para esa fecha había ya rendido con buena votación sus exámenes, y preparábase a marchar, para pasar las vacaciones, a Ibarra en donde vivía su familia, numerosa y considerada en el capital de Imbabura. Aquella noche dejóse sentir en Quito un terremoto fortísimo, que agrietó casas y echó al suelo algunas construcciones viejas y mal equilibradas: lo que fue temblor fuerte en Quito, en la rica provincia de Imbabura fue cataclismo formidable. A la tarde del 17 de agosto circuló en esa ciudad la inverosímil noticia de la destrucción de los numerosos pueblos. Ramírez, intranquilo ya desde la víspera por la suerte de los suyos, con la noticia traída por un chagra de Otavalo, púsose violento y resolvió salir esa misma tarde para su tierra natal. Como concibió la idea, la realizó. Al anochecer del 17 galopaba en un mal caballo de alquiler, camino del Norte. Confusamente recordaba el doctor los detalles de ese viaje, tenía idea de casas resquebrajadas que a cada instante detenían la marcha de su cabello. ¿Caminó toda la noche? No lo recordaba, pero sí tenía aún en sus oídos el aullido de un perro vagabundo, en una loma; y en su retina el resplandor de una hoguera, en alguna choza cercana...

En la mañana del 18, después de pasar, no sabía cómo, los ríos sin puentes y los caminos convertidos en precipicios, dio vista a la provincia de Imbabura, a la que diez meses antes había dejado tan risueña y próspera. Como un alucinado, sin hacer gran caso de los pueblos y caseríos arruinados, y sin conmoverse con los alaridos salvajes de los sobrevivientes, caminaba, caminaba, dando largos rodeos, con una especie de instinto maravillosos para salvar los abismos que a cada paso cortaban el camino. Al anochecer dio por fin vista a la llanura de Ibarra. ¿Por qué no enloqueció entonces? Lo que tenía delante de sus ojos era algo pero que las visiones terribles de la pesadilla. La gran campiña, sembrada antes de ciudades, pueblos y haciendas, estaba allí a su espantada vista, informe, monstruosa, como si en todo el territorio hubiera estallado una mina inmensa. Las casas eran montones fragmentarios de piedras, tejas pulverizadas y maderas reducidas a astillas. Algún arco de iglesia resquebrajado se levantaba todavía como gigante solitario. Los árboles mismos, los copudos nogales, las palmas, los sauces verdes, que daban a Ibarra un aspecto oriental, como si hubieran sido asolados por un ciclón furioso, estaban allí tronchados o arrancados de cuajo, las raíces al aire, asemejándose a tentáculos de pulpos gigantes. Las llanuras, ayer vedes, unidas, tersas como alfombras de terciopelo, surcadas estaban por anchas grietas de las que manaba, como la podredumbre de la tierra, un lodo viscoso y hediondo, y las tendidas lomas que por sus redondeces abultadas parecían antes los pechos de una naturaleza generosa, ahora estaban desgarradas por el azote, mostrando quebradas y precipicios rocas y peñascos, vacíos de la tierra fecunda.

Y luego, en medio de ese cuadro digno de las visiones del Apocalipsis, como natural cortejo de un mundo lacerado y herido de muerte, alaridos salvajes de los sobrevivientes que huroneaban los escombros; gritos ahogados entre las ruinas, pidiendo socorro; el ruido sordo de un lienzo de pared mal equilibrado que se desploma levantando nubes de polvo; algún perro enflaquecido, el pelo erizado, los ojos brillantes, aullando por el perdido dueño;

y en los más remotos confines de ese campo de catástrofe, balidos temblorosos de reses espantadas...

Todavía a la memoria del doctor acuden en confuso tropel, detalles vivos y horripilantes ... Brazos y piernas sangrientos asomando entre las ruinas y sirviendo de pasto a miriadas de moscas; algún rostro exangüe y contraído por la visión última, saliendo entre dos fragmentos de muralla; alguna tela de vívidos colores, como florescencia de ese campo de destrucción. Y en todo el ambiente un olor de carne corrompida, olor de cementerio, de campo de batalla, de cataclismo. La desesperación, la locura, el idiotismo, pintados en los rostros de los sobrevivientes vestidos de harapos. Y la naturaleza, en tanto, como burlándose del dolor humano, haciendo lujo de nubes coloreadas, de cielo azul, de calma majestuosa y solemne; y el Cotacachi, eterno e impasible, resplandeciente con el último rayo del sol, de la tarde, dominando la inmensa llanura cubierta ya de las tintas de la noche.

En la memoria del doctor hay un vacío. No recuerda cómo encontró el sitio donde antes se levantaba el hogar de sus padres, ni de qué modo pudo orientarse en ese mar de ruinas informes que impedían el paso. Cuatro indios melenudos, de caras siniestras y miradas sombrías, le acompañaban, de muy mala voluntad, sin embargo de haberles dado en pago todas las pocas monedas que llevaba. Tampoco tenía una idea clara de los trabajos emprendidos en medio de los escombros para encontrar los cadáveres de los suyos. ¿Todos habían perecido? ¿Alguno estaba vivo aún después de tres días de estar sepultado? ¿O andaba vagando pro ese caos? Pronto lo supo. Como si la víspera hubiera presenciado la escena, el doctor recordaba que al separar una enorme viga apareció el cadáver del padre con la cabeza partida y horriblemente desfigurada, y con una mano en actitud de separar el pesado madero. El mismo, el hijo, con una indiferencia estúpida, había ayudado a mover el obstáculo y él mismo levantó trabajosamente el cadáver y lo colocó sobre los escombros. Siguió la faena, y a poco fue encontrado el cadáver de la madre, abrazado al de una niña de pocos años. Ambas mostraban rostros horriblemente contraídos por la suprema angustia de la asfixia. ¿Cuántas horas esas dos criaturas agonizaron pidiendo un auxilio imposible? Más lejos, el cadáver de un niño, de un hermano del doctor, casi destrozado y convertido en un montón de huesos triturados y de carnes laceradas... Y luego, más cadáveres, más horrores, toda la familia, en fin, sorprendida por la muerte en medio del sueño tranquilo y dulce. Después el doctor no recordaba ni cómo ni en dónde enterró, en confuso montón sin duda alguna, a todos los seres más queridos. ¿Cuánto tiempo tardó en llenar esa faena horrible?... Luego vino otra noche, pasada talvez, porque él no lo recordaba, al abrigo de una muralla en pie todavía, viendo circular por entre las ruinas, las lucecillas que iluminaban la labor de los vampiros, de los merodeadose algún sordo alarido de los infelices todavía vivos bajo los escombros; un mugido de un vientecillo helado entre los rotos arcos de un templo cercano; el aullido incesante de un perro extraviado; sintiendo que por el aire vagaba algo como el soplo de la muerte y del estrago... No enloqueció aquella noche horrible, no murió; pero si al día siguiente había envejecido medio siglo. El alma fue herida como con un cuchillo agudo, las facultades se embotaron y la noción del tiempo desparecieron de su conciencia. Aún después de veinte y dos años, un horroroso estremecimiento conmovía

todas sus fibras, el corazón le latía apenas, y a sus oídos llegaban los ruidos siniestros de aquella noche, y en el aire puro de la mañana que iluminaba la mesa del trabajo creía escuchar ese algo desconocido que anonadó entonces sus facultades como el soplo de un inmenso ángel de exterminio.

Después, lo recordaba, sin saber cómo, fue a parar a un campanario improvisado por los sobrevivientes, con pedazos de puertas y con harapos arrancados de las ruinas. Allí comió unos granos de maíz tostado en una teja, con avidez salvaje, porque hacía cuatro días que no había comido, o a lo menos no lo recordaba. ¿Cuántos días pasó en ese campamento? no lo sabía; pero con lucidez rememoraba la venida de los socorros traídos por García Moreno, la actividad devoradora de éste, su energía sobrehumana para vencer los obstáculos de toda naturaleza, su caridad inmensa. ¿Acaso ese hombre era el mismo de Jambelí?......

Años después había vuelto el doctor a su tierra natal. Los edificios se levantaban por todas parte; donde fue la casa de sus padres había otra, habitada por desconocidos; los árboles volvían a dar alabanza el aspecto de ciudad oriental, el césped de los campos estaba verde y unido; y las lomas, redondeadas otra vez por las lluvias y los vientos, asemejábanse a los pechos de una naturaleza fecunda; y allá en el fin de la llanura, el Cotacachi resplandeciente con su corona de nieve eterna, dominaba impasible y mudo la risueña provincia de Imbabura. Todo volvía a su antiguo estado, sólo el alma del doctor había quedado entenebrecida para siempre y tocada por una ponzoña incurable, la hipocondría.

II

El tiempo es el gran médico de las enfermedades del alma; atenúa, cuando no borra, las peores heridas, Ramírez sintió esa benéfica mano tan suave, tan insensible en la manera de obrar y pasados dos años del terremoto, en el cual había perdido familia, fortuna y gran parte de su vigor moral y de la fe en el porvenir propio, fue relegando a un rincón de su memoria los penosos recuerdos de entonces. A poco del cataclismo, regresó a Quito a continuar los estudios, único porvenir que le quedaba; pues el patrimonio con que antes contaba la familia, una tienda de comercio, había desparecido en la catástrofe. Difíciles fueron los días que atravesó en Quito; con una mensualidad de diez pesos mandadas por un cura, pariente lejano que vivía en un pueblo de la Costa, era necesario vivir; con esa exigua suma pagaba el miserable cuartucho y la ruin comida que le daban en un figón, y muchas veces faltaba la hedionda vela de sebo para poder estudiar las lecciones. Haciendo prodigios de economía y guardando centavo a centavo, podía comprar la pobre ropa que necesitaba para poder asistir a los cursos. Todas las expansiones propias de la juventud le

estaban absolutamente vedadas y los amigos que podían ayudarle y ser a veces un recurso inapreciable para las luchas de la vida eran para Ramírez de pura etiqueta; pues él, cohibido con la pobreza y su carácter huraño y triste, nunca intimó con nadie. Concluyó, empero, los estudios: atenta su notoria pobreza y teniendo en cuenta la aplicación y aprovechamiento notables, los derechos de exámenes y grados le fueron dispensados. ¡Con cuánta emoción recibió del cura una pequeña suma de dinero destinada a comprar la levita y el sombrero de copa para el grado! Este fue lucido y obtuvo una votación sobresaliente. ¡Cuánta vergüenza tuvo el nuevo doctor, al no tener con qué comprar una mala botella de vino para invitar a los profesores y condiscípulos, como es de costumbre en estos casos! Solo, huraño, avergonzado, con la muerte en el alma, dirigióse, concluido el examen, a su pobre cuartito, testigo de tantas miserias y amarguras y de tanto tesón y buena voluntad, sin tener a quien comunicar el triunfo obtenido, sin que hubiese una madre llorosa de placer ni un padre emocionado de contento que acogieran al nuevo abogado. Esa noche, que para tantos otros estudiantes, es de alegría, de goces mil, de esperanzas, fue para Ramírez, de lágrimas.

Poco a poco ganó algunas sumas de dinero en pleitos de asuntos de menor cuantía, hasta que la defensa que hizo ante un consejo de guerra de un pobre artesano acusado de conspirador, dióle con el triunfo, merecida fama de elocuente y conocedor de la ley. Luego vinieron otras causas más complicadas, en el despacho de los juicios anduvo acertado, y su reputación de abogado ganó bastante terreno. Estaba pues, libre de la miserias y con el porvenir asegurado.

¿Cómo se enamoró el joven abogado por primera vez? ¿Sintió acaso esa necesidad del corazón que se traduce en el deseo de entregarse a otro o fue una simple impulsión de la materia, despertada tarde, después de un sueño causado por la hipocondría y el trabajo incesante, o por haberse negado tenaz a los deseos que el atormentaban? Vio a Camila Quiroz, con motivo de un pleito en que él la defendía, relativo a una herencia y se enamoró de ella. No mediaron amores románticos ni exageraciones; vióla conveniente para hacer la su mujer y, sobre todo, vióla fácil de conseguirla sin tener necesidad de largas esperas y de dilaciones; se casó con ella, mitad por necesidad del alma y mitad por necesidad del cuerpo, pues Camila sin ser bella, tenía ese atractivo especial de las cuarentonas, que encienden los deseos en esos hombre calmosos y tristes como el doctor Ramírez. A poco del matrimonio, el carácter de Camila descubrióse tal cual era; una mezcla informe de pasiones ardientes y de frialdades extrañas; de entusiasmos momentáneos y cálculos ruines; y de endemoniando en todo, un exagerado espíritu religioso, un fanatismo elevado al último extremo; enfermedad muy común en las mujeres de esa complexión física, enfermedad de herencias española, aumentada por generaciones dominadas por los sacerdotes. Enfermedad agravada por nuestras costumbres, nuestro cielo triste, nuestro paisaje agreste. Todos estos factores han hecho de la mujer ecuatoriana y muchas veces del hombre, un ser débil, de poca iniciativa, y una víctima de las enfermedades nerviosas. Debido a esta idiosincrasia nacional, toda innovación se ha considerado como un peligro, toda ambición de mejora social y política, peligrosa, y toda expansión criminal.

El doctor Ramírez por temperamento, por afición, por educación era religioso profundamente religioso, intransigente con todo lo que no estuviera amoldado a las prácticas más severas. La catástrofe que en una noche le había quitado familia y fortuna; la soledad y aislamiento en que vivió antes de casarse su mismo carácter apocado y triste, obraron de consuno para llevarle sin esfuerzo a ese estado psicológico, o más fisiológico, tan común en hombres de iguales o parecidas complexiones, que encuentran alivio en los pesares de la vida en las prácticas religiosas exageradas. Además, el medio ambiente social de entonces más que ahora, era absolutamente favorable para la vida religiosa; un tanto cercana al misticismo. Quito era una ciudad absolutamente católica. Nadie, a lo menos muy pocos de sus habitantes, dejaba de oír la misa diaria en los múltiples templos de que está adornada, los que apenas alcanzaban a contener la multitud de fieles. Todo el año había ya en una, ya en otra iglesia, ejercicios espirituales, o jubileos. Hombres y mujeres, niños y viejos, pertenecían a las cofradías y congregaciones, y era muy raro el ejemplo de que algún hombre de posición social dejara de practicar todos los preceptos religiosos señalados prolijamente por los clérigos y frailes, porque luego le caía la tacha de masón y hereje, suficiente causa para despertar las sospechas de la policía garciana. Poco o nada han cambiado estas costumbres religiosas y medioevales, pues a través de más de treinta años se conservan las mismas, con ligeras e insignificantes modificaciones. Cuando la piedad es extremada; cuando la religión es una máscara fúnebre para disfrazar el vicio y el crimen, cuanto lodo asqueroso, cuanta podredumbre, cuanta porquería se ocultan en los rincones de sacristías y conventos. ¡Cuanta miseria, hambre y lágrimas en medio de los cánticos, de las procesiones paganas, y del incienso oloroso de las pompas sacras!

El matrimonio Ramírez era de un catolicismo ferviente y bajo la disciplina de los preceptos más estrictos de la Iglesia educaba a los dos únicos hijos, sin permitirles la más leve e inocente trasgresión de lo dispuesto en ese complicado y absurdo código llamado moral católica, Salvador, el primogénito, al cumplir los ocho años, entró de interno al colegio de los jesuitas, y Mariana, la segunda y última, apenas cumplidos los siete años de la pobre vida fue también de interna al colegio de las monjas de los SS.CC.

El niño nunca había saboreado las delicias inherentes a los primeros años de la vida. De índole mansa y pasiva, poco comunicativo con los de su edad, nunca se entregó a esos múltiples juegos que hacen el encanto de los niños. Las fuerzas físicas que principiaban a manifestarse pronto, y con ellas el carácter futuro, atrofiadas por la falta de ejercicio y de aire, apenas se esbozaban en un cuerpo delgado y débil y en un rostro pálido con grandes ojos azules dulcísimos, sombreados por cabellos finos color de oro. Salvador a los doce años demostraba apenas ocho y tenía ese algo inexplicable, como anuncio, cierto de los que han de morir jóvenes y que sólo están en el mundo como de paso.

Mariana, por uno de esos fenómenos bastante frecuentes, era el reverso de su hermano: bulliciosa, enérgica y atrevida. El tipo físico anunciaba un temperamento ardiente, porque era morena de ojos negros, labios abultados, pelo negro y ensortijado, tipo exacto de la cuarterona, como si en los antepasados de su familia hubiera circulado la sangre africana.

Doña Camila no podía soportar los impetuosos arranques de su hija, y a todo trance quería aplastar o moderar ese carácter para hacerlo silencioso y triste como el de Salvador. Pronto lo consiguió, pues la chiquita de apenas seis años hízose callada, huraña y aprendió el supremo arte de las mujeres; el disimulo. Sólo con su hermano tenía confianza y ambos se amaban con ese amor de niños solitarios, rodeados de algo como murallas que impedían las legítimas expansiones de la edad. A hurtadillas de los padres, se atrevían hasta a reírse a carcajadas con ese ritmo sonoro e inimitable que brota de la garganta de los niños, como del instrumento más delicado. Hacían proyectos para ellos irrealizables: paseos y carreras por los campos verdes que divisaban desde las ventanas de la casa, o de juguetes que deseaban tener y que nunca los consiguieron. Salvador deseaba con vehemencia un caballo de caucho de había visto en la vidriera de un almacén, y Mariana una muñeca de china, de esa de una peseta que un día vio en manos de una chiquilla hija del zapatero de la esquina.

La casa parecía desierta, casa grande y oscura como aún se ven muchas en Quito, como reliquias de principios del siglo pasado. Las ventanas daban a una muralla de un convento de monjas, y apenas, al fin de la calle que terminaba en callejuela sinuosa y estrecha, se alcanzaban a ver las breñas del Pichincha lamidas frecuentemente por las nieblas. Esta vista era la predilecta de los niños y les eran familiares los mil pequeños detalles del chaparro, de los pajonales de las cimas o de las oscuras quebradas que desgarraban los flancos de la montaña. Largas horas se pasaba Salvador viendo esos detalles del paisaje, haciendo volar la pobre fantasía de niño, por las nieblas blancas, por los cerros escarpados, como si tuviera un secreto impulso de carrera por el aire libre y sorprender así lo desconocido que adivinaba en su fantasía, tras la inmensa mole de la cordillera.

Don Jacinto con su carácter huraño y su eterna cara de murria, aunque bondadoso, no inspiraba ninguna confianza y sus hijos, y menos aún Doña Camila, displicente por educación y por naturaleza, y agriada por una enfermedad incurable propia de su sexo. Niñez sin aire, sin luz, sin cielo azul, no es niñez. Niñez sin risas, sin besos, sin esas sana expansiones de un espíritu que están en su aurora, no es niñez. Quitad al niño todo aquello que hace su dicha, como a la planta el agua y al ave el espacio libre, ¿qué le dais en cambio? ¿Religión, piedad, obediencia pasiva y automática?...... ¡Pobres seres aprisionados físicas y moralmente, aves cortadas de las alas, arpas rotas las curdas, plantas gigantes contenidas en una maceta! ¿Y después? ¡entregadlas al mundo que nunca perdona la debilidad y el candor, y aplasta todo lo que no puede o no sabe defenderse en la lucha de la vida, o los avienta como débiles pajas de una era a destinos inciertos y lúgubres!

En el colegio, Salvador cambió de cárcel. De índole suave, aplicado al estudio y de aptitudes notables, distinguióse desde el primer día. Querido de los profesores, fue odiado por los compañeros. En los colegios la superioridad intelectual, nunca es perdonada, si no va acompañada de un carácter de acero. La fuerza física, la desvergüenza insidiosa y cruel, triunfan y causan la admiración de los niños. Salvador hacía lo posible por conquistar el aprecio de sus compañeros de internado, porque era de esas naturalezas dulces para las cuales el cariño de los que les rodean es una necesidad; en vano ponía a su voz. La distinción de que era objeto de parte de sus profesores, aumentó la envidia y el encono de los muchachos entre los que se distinguían algunos hijos de las familias nobles, torpes y díscolos, necios y cobardes. Poco a poco huyó de todas las relaciones que hubiera podido estrechar, y como un derivativo o un consuelo en su aislamiento, entregóse con frenesí al estudio y a la devoción. Así pasaron algunos años, apenas modificándose el carácter de Salvador y ganando pocas y frías amistades entre los condiscípulos. Los paseos semanales a los alrededores pintorescos de la Capital, despertaron en él una nueva afición: la de la vida contemplativa en la soledad de los campos, en medio de goces ignorados y apenas presentidos en sus sueños místicos.

En las vacaciones salía en junta de la familia a una pequeña propiedad que había comprado el doctor. Allí la vida de la casa poco o nada había cambiado. Siempre el padre con la eterna murria y la madre displicente y devota. Salvador y Mariana, convertida ya en una señorita, vagaban juntos por los llanos y caminos como ansiosos de recuperar una libertad de que habían estado privado en su niñez.

Mariana prometía ser muy hermosa, con esa belleza típica y espléndida de la mujer destinadas a ser madre algún día. La amplitud de un cuerpo desarrollado a maravilla, a pesar de las inicuas costumbres de esas prisiones insanas llamadas colegios de Señoritas, anunciaba una naturaleza robusta, propia para luchar en las batallas de la vida.

En Mariana nacían ya dos principios contrapuestos y hostiles: la naturaleza fisiológica la impulsaba al ruido, al movimiento, a la alegría, al triunfo en las lides del amor, la educación del hogar y del colegio, a la quietud, al anonadamiento de las facultades, a la contemplación. Sospechaba que más allá de las paredes de su casa y más allá de la vida piadosa había un mundo lleno de tempestades y de rugientes pasiones, y quería verlo, navegar en él, dominarlo acaso. Al mismo tiempo, tenía cierto secreto temor de desafiar las iras de ese mar, pues, según las enseñanzas del colegio, en él se encerraban los enemigos del alma, y por tanto, de la soñada ventura eterna. Salvador, con algún mayor conocimiento de la vida, adquirido en la lectura de los libros que había leído en la biblioteca de los jesuitas, quería guiar a su hermana en la confusión de ideas que atormentaban ese cerebro.

Trabajo inútil. La fantasía de la muchacha caminaba más ligero que las ideas de Salvador, era un verdadero caballo desbocado al que quiere guiar un jinete novel y cobarde.

Esta era la familia Ramírez, en la mañana aquella de agosto clara y de sol, cuando el doctor hacía recuerdos de la catástrofe de Imbabura, paseándose en su despacho de abogado.

III

Cumplía Salvador los diez y ocho años, cuando concluidos sus estudios de colegio con gran lucimiento, iba a graduarse de Bachiller en Filosofía.

Fue un acontecimiento en los fastos del colegio, pues Salvador era muy querido de los Profesores, por su aplicación y buena conducta escolar y religiosa, como rezaban, los certificados de los siete años de enseñanza secundaria, documentos que el joven puso en manos de los examinadores con imperceptible gesto de vanidad, muy justa por cierto.

El Tribunal estaba compuesto por los mismos Profesores del examinado, encasquetados los inseparables bonetes y colocados sobre una plataforma situada en el fondo del largo y desmantelado salón de actos. El futuro Bachiller, sentado en una incómoda silleta que casi desaparecería entre los faldones de la levita, estrenada ese día, y haciendo frente a los examinadores, destacábase muy bien en la penumbra de la salas, porque recibía de lleno a luz de una ventana abierta.

Hacia la puerta de ingreso, se veía un grupo de estudiantes y sentado en un rincón oscuro y poco visible, al doctor Jacinto que había venido a presenciar el grado de su hijo.

El Decano sonóse ruidosamente en un pañuelo de cuadros, una caja de rapé circuló entre los padres, oyéronse pisadas cautelosas en el entablado del salón, producidas por los estudiantes y curiosos que entraban, y principió el examen. La Filosofía rompió los fuegos y los sostuvo casi las tres cuartas partes del tiempo destinado al examen: Hilomorfismo, materia y forma, potencia y acto, futuros condicionales, el Syllabus, el liberalismo; niego,

concedo, distingo y otras palabras de rúbrica y términos técnicos cruzábanse entre el examinado y los examinadores, los que debían estar muy satisfechos del antiguo discípulo, porque con sonrisas amables repetían: “bien, muy bien”. Con un problema de álgebra terminó el acto, recibiendo Salvador el título de Bachiller en Filosofía, previas las un tanto ridículas formalidades usadas para esta ceremonia.

Los profesores y condiscípulos felicitaron al Bachiller, y don Jacinto, emocionado hasta las lágrimas y sin pronunciar una sola palabra abrazó al estudiante. A la memoria del doctor acudieron los recuerdos de otros días felices y ya lejanos, cuando él, joven como Salvador aprovechando, diera el grado de bachiller en ese mismo salón y recibiera de su padre, que había venido de Ibarra para el acto, un abrazo estrechísimo, ese padre que un día volvería a ver bajo un mar de escombros con la cabeza partida...

Eres todo un filósofo, decía un profesor dirigiéndose a Salvador tienes conocimientos bastante completo de Santo Tomás, y con este angélico doctor, el arma más poderosa para derrotar la impiedad.

Lo que me ha gustado, decía otro, es lo bien que ha comprendido a Sardá y Salvan, que es un autor precioso: tunda como la dada por el Chapetón a los liberales......

Eso de los futuros libres tiene sus bemoles.

El atomismo de Descartes es un absurdo....

Y entre profesores y estudiantes, se entabló una discusión sobre muchos puntos del pasado examen. Cuando los últimos salieron a la calle siguieron todavía, divididos en grupos, la eterna discusión, citando a Santo Tomás, el Padre Suárez, a Locke y más filósofos; pues, es antiguo achaque de los estudiantes de filosofía, el preocuparse de estos asuntos sutiles y completamente inútiles. La educación de nuestra juventud ha seguido ese camino trazado desde el tiempo de la Colonia: mucho de filosofía especulativa y nada de las ciencias prácticas de la vida. Salvador salía, pues, del colegio de los jesuitas convertido en un verdadero filósofo, y con esa filosofía rancia y caduca que mata la franca acción del hombre, iba a conquistar un porvenir.

IV

La fortuna de la familia Ramírez era apenas mediana, y el doctor con gran copia de trabajo en su profesión de abogado, difícilmente alcanzada a subvenir las necesidades de los suyos, bien moderadas por cierto. Los bienes consistían en la casa grande y vieja donde vivían, arruinada en parte, y en una quinta en el valle de Chillo que absorbía más dinero que el producido por las menguadas cosechas de maíz. El congojaba al doctor ya tan propenso al abatimiento y al pesimismo. En su imaginación fecundas para concebir ideas funestas, veía muy negro el mañana; veía que el pan, el triste pan del pobre, acaso faltaría con la muerte del encargado de suministrarlo cotidianamente. Y sus fuerzas y energías iban disminuyendo, su voluntad era ya rebelde y su organismo de hombre lo había ya talvez gastado en una lucha de escasos resultados. Si él hablaba, ¿podría Doña Camila afrontar valerosa la responsabilidad que recaería sobre ella sola? Imposible; él la conocía débil de carácter, inepta para la lucha, devoradas sus escasas energías por el misticismo embrutecedor y por esa enfermedad incurable. ¿Salvador?, seguía examente las huellas del padre; estudiaba jurisprudencia, carrera que para pocos está sembrada de flores y para los más, ¡ilusos! Es una vía dolorosa, por la que se marcha en compañía de la escasez y dejando en todas partes girones de la dignidad y el honor. Salvador, modelo de hijos y de estudiantes, ¿podría afrontar las responsabilidades y ladear los obstáculos inherentes a la dirección de una familia? El mismo padre, el doctor, lo había engendrado débil de cuerpo y cobarde de alma, llevando en su ser la herencia del temor inexplicable y la madre habíale dado con la sangre, el espíritu místico y quietista y la complexión linfática. Educado luego, con lujo de rigor, para impedirle el conocimiento saludable de la vida y sí el de ciencias absolutamente ineficaces y abstractas, nunca podía ser el sostén y defensor valiente y abnegado de una familia ni menos sería capaz de ganar el pan para su madre enferma e inútil y para su hermana que, con la pubertad, recibió como un bautismo funesto, los ataques histéricos.

Pensando todos estos factores, el doctor terminaba por envidiar a los padres que tienen hijos fuertes, enérgicos y valientes, a los que no arredra ninguna amenaza y que se lanzan a la lucha por la vida armados de punta en blanco y que vencen casi siempre, sin acobardarse por los descalabros. ¡Cuánto envidiaba a los artesanos y labradores que enseñan y educan a los hijos para que sigan manejando la herramienta o cultivando la tierra, para que ganen el pan seguro de cada día.

El doctor temía la muerte, sin embargo de las firmes ideas de bienaventuranza eterna que había aprendido desde la niñez. Y temía la muerte, porque a pesar de su carácter huraño y taciturno, adoraba a sus hijos, únicos puntos claros en la tenebrosa noche de una

hipocondría incurable. No quería ni figurarse que algún día la miseria tocaría las puertas de su pobre hogar, acompañada de su invariable séquito de hambre, desnudez, prostitución y crimen.

¿Acaso él no había ya visto cuadros y escenas horribles? ¿Acaso no sabía que el hambre más que los malos instintos lleva a los jóvenes la burdel y a los muchachos a la cárcel o al patíbulo? El, como abogado, había varias veces examinado las asquerosas llagas de la sociedad quiteña; él había visto que el sórdido interés o la necia vanidad se disfrazaban de caridad evangélica, había visto que el huérfano, la viuda anciana, el inválido de las luchas civiles, el débil, en fin, eran arrinconados como trastos inútiles a un rincón al cual de vez en cuando, se arrojaban piltrafas como si fueran perros hambrientos, en tanto que para el fraile ocioso o corrompido, tumor de la sociedad moderna, había hasta el vino de la orgía! El, con un espíritu justiciero, había deplorado la gran desigualdad social de la pretendida República, donde el indio infeliz, el cholo humilde y sufrido, el artesano honrado, eran vejados, aplastados, robados acaso, por cuatro felices de la suerte llamados caballeros. El había visto con horror, que la justicia era inflexible para el podre, el miserable, el desvalido, que al delincuente del pueblo, se lo torturaba, se lo encadenaba, se lo mataba como a un perro rabiosos, y que para el rico, el propietario, el clérigo de campanillas, el nobie sin ejecutorias, esa justicia era un maniquí ridículo y que para el gran criminal había aplausos, honores y ventura. El, con ser tan profundamente religioso, ¿acaso no palpaban la ignorancia, la concupiscencia, el orgullo y la avaricia? Y en ese escenario de lodo y de lágrimas debían quedar abandonados sin fuerzas para la defensa, una mujer enferma e inútil y dos niños inexpertos y cobardes; para que fueran presa segura de todas las maldades que él, en su cerebro hipocondríaco, veía desfilar en filas compactas, como batallones de fantásticas quimeras.

V

En la Universidad conoció Salvador a un joven provinciano, descendiente de esa hermosa clase media, que no pica muy alto es asuntos de nobleza y que sin embargo, por el talento, las aptitudes y el patriotismo, es la primera de la República. Una simpatía irresistible y antes nunca sentida, llevó al joven quiteño a entablar amistad con Luciano Pérez, amistad únicas y primera en su vida Pérez asimismo simpatizó con Ramírez y desde entonces, los dos formaron una asociación inseparable, aun cuando en lo físico y lo moral eran dos entidades absolutamente contrapuestas. El uno era la fuerza y la energía, el otro la debilidad y el temor, el provinciano parecía por su estatura y esbeltez, un boxeador yankee, y el quiteño rubio, pálido y débil, una señorita enfermiza, Luciano era un huracán, Ramírez un céfiro; el gigante estaba destinado a vencer en todas las luchas de la vida, el chico a perecer

en el primer combate. Pérez era una voluntad incontrastable, Ramírez una inteligencia luminosa, pero sin movimiento, y en el mundo el triunfo las más veces es de la primera.

En seres tan contrapuestos ¿por qué nació inconsciente una amistad íntima? Fenómeno bastante común, pues las mejores amistades nacen en dos caracteres opuestos. Luciano vió en Salvador un ser débil, inofensivo, bueno; admiró en ese cuerpo raquítico una alma, limpia de la roña del disimulo y de la envidia, que se debatía solitaria, presa de mil desconocidos deseos y ansiosa de otra más fuerte en quien confiarse, y Luciano, amó a Salvador con el cariño del hermano mayor al menor, con el del fuerte y seguro de sus fuerzas al débil; amor sin envidia, sin interés, amor siempre noble y sin embustes. Salvador vió en Luciano, al hombre gigante dominador de la materia y de la voluntad, futuro conquistador de gloria acaso, y le admiró, le temió luego, y después amóle con entusiasmo. He ahí el secreto de la amistad de Luciano y de Salvador.

Pérez estudiaba Leyes, pero era un estudiante mediano. Los confusos cimientos del derecho y las formalidades eternas de las leyes, no eran del gusto de ese carácter huracán. Necesitaba una inmensa palestra para la lucha y la del foro parecíale miserable e indigna, las sutilezas de la ley mezquinas y cobardes. Concibió en su intelecto una idea muy elevada de la justicia, a la cual se arrastraba por los cabellos, con demasiada frecuencia, sirviéndose para ello del código y de los jueces. Esta idea y la natural sumisión a los profesores y reglamentos le eran insoportables. La ciudad misma, los petimetres que en ella abundan odiosos; la ropa incómoda que le quitaba todas la libertad de los movimientos que exigía una naturaleza nerviosa y activa, hacíale echar términos más o menos enérgicos. Salvador quería calmar esa perenne excitación, repitiendo a menudo con aire convenido:

Paciencia, Luciano, paciencia...

¿Paciencia? ¿quieres que tenga paciencia? La virtud más estúpida y negativa. ¿Y he de tenerla viendo el garbo de los chullalevas, el orgullo y necesidad de los jovencitos nobles, la mar de viejas beatas vagando por todas partes, y frailes, y rezos, y procesiones, y campanas? Luego la porquería de estos códigos y la majadería del viejo profesor, esa lumbrera de la jurisprudencia que más parece farol de chichería que lámpara del saber, como quieren hacerle creer los adulones. Todo esto me carga...... ajo!....... y el día menos pensado me voy con la música a otra parte, por ejemplo, a sembrar papas, a ordeñar las vacas en el pegujal de mi padre.

Bueno, ¿y qué dirá tu papá?

¿Mi padre?: ha de tronar un rato, me ha de amenazar, se ha de hacer el bravo y luego se ha de amansar. ¿Acaso no lo conozco? Después se ha de alegrar de ver a su hijo trabajando y no de abogado tramposo como los que hay ahora por todas partes.

No diga disparates. ¿Y el título? ¿y la sociedad?

Valiente cosa es la sociedad nuestra. Si, ¡son tantos los gozos que proporciona! Picardías por todas partes. Frailes y monjas ociosas a millares; las casas reducidas a conventos; las mujeres preocupadas de lo místico y no de la olla de caldo; los hombres congregantes y unos demonios para las picardías.....

¡Qué pesimista te has hecho!, no es todo así, algo hay de malo, pero hay mucho de bueno en nuestra sociedad que es tan sencilla.

Y tú ¿qué conoces, Luisito Gonzaga que te ruborizas cuando ves una mujer u oyes un ajo? Precisamente, lo bueno que hay en la sociedad es desconocido para ti, y eso bueno son las buenas mozas que abundan en esta tierra de Mariana de Jesús. Y a propósito, ¿hasta cuando desempeñas el papel de casto José?.......

Vaya, que estás ahora con el pico caliente: quien te oyera por primera vez, creería que eres un perdido, y eso no está bueno, es necesario que ya te formalices.

¿Formalices? ¡Disparate! Tengo 21 años, soy por tanto ciudadano, dueño de mis acciones y hago lo que me da la gana. Además, soy sano y robusto. Mi padre me manda puntualmente las remesas; mi madre me llena al cuarto de mil golosinas. Soy, pues feliz. Si el cuerpo me pide una trasnochada, o un paseo a Chillo o Cotocollao, le doy gusto. ¿Y por que no lo he de dar? Luego en mi tierra, un pegujal al que he de ir tarde o temprano a trabajar y allí podré entregarme a lo que me gusta: ejercicio al aire libre, correr a caballo, jugar toros o cazar venados. Tú no sabes sobre esos sucios librazos que nada enseñan y arruinan la salud. El día que haya una revolución yo he de ser el primero en tomar el chopo para desterrar del país esos estudios tontos.

¿Quieres revolución y para qué, señor feroz?

Para todo. Quizá en ella se limpie tanto lodo y se acabe tanta farsa. Quiero revolución, porque estoy cansado de oír que esta tierra es colonia del Papa y que los ecuatorianos somos vasallos de ese vejete...... ¡Ajo! me hierve la sangre con esto. ¿Has leído a Montalvo? ¿A qué no? ¿Por qué lo han prohibido los frailes?

Vaya, hoy estás exagerado, parece que te van gustando las malas doctrinas del liberalismo.

Algo más, señor mío, no sólo me gustan las doctrinas, sino que soy liberal hasta las tuétanos. Sólo los viejos rezadores son de la escuela conservadora.

Entonces vas reñido con la Iglesia Católica, la que en el Syllabus y en varias encíclicas condena esa doctrina, la cual según Sardá y Salvan.

No me nombres a ese farsante, que por hacerse gracioso es un necio insoportable; ni me importan una higa el Papa, el Syllabus y el Padre no se quién. ¡Viva el liberalismo!

En esta conversación está sintetizado el carácter de los amigos y la pasión dominante en la clase directa: la política religiosa. Ambos amigos defendían con entusiasmo sus respectivas ideas: a veces Luciano se sulfuraba con la calma de Salvador, pero siempre acababa la escaramuza con una larga risotada del primero.

VI

Doña Camila, a causa de su carácter displicente, se había captado muy pocas amistades y éstas escogidas entre gente de sacristía y beatas. En la iglesia de la Compañía gozaba en gran autoridad, porque era presidenta de una de las muchas congregaciones que han establecido los jesuitas, como ola mejor manera de ganar prestigio y autoridad en los pueblos.

Los jesuitas, por su carácter insinuante, maneras cultas, talento innegable y conocimiento del mundo, se llevan la simpatía de las mujeres y hacen el monopolio de la mejor y más encumbrada clase social; como directores espirituales, y desde el confesionario dirigen aún los asuntos de interés privado.

La amiga íntima de doña Camila era doña Rosaura Valle, vieja solterona, de aspecto acartonado, larga nariz, ojos miopes rodeados de párpados sanguinolentos; una de esas frutas secas del celibato, una figura repulsiva en la que sin dificultad se adivinaba a la enemiga acérrima de la belleza, de la alegría y de la juventud. Nada hay más repugnante que estos tipos, restos dejados de las generaciones jóvenes en la sociedad, como deja el oleaje los maderos de los bosques destruidos en la playa.

Rosaura nació fea, de padres plebeyos, artesanos que renegaron de la herramienta y adoptaron la vara y la balanza del comerciante al por menor. Seducida por un estudiante de provincia y abandonada después entregóse primero a la prostitución de menor cuantía, asquerosa y repugnante; luego que el vicio y los años acabaron la poca simpatía que inspiraba a los libertinos, hízose alcahueta y por último, sin renunciar del todo al oficio, entregóse al misticismo, adquiriendo en la iglesia amistades son señoras de la más alta clase social; pues para muchas personas nobles y honradas, la devoción es la mejor ejecutoria para aceptar en sus casas gentes de antecedentes muy dudosos. Pronto fue Rosaura comensal obligado de muchas nobles casas, aconsejando a todos la piedad, halagando la vanidad de los ricos y el fatuo orgullo de los nobles.

A todas las señoras llamaba hijitas. Sabía de corrido muchas oraciones en latín; era diestra en hermenéutica; pitaba de filosofía aprendida al Padre Lacámara, y con todas estas habilidades gozaba de gran prestigio en todas las casas y conventos. El fondo del alma de la beata era hediondo cieno. La envidia y la soberbia le roían las entrañas, si es posible que mujeres como Rosaura las tengan.

Cierta similitud de caracteres físicos y morales había estrechado la amistad de las dos mujeres. Probablemente en lo más recóndito de sus almas había un poquito de odio mutuo, pero en estado embrionario que algún día podría estallar formidable y violento.

Rosaura odió a Mariana desde el día en que la conoció porque Mariana era bonita y de carácter vivo, sin embargo de las tentativas de doña Camila por cambiarlo; y de ser hermosa y alegre eran para la beata motivo de inquina que apenas disimulaba. Cuando la joven sufría de tarde en tarde, los terribles asaltos del histerismo, que la desfiguraban de atroz manera, el gozo de Rosaura era casi visible, aún cuando aparentaba un sentimiento contrario. Para alma tan ruin la perspectiva de una muerte próxima o la idiotez, era halagüeña ilusión acariciada todos los días.

Poco tiempo después de haber entablado amistad con la familia Ramírez, la beata principió una campaña con doble objetivo; hacer sospechosa la conducta de Salvador ante sus padres por la estrechas amistad del joven con Luciano, y convencer a todo trance de las ventajas de la vida monástica, con el fin de que Mariana tomara el velo de un convento de monjas.

Sentadas un día doña Camila y la beata en el cuarto de la primera, arreglando unas flores de papel y ceras labradas para una próxima fiesta de la congregación de que las dos eran cofradas, lanzó la beata un largo suspiro.

¿Por qué ese suspiro mi querida Rosaura?

¡Ay hijitas! ... hay tantas cosas que le afligen a una....

Ud, es sola y no encuentro qué cosa pueda preocuparla. No yo con hijos y....

¿Yo? Cierto que soy sola y no tengo sino a mi Dios. Pero sufro por mis amigas, sufro por tantas cosas, sobre todo por la sociedad que va caminando a la herejía y yéndose a la impiedad.

Razón tiene Ud. amorcito, mal camino llevamos, pero... ¿Ud. ha sabido algo de nuevo?

No hijita; pero veo que la juventud va perdiéndose por la falta de religión; el liberalismo está cundiendo como mala hierba, y no está lejano el día en que la religión se acabe y nosotras las creyentes seamos martirizadas.

¡Ay no sé! ... no es tanto misia Rosaurita. Al contrario, la piedad de la juventud de Quito en la última cuaresma fue edificante.

Así es, pero hay algunos jovencitos de pésimas ideas religiosas y, como Ud. sabe, bastan esos pocos para corromper a los demás. Los estudiantes guayaquileños, son toditos impíos y hasta los chagras de las provincias se hacen los masones y descreídos. Sin ir más lejos, aquí entre nos, ese tal Pérez amigo de Salvador es un perdido. ¿Acaso oye misa, acaso se saca el sombrero cuando tocan la elevación las campañas de la Catedral? ¿Cree Ud, que saluda siquiera a los sacerdotes? El tal Luciano es una calamidad....

Hola, con que ¿esas tenemos? No he sabido yo tanto. Desde ahora ese caballerito que no me ponga los pies en mi casa. Con razón se hace el mimoso con Salvador, ha de tener proyectos de ganarlo a la impiedad.

Eso si le ruego que no le diga a Salvador que yo le he informado a Ud. de estas cosas; porque el hijo de Ud. muere por ese chagra tan grandote y tan antipático.

Al que voy a avisar es a mi marido, para que tome sus medidas y evita quién sabe qué.

Además le voy a contar a Ud. amiga mía muy querida, una cosita algo más grave que creo no le ha de gustar. Pues he oído en la calle que el tal Luciano se jacta de ser novio de la Marianita. A lo menos, esto me dijo ayer una persona muy formal, cuyo nombre no puede decirse.

¿Enamorado de mi hija? ¿Ese chagra rústico? ¿Mi hija de novia de ese patán, de ese perdido, de ese impío? ... ¡jaja!... Primero, quisiera verla muerta a mi hija que de mujer de ese canalla.

Doña Camila levantóse del sillón donde estaba sentada, pálida temblándose los escasos músculos de su cara, abriendo las ternillas de la nariz, con los ojos centellantes, mostrando en toda la apergaminada fisonomía los signos de salvaje cólera, tan frecuente en esas naturalezas débiles y misantrópicas.

Mi hija pretendida por ese pillo, por ese chagra, por ese azota calles... No. No. Dios mío, Virgen Santísima del Quinche, denme paciencia y conformidad. Por eso han sido los

cariños del chagra a Salvador, a ese tonto de mi hijo; por eso eran las visitas de todos los días, los regalitos; y nosotros ciegos y lelos sin ve nada. Y ese canalla, hijo de quien también será, quien sabe si el padre sea un chagra de pie en suelo...

Doña Rosaura si sabía que el padre de Luciano no era el que creía su amiga; pues él fue el que la sedujo cuando era estudiante, por uno de esos caprichos de la vida estudiantil. Odiaba de muerte al antiguo amante y este odio se extendía a Luciano, verdadero retrato del que veintiséis años antes la conquistó después de una cortísima campaña.

Satisfecha la ruin beata de haber producido el efecto deseado con ese chisme, continuó impertérrita en la odiosa faena.

Si hijita, vea lo que es el mundo, Salvador, el joven que en Quito ha sido modelado por su piedad y devoción, es el íntimo amigo de ese tal Pérez, que ya es muy conocido, por todos, como joven de pésimas ideas religiosas. Ojalá sólo haya sido amistad que han tenido los dos. Aquí entre nosotras, le diré, misia Camilita, que yo me temo, mucho por la inocencia y la castidad de Salvador y que ya este pobre joven sea perdido para Dios y su santa Iglesia.

Ni para pensar semejante horror. Si mi hijo se hiciera liberal, lo desconociera como mi hijo. Yo, ¿oye? Yo misma, la madre que le parió, sería capaz de matarlo, porque primero verlo muerto que de radical.

Volviendo a otra cosas. Sabrá Ud, que esta mañana fui al locutorio del Carmen y pude hablar con la madre Transfiguración del Señor El alma salta de gozo conversando con esa santa. Pondera la monjita las delicias de la vida del claustro. ¡Quién como ella que tiene segura la salvación eterna! La verdad que las monjitas escogen la mejor parte.

Yo también soy de su misma opinión. La dicha más completa debe ser la del convento. Yo erré mi vocación, y eso que mi tío, el canónigo Quiroz, quiso facilitarme todo, y por tonta no acepté. Pero si yo no logré esa dicha quiero que la tenga mi hija. Todos los días le predico sobre este punto y creo que he de conseguir, por que mucho le pido a Dios y la Virgen. Usted también ayúdeme a esta buena obra........ y con eso allá esté el chagra hecho el enamorado.

VII

En la monótona vida de la familia Ramírez, fue un verdadero rayo de sol la amistad entablada con Luciano. Don Jacinto fue pronto conquistado por ese carácter vehemente, alegre y generoso. La eterna muria del abogado desparecía siquiera un instante, como si el inalterable buen humor del provinciano fuera contagioso e hiciera concebir al doctor alguna halagüeña esperanza de algo muy hermoso pero desconocido. Comprendía que bajo la aparente superficialidad del joven, se escondía una alma grande, capaz de las más atrevidas concepciones y conquistadora hasta de lo imposible.

Doña Camila, al principio fría y ceremoniosa, cedió poco a poco, merced a la invencible simpatía de Luciano y más que por eso, por la innata afección que tiene la mujer o a lo muy hermoso a lo muy fuerte, y el joven era uno y otro.

Mariana lo vió la primera vez con un secreto temor, casi con antipatía, como si el instinto le advirtiera que, en caso de lucha, él sería el vencedor. Joven ella, hermosa, poseedora de una naturaleza impresionable, con una vehemencia de carácter que en vano había querido se eliminar a atenuar con el rigorismo religioso, era un combustible presto a ser encendido. Faltaba la chispa y Luciano fue esa chispa. Trató algún tiempo de resistir, de engañarse así misma, imaginándose que ella estaba cubierta de imperfecciones y él de antipatías; que era un disparate amar a un provinciano de oscuros antecedentes, que pronto ser iría él a su aldea o pueblo para no volver más; pero la ficción duró poco y cayó como caen esos engañosos sofismas del corazón y terminó al fin por convencerse íntimamente que amaba a Luciano. Por lo demás, era él el único joven que conocía con alguna intimidad. Habiendo vivido antes tan retiradas, le parecía que el provinciano era el tipo ideal formado en sus ensueños de muchacha romántica, cuando leyó en el colegio alguna rara novela burlada a la vigilancia de las monjas, o cuando oyó hablar de amoríos a sus condiscípulas más expertas en los lances del mundo. ¿Hermoso? O era sin duda alguna. ¿Inteligente? Parecía serlo; y sobre todo tenía ese misterioso poder tan raro en el hombre: el poder seductor instantáneo. De él se desprendía algún desconocido efluvio que mareaba pronto; los ojos sobre todo eran temibles. Los triunfos de Byron, del duque de Rivas y de otros célebres seductores eran debidos, según se dice, a esa rara propiedad física si se quiere, pero innegable.

Mariana era un sujeto apto según el lenguaje hipnótico, muy adecuado para sufrir con resultados positivos esas impresiones. Su organismo fisiológico era un factor importantísimo. Engendrada por un padre poseído siempre de una idea única y lúgubre; concebida y amamantada por una madre mística, salió ella un producto híbrido, delicado, soñador, apropiado para la alucinación mística o los furores del libertinaje desvergonzado y

sistemático. En el cambio de la niñez a la pubertad, el histerismo se había presentado con tremendos ataques, que con dificultad combatía a la medicina empírica y sólo atenuaba algún tanto; porque de tarde en tarde asomaban más terribles, causando perturbaciones profundas en el organismo y debilitando la voluntad con visiones de ángeles y demonios.

Luciano, por su parte, pronto sintió en su corazón joven el nacimiento de una verdadera pasión. El también estaba bien organizado para el amor, él también era vehemente y a veces soñador y poeta. Y ¿quién no lo es a los veinte años si se tiene talento, salud y el alma no está marchita por vicios o desgracias precoces? El instinto le advirtió que Mariana le amaba, y luego sorprendió miradas elocuentes, frases aisladas, entonaciones extrañas, rubores súbitos, indicios todos, suficientes para poder ver algo en el corazón de una mujer joven.

Pero, aunque enamorado, comprendía que Mariana no podía ser su mujer: los obstáculos eran muchos; le constaba la intransigencia de los Ramírez en asuntos religiosos y políticos, intransigencia notable ya en Quito como la más absoluta, y el nunca, por más enamorado que estuviere de Mariana, podía cometer la farsa de aparentar simpatía e ideas y principios que le eran odiosos. ¡No, nunca, él, Luciano Pérez, por honradez y dignidad, haría esa claudicación! Luego los Ramírez, con razón o sin ella, pisaban muy alto en asuntos de sangre y estaban orgullosos de ser quiteños y tener amistades en la alta clase social, para la cual los provincianos son chagras y cholos despreciables e indignos de pretender casarse con las señoritas nobles de Quito. Sin embargo, él hacía lo humanamente posible para llevarse a Mariana, pues no era hombre que hiciera gran caso de los obstáculos así fuesen religiosos o sociales.

Ambos estaban persuadidos de su mutuo cariño y con todo, nunca pudieron tener una conversación a solas en la que pudieran decirse lo que ambos sentían. Ambos eran amantes vergonzosos, por tanto los más apasionados, pues la vergüenza nace de la pasión exagerada y no tibi y mentirosa.

Así estaban las cosas, cuando la beata hizo la denuncia de las pretensiones de Luciano que ella había podido ver merced a su larga experiencia en las malas artes.

Doña Camila, excitada hasta la rabia, tuvo una conferencia con su marido. Don Jacinto aunque más intransigente, era más humano y conocedor de la vida, y comprendió el amor de los dos jóvenes y trató de calmar a su mujer, aconsejándole prudencia y dejando al tiempo la resolución del problema. Doña Camila, resuelta a proceder de lleno en todo,

desobedeció a su marido, al que llamó cegatón y necio y airada, dio un formidable empellón a la puerta y llamó a gritos a su hija.

Ven acá díjole, tan luego como Mariana penetró asustada por los gritos, ven acá, repitió, quiero tener una explicación contigo. Y se irguió con su alta estatura delante de la muchacha que acababa de tomar asiento delante de su madre.

¿De qué se trata mamá? ¡Me asusté con los gritos!

Necesito que me hables la verdad como al confesor. Cuidado mientas. ¿Qué impresión te ha causado Luciano Pérez?

Mariana, sorprendida así tan de repente, no atinó a concertar la respuesta, balbuceo alguna cosa que su madre no alcanzó a oír, púsose pálida, luego roja de vergüenza y bajó los ojos ....

Hola, hola, eso tenemos dijo doña Camila con acento burlesco. ¡Qué pudorosa estás hijita mía! Contesta sí o nó. ¿Quieres a Luciano Pérez?

La muchacha, repuesta ya un tanto de la primera sorpresa y haciendo lujo de valor y franqueza, como si otra alma nueva hubiera sustituido a la antigua tan cobarde y tímida, levantó los ojos, clávoles en los de su madre como en señal de desafío y contestó marcando bien las palabras.

¡Sí amo, sí le quiero a Luciano!..... ¿Acaso sólo yo no debo querer alguna vez?......... ¿es crimen amar a un hombre como Luciano?

Atrevida, cínica, aulló doña Camila, levantando el brazo como si quisiera golpear a su hija, ¿te atreves, desvergonzada, a decir que quieres a ese perdido, a ese impío, a ese azota calles, a ese chagra hijo de no se que patán?......... Te equivocas mucho, mala hija, si esperas que nosotros tus padres, aprobemos nunca esos amoríos........ Quiero verte muerta,

antes que mujer de ese bribón!........ ¿Para eso has recibido la educación en el mejor colegio de Quito? ¿Este es el fruto de nuestros sacrificios? Dime, ¿esas son las ideas católicas que no me he cansado de inculcarte?

Mariana, la humilde Mariana, sintió que algo extraño, algo anormal invadía su ser, una oleada de rabia ciega le ahogaba, la sangre africana que había en ella se rebeló en ese momento. Levantóse del asiento, pálida, con los ojos sanguinolentos, los dientes apretados con los ojos de bacante enloquecida y con voz sorda que salía de una garganta estrangulada contestó:

¿Quiere Ud, que hable? Pues hablaré la verdad ¿Oye? La verdad. Sí, sí, sí quiero a Luciano Pérez, al chagra Pérez, al hereje, al azota calles y estoy resuelta a casarme con él si él quiere y si no, a ser su querida. No puedo ni deseo estar por más tiempo en una casa que es una sepultura. No quiero quedarme de vestidora de santos. ¿Comprende? ¿De cuándo acá es un crimen amar a un hombre? Dígame Ud. Ya estoy hasta la corona de llevar una vida que no es otra que una muerte lenta. Estoy casada de rezar en las iglesias y de ver sólo frailes y beatas....... A Salvador, Uds. sólo Uds., le han echado a perder, porque Salvador, mal que les pese, es un hombre inútil, un bonachón bueno para fraile, incapaz de hacer nada por......

¡Insolente........ infame, canalla! dijo a gritos doña Camila, echando espuma por la boca y lanzándose contra su hija.

¿Qué es eso? dijo una voz grave........ Era la de don Jacinto que oyendo los gritos, entraba al cuarto.

Ya ves Jacinto, ¡qué ha de ser, sino que Dios nos castiga! Oye lo que dice esta canalla......... ¡óyele y mátala.................

Papa............. papacito............ dijo Mariana lanzándose donde su padre. Defiéndame Ud., mamá me quiere pegar porque le hablo la verdad........ óigame ¿es malo querer? ¿he cometido alguna falta? Ud. también para casarme con mamá la ha de haber amado y sólo para mí es un delito!........

Todas estas preguntas que encerraban verdaderos reproches, entrecortados por los sollozos, las decía Mariana con aire de convencimiento, oculta ya la ira en el fondo de su alma. Quedaba la joven sencilla y cándida obediente, enferma de histerismo; el que no tardó en presentarse en terrible acceso, acompañado de ronquidos, gritos y espumarajos sanguinolentos que salían entre labios contraídos y lívidos, como si fueran los estertores últimos de una bestia agónica.

Don Jacinto, pálido, la vista clavada en su hija moribunda, caída en un sofá como masa inerte de la que se escapaban silbidos como de serpiente en celo, pensaba...... ¿en qué pensaba? En la obsesión de siempre, en el viejo Ramírez aplastado bajo una enorme viga y en la madre asfixiada; en los horrores de aquel día inolvidable. Después veía el hogar que el había formado, un hogar frío, sin afecciones, sin goces; una esposa de mal carácter, una hija herida ya por una enfermedad incurable y el primogénito, el amado de su alma, con el inexplicable estigma de los que han de morir jóvenes. Y sus ojos ya no vieron a la hija acurrucada en su sofá, ni a la mujer que fruncido el entrecejo dirigía la vista a algo imaginario, sino a cuadros lúgubres que se dibujaban precisos y ricos de detalles en una imaginación enferma e hipocondríaca.

VIII

La hacienda “Huayco”, una de las más productivas de la provincia, está situada en un rincón pintoresco de la cordillera. Mucho terreno de pan sembrar, potreros bien regados y abundante ganado en los páramos, hacen que esa propiedad sea codiciada por muchos agricultores vecinos.

Desde el primer cuarto del siglo pasado, el “Huayco” es el patrimonio de la familia Pérez y por una rara casualidad, la ha sabido conservar sin menoscabo y antes bien, con notable aumento; porque los desmontes de los pajonales están ya situados en los últimos extremos a donde puede llegar la cebada y los chaparros de las laderas han desaparecido para dar lugar a las hierbas forrajeras. Por el cuidado de los potreros, por la abundancia de alfalfares y por

mil otros detalles, se conoce a primera vista que el dueño es agricultor y amante a la tierra. Efectivamente, don Lorenzo Pérez y Escobar es uno y otro; y las tres cuartas partes del tiempo pasa en el campo y apenas a la vecina capital de provincia va de tarde en tarde, aun cuando en ella tiene casa grande y bien aperada.

Don Lorenzo es un hombre fornido, alto, rebosando salud por todas partes, llevando los 45 años de vidas como llevan muchos los 25 pues, en la conversación, en las aficiones, en los movimientos rápidos, en la destreza en ejercicios de fuerza, pueden envidiarlos los mozalbetes más avisados y varoniles. En don Lorenzo se ha cumplido exactamente la ley atávica. Su abuelo y fundador de la familia, el General Eustaquio Pérez, nativo del Cauca, fue uno de esos titanes que acompañaron a Bolívar en la sublime calaverada de libertar media América. Ahogar un caballo bajo las poderosas piernas, colear un toro y arrojarlo al suelo, o lancear como hizo en Boyacá en junta de Rondón, ocho dragones españoles, eran para el soldadote, hazañas fáciles y algo como juego de niños El retrato que se conserva en la sala del Huayco, pintura de Antonio Salas, representa al General en cuerpo entero. El aspecto es el de un león en reposo. Cabeza poderosa cubierta de abundante pelo ensortijado; ojos negros, cejas pobladas, barba afeitada cuidadosamente; nariz grande y una boca que se frunce en señal de desdén al peligro, dan al rostro del guerrero un aspecto de héroe, tan común en los hombres de esa época. El uniforme de que está vestido consiste en un estrecho pantalón rojo, bota rodillera, casaca de peto rojo con cuello alto bordado de oro, lo mismo que las mangas; grandes charreteras en los hombros: la una mano en la empuñadura de la espada y la otra metida a medias en la abertura de la casaca. El único hijo del General, Antonio, otro coloso por el tamaño y un león por el valor, hízose militar por afición y murió en Guaspud heroicamente, dejando un hijo de pocos años, que era Don Lorenzo, padre de Luciano, estudiante entonces en Quito.

Aun cuando Don Lorenzo no había tomado nunca las armas, era valiente y esforzado, y a falta de soldados enemigos a quienes vencer, y de penalidades de campañas que arrostrar contestábase con la cacería de venados en los páramos, con la lidia d toros feroces a lo doma de potros cerreros. Mas no por estas aficiones varoniles había descuidado el entendimiento, pues aunque no es sabio, era suficientemente ilustrado en varios conocimientos humanos y muy culto y cortés. En la ciudad era querido por todos, por lo acucioso y caballero. Huía de la política y nunca tenía que entenderse con gobiernos y revoluciones, aún cuando su casa, cuando había revuelta, estaba abierta a los dos bandos contendientes.

Si hay felicidad en este mundo, el hijo mimado ha sido Don Lorenzo. Muy joven, casóse perdidamente enamorado, con Lucía Ibañes, hermosísima muchacha de la ciudad, que en fortuna y linaje era igual al novio. Este matrimonio ha sido, sin duda, el mas feliz de todos los de la ciudad, porque doña Lucía reunía a la hermosura la bondad y el talento, cualidades tan raras de encontrarse unidas en una mujer. El primogénito fue Luciano, tipo perfecto de

la familia en lo físico y en lo moral. Después de muchos años de aparente esterilidad y cuando habían perdido la esperanza de tener otros hijos, nació una niña, un verdadero juguete de porcelana fino y delicado, que se llevó el amor de los padres y del hermano. En la época a la cual llega esta historia, Don Lorenzo tenía 45 años aun cuando aparentaba menos: doña Lucía 38, siendo todavía muy hermosa; Luciano 21 y Eugenia 5 años; fortuna más que mediana, trabajo, salud cumplida y una hermosa hacienda con las comodidades de la vida civilizada.

Este tipo de familia no es raro en las provincias de la sierra del Ecuador. De esas familias salen los mejores ciudadanos, adictos a la patria, valerosos soldados en la guerra y fecundos trabajadores en la paz. Esas familias son la gran las clase media, la llamada a llenar en no lejano día el mundo, derrotando con sus prácticas virtudes, con el trabajo, con el patriotismo, las mil necias preocupaciones religiosas y sociales, que hoy hacen gemir a la humanidad en un calabozo estrecho y hediondo.

Cuando Luciano concluyó en el colegio de provincia la enseñanza secundaria, con el escaso provecho con que se hacen entre nosotros esa clase de conocimientos, fue mandado a Quito, a estudiar leyes; porque Don Lorenzo, como todos los propietarios, tenía en mucho la jurisprudencia y en su honrada sencillez, creía que el título era honrosísimo y el pasaporte que le abriría todas las puertas del porvenir a su hijo.

El muchacho veía las cosas de otra manera y estudiaba de muy mala gana. Para su carácter franco, abierto y audaz, no era apropiada la ciencia de la ocultación de la justicia en el mar revuelto de las leyes, que no otra cosa es en definitiva la jurisprudencia.

Cuando estudiaba Luciano en el colegio de la ciudad natal, no tuvo tiempo ni edad para enamorarse. Con juicio sólido, el joven veía que nada es más ridículo que esos platonismos en los chiquillos, amoríos nacidos las más veces por el espíritu de imitación, ya que no por precoces apetitos sensuales no saciados. Pero con los veinte años esa manera de apreciar las cosas cambió por completo. El consideróse hombre. Sus facultades psicológicas y fisiológicas pregonaban esa transformación. Su energía era grande, nacida de un corazón valiente que en esta situación busca la nota que falta para vibrar, y esa nota la encontró en Mariana, mujer de carácter aparentemente diverso del suyo, pero que en el fondo tenía algo que cautivaba; porque en ella había un inexplicable y secreto poder de seducción, nacida de la carne mórbida y turgente de la cuarterona; seducción que brota de los ojos lánguidos, de los movimientos flexibles y voluptuosos de caderas amplias y de pechos prominentes y duros. Esas seducciones no se sufren impunemente a los veinte años, cuando se tiene una organización vigorosa, no gastada aún por las caricias de las meretrices.

El semi misterio de la vida doméstica de los Ramírez; el misticismo del que Luciano nunca pudo tener ni remota idea en la casa de sus padres; la fama de la honradez y dignidad del doctor, pregonada en todo Quito; la actitud severa del mismo, manifestada en toda ocasión la rabia mística de doña Camila; la bondad infinita y el gran talento de Salvador; el principio de los ataques histéricos de Mariana, y otros pequeños detalles de esa familia, eran, reunidos, otros tantos sólidos e invisibles lazos, que poco a poco le arrastraban a caer en una de esas pasiones tan raras de encontrarse en la vida real y sólo descritas en las novelas del trasnochado romanticismo. Luciano no estaba aún tan ciego para no comprender lo que pasaba en su ser. Vió que las cadenas eran sólidas y que solo se romperían con un doloroso olvido. ¿Olvido? Lo hay, cierto, en el gran almacén del tiempo; pero es medicina que produce efectos muy lentos aunque seguros.

En ese estado se hallaban las cosas, cuando el chisme de la beata hizo saber a doña Camila; el amor de su hija para el joven provinciano.

IX

Para Salvador fueron más grandes aún las consecuencias que produjo el chisme de la beata. Tímido por educación y raza, formalista sin tener la energía del no, suprema virtud de los caracteres bien templados, érale insoportable la idea de un rompimiento con Luciano, único amigo que había podido conseguir en la edad en que es tan fácil para otros encontrarlos. El provinciano era para Salvador el ideal del hombre, y en lo más profundo de su alma había levantado un altar sagrado, como si fuera un ídolo, fenómeno frecuente en corazones como el de Salvador, vacíos de afecciones por el sexo bello. Ahora a ese ídolo, a esa única afección de su vida tan triste, había que arrojarlo del altar, borrarlo de la memoria; pues así lo exigían los padres a quienes Salvador obedeció siempre con absoluta disciplina. ¿Y por qué? ¿por qué amaba a Mariana? ¿por qué era provinciano? ¿por qué sacudiendo absurdas y viejas ideas era liberal? Acaso no era Luciano generoso y honrado? ¿Acaso, la diversidad de ideales políticos ideales abstractos, si cabe, son causa para matar una amistad? ¿Acaso los impulsos del corazón hay que contenerlos cuando se dirigen a otro corazón que es de uno que piensa como nosotros? ¿La amistad, el amor, la dicha de la vida, el honor mismo, hay que perderlos, hundirlos, anonadarlos, por tristes preocupaciones de raza o de religión?

Todas estas ideas bullían en el reflexivo de Salvador, mezcladas, informes a veces, netas otras, sin que el pobre joven encontrara una respuesta, solicitada en vano a una alma tímida,

irresoluta y pasiva. La ley suprema para él, así le habían enseñado en la casa y en el colegio, era la obediencia ciega, total, incondicional a las órdenes y deseos de los superiores. Acostumbrado, connaturalizado a ella desde la cuna, no comprendía los impulsos generosos de una voluntad rebelde a esas trabas de la educación o del instinto, que muchas veces prohíben seguir el camino de lo bueno y de los justo. Esa educación de los colegios jesuíticos había acentuado más y más cada día esa abjuración de la voluntad; considerabas la independencia como un mal por la filosofía absurda y mezquina que el había estudiado, nunca hubiera podido encontrar en el fondo más oculto de su naturaleza, ni la remota idea de resistencia, para oponerse a la injusta exigencia de sus padres.

La amistad con Luciano habíale producido un gran bien. Fue salvador como reflejo de la energía indomable, de la confianza ciega en la vida; de esa saludable despreocupación de las absurdas leyes de una sociedad enferma y raquítica; junto al vigoroso joven, sentíase capaz de conquistar un puesto en el banquete de la vida; sin él, el desaliento le abrumaba. ¿Cómo iba a encontrar estímulo para la lucha, viendo la hipocondría de don Jacinto el misticismo entristecedor de doña Camila, o la debilidad de Mariana?

¿Cómo rompería con Luciano. ¿Hablaríale la verdad? Era cobarde para ello y luego nunca quisiera rebajar a los suyos a un nivel tan vulgar, y a su juicio rebajarlos era, contar a un extraño las debilidades y preocupaciones que corroían a los de su casa. Vaciló mucho, mucho. No durmió aquella noche, levantóse con la cabeza pesada, el cerebro vacío, la voluntad nula, y sin tomar una resolución definitiva que el creía encontrarla en el acaso, dirigióse a casa del amigo único al que debía olvidar para siempre.

Encontró a Luciano que acabábase de tomar un baño; el pelo ensortijado caíale en ondas hacia la frente, el amplio cuello mostraba una estructura de Hércules, las mejillas rojas, indicios de la abundante sangre que circulaba en ese cuerpo robusto. Estaba hermoso, con esa hermosura del hombre en la plenitud del desarrollo físico, con la hermosura del eterno vencedor en la lucha de la vida.

Salvador... ¿y por que tan temprano? Diablo, has madrugado, son recién las siete. ¿Quieres café? Pues tengo uno bueno y listo.... ¡Muchacho! Ya el café, y otra taza para Salvador! Pero siéntate, hombre. ¿Qué te ha pasado? dijo, después de una pausas y frunciendo el entrecejo, como cuando se examina a un enfermo estás pálido más que nunca y con unas ojeras...

Salvador con la muerte en el alma, cobarde, irresoluto, murmuraba algunas vulgaridades y tartamudeando... “Nada... no tengo nada... venía sólo a verte”.

Hola, hola, parece preocupado mi hombre... dilo pues... no tengas miedo, siempre eres un chiquillo. ¿Hay alguna novedad en tu casa? ¿ya le han torcido el pescuezo a algún fraile, o se ha casado alguna monja?

Pues, nó... pero tengo que hacerte una súplica.

Hazle pues, pero sin tantos melindres. ¿Acaso te voy a comer? Pero tomemos el café para poner fuerzas, porque creo que nunca vas a acabar.

Sentados los dos amigos frente a frente, se notaba el contraste: el uno rubio, blanco, débil como una señorita; el otro moreno, robusto, gigante. Salvador pálido, preocupado, los ojos tristes y como acobardados de mirar de frente; Luciano, sanguíneo, de grandes ojos pardos, de mirada firme y generosas. El uno representaba una raza mal configurada por la vida que pronto sería eliminada, el otro, la generación nueva, fecunda incontrastable.

Salvador parecía al fin, que había tomado la para él heroica resolución. Levantó los ojos a Luciano, le miró fijamente y con voz un tanto ronca y confusa dijo:

Sabes que te quiero y te he querido como a un hermano... Tú has sido, te juro por lo más santo, el único afecto que he tenido en mi vida... Pero... cuántas cosas en las cuales yo no he tomado la menor parte y de las que soy irresponsable, me obligan, con dolor de mi alma, a romper contigo.

Como si hubiera agotado toda la energía, cerró los ojos, más pálido aún, y un visible temblor nervioso invadióle todo el cuerpo.

Luciano sorprendió, levantóse del asiento, largo rato quedó en silencio, fijos los grandes ojos en Salvador, que anonadado y exangue, estaba como caído en la silla.

¿Puedo saber la causa, de esta ruptura tan brusca? Veo en mi conciencia, ¿oyes? Que no tengo la más leve mancha para esta resolución tuya. Levantando luego la voz y con aire imperativo agregó: como caballero que eres, te exijo ahora mismo que me digas el motivo.

Salvador, pasado el primer paso y el más difícil, recuperó algo de sangre fría y contestóle con voz algo más firme y con acento de profunda amargura:

Pues, como caballero te voy a contestar... ¿Tú conoces a mi madre? Pues, aun cuando de jactes de ello, no puedes nunca imaginar hasta dónde va en sus odios; y ahora tú eres el odiado, porque alguien le ha contado que tú estás enamorado de...

¿Mariana...? Sí es cierto, mil veces cierto, que amo a tu hermano, lo digo con franqueza, con nobleza, como cabalero. ¿Y por eso me odia tu madre? ¡Que! Soy apestado, criminal, perdido, para que sea en mi cariño un delito? Vamos a ver, dímelo: ¿por qué ven en mi un marido imposible para Mariana? ¿Soy pobre? A ti te consta o a lo menos has tenido motivos de saberlo, que no lo soy; ¿tengo mala fama? Tampoco, aunque no un Luis Gonzaga, soy morijerado. Sin duda en tu casa buscan un marido de Mariana un príncipe o un santo. Debes saber. Salvador, una vez por todas, que yo, yo adoro tu hermana, que yo... Luciano Pérez, he de cometer aunque sea una barbaridad para hacerla mi mujer; y luego veremos... ¿Esto era lo que tanto trabajo te causaba para decirlo?

Es que mi madre me exige que pelee contigo y me separe.

Pues dale gusto y Dios con todos. No nos veremos más y acabose. Te he llegado a querer y a estimar, pero si soy un motivo para el odio infundado de tu madre, rompe conmigo.

¿Me guardarás rencor? Preguntó cándidamente Salvador.

¿Yo, rencor? Que poco me has conocido, sin embargo de estar juntos algún tiempo. Cierto es que mi amor propio sufre en este inmotivado rompimiento; pero veo que en ti sólo hay debilidad de carácter, impropio de un hombre, y no mala voluntad.

Adiós Luciano, dijo con voz insegura.

Adiós, o más bien hasta la vista, contestó el provinciano con voz grave.

Separáronse los dos amigos dándose un estrecho abrazo. Salvador llegó a su casa y encerróse en su cuarto, sin querer ver a nadie ni ocuparse de nada. Su débil organismo moral estaba roto en mi pedazos; veía que el porvenir, siempre tan incierto para él, ahora era lúgubre. Con inmensa amargura comprendía que la separación aquella era eterna, algo como si de su alma se le hubiera arrancado un pedazo, porque el amigo era la única afección de ella.

Más doloroso era el recuerdo, cuando analizaba la absoluta falta de razón de su madre, a la cual el capricho enfermizo y la santidad mezquina del fanatismo habían impulsado, para así matar el porvenir de Mariana, conduciéndola al estéril y triste celibato. Y así, de idea en idea, cada vez más y más envenenadas, recordó Salvador una a una las escenas de su vida, sondeando con su naciente pesimismo la miseria social, la asquerosa llaga de las familias sin patrimonio, pero sí vanidosas y necias: vio la llaga de la estúpida intransigencia política y religiosa, que amarga nuestras incipientes sociedades: vio que la juventud a pretexto de piedad; y ya harto de esas visiones siniestras, fruto de la hipocondría heredada, levantóse de su asiento, los ojos brillantes, el pelo enmarañado y dando un puñetazo en el espaldar de una silla que cayó con estrépito en el entablado del cuarto, masculló una blasfemia, primera rebelión contra su mismo carácter apocado y cobarde.

X

Rosaura era asidua visitante de la familia Rodríguez. Con mucha frecuencia era invitada a la pobre mesa y no perdía ocasión de sostener con doña Camila interminables conversaciones en las que hacían gasto frailes, monjas, cofradías, sermones y en general asuntos de iglesia, como si la vida de la humanidad y los intereses del mundo entero,

dependieran exclusivamente de ellos. Además la beata era maestra en aquello de historias escandalosas, de las que eran héroes, gentes de la alta clase social.

Hijita, decía una ocasión, vamos a la carrera a parar en la peor corrupción imaginable y lo que es cierto, también, a la impiedad; pus así lo dice el padre Justiniano. ¿Le oyó el último sermón? ¡Ay, hijita! Qué elocuencia, qué unción, qué santidad! ¡Y tan bueno, y tan bueno mozo! Yo me sé de ciertas señoritas que se privan por el padre; pero él no las hace caso.

¿Se llegó Ud. el sábado al confesionario?

¡Qué hubiera podido! Con esa fiera de la Chana Gómez, que se llegó primero y se estuvo una eternidad. No sé lo que se confesará esa mujer, sin duda lo que es...

¿Cuándo principiarán los ejercicios del Tejar?

Muy pronto, según me dicen, y este año serán magníficos. Van a predicar el padre Luis, el padre Leandro y sobre todo el padre Justiano.

¿Y Ud. piensa entrar?

Más yo...... imposible que pueda faltar; ya tengo hablado con el padre guardián: ¿y Ud. Camilita?

Por desgracia, esta vez no puedo, pero quiero que entre Mariana, y está bueno que Ud. le acompañe. Veremos si los ejercicios le enfrían los cascos....

¿Dígame, ¿no ha vuelto por acá el tal Pérez?

¿Cómo quiere Ud. que vuelva ese chagra sinvergüenza? Con mi hijo le hice decir cuantas son cinco, para que ese pillo no nos ponga los pies.

Bien hecho, muy bien hecho. Marianita se ha salvado de cometer un disparate. ¡Ella hija de una familia tan honorable y católica querer casarse con un chagra desconocido y de malísimas ideas religiosas! No podía ser; y pues, ¿qué dice ella?

¿Qué va a decir? Se ha encerrado en su cuarto y no quiere salir desde el día en que descubrimos por Ud. el pastel, y lo peor es que le dan unos ataques horrorosos. Si la viera Ud. Rosaura, se espantaría porque da unos alaridos que parecen de endemoniada, se retuerce como si fuera una culebra, hace pedazos la ropa, en fin, parece un energúmeno.

¿Tal vez esté endemoniada? ¡Ave María! bien pudiera ser ...... ¿Veremos al padre Justiano para que la exorcice?

No es mala la idea; pero primero veamos cómo le sientan los ejercicios del Tejar.

¿Y qué dirá el doctor?

Diga lo que dijere, y además, aquí entre nos, le diré que Jacinto no se preocupa mucho, pues, desde hace algún tiempo le noto medio no sé qué laya, muy caído, muy preocupado.....

Y Salvador ¿qué dice de todo esto?

El también está hecho el bravo conmigo. ¡Como estaba íntimo del chagra!

¿Querrá recibirme Marianita? Quizá logre yo calmarla?

Vaya por Dios, eso mismo le iba a rogar para que le convenza a esa caprichosa.

Dirigióse la beata al cuartito que ocupaba Mariana en un extremo de un largo corredor, habitación oscura, desmantelada y que anunciaba, a primera vista, la estrechez, si no la miseria. Ninguno de esos mil cachivaches de tocador o de adorno que se encuentran en las habitaciones de los jóvenes, había allí y menos aún esas muestras del solícito cuidado de la madre o del cariño del padre o de los hermanos, los que se complacen en reunir poco a poco y con cualquier pretexto, esas baratijas y juguetes que dan al cuarto de una niña el aspecto de un museo sencillo, pero que es la historia de las afecciones más caras y tiernísimas de la familia. Un estrecho catre de hierro sin colgadura, un lavatorio de hierro blanco, un velador con algunos libros místicos o con algunas de esas empalagosas y cursis novelas de que es tan pródiga la literatura católica de ultramar; dos bancas viejas para la ropa y tres sillas de esterilla, completaban el mobiliario más adecuado para celda de monja que para habitación de una joven hermosa y de ardiente y generoso carácter.

Rosaura, sin hacer ruido, entreabrió la puerta, y antes de entrar dirigió una mirada escrutadora al interior. Vió a Mariana sentada en una silla, los brazos caídos, el pelo mal peinado cayendo en ondas negras sobre la espalda y con los ojos fijos en un punto indeterminado del espacio que se divisaba azul y puro por la ventana. A sus pies estaba caído y abierto un libro: la “Imitación de Cristo”, libro sublime si se quiere, pero desolada y sombrío como inspirado por una imaginación enferma de nostalgia eterna; libro propio para matar la esperanza de una felicidad lejana y compensadora de las desgracias humanas. Y Mariana necesitaba de otros consuelos: los de la vida, los de la realidad encarnados en amor humano, y no los de una divinidad pintada implacable y severa por el gran místico de la Edad Media.

Entró la beata, y aunque en su alma de mestiza degradada y envidiosa, sentía gozo viendo sufrir a una mujer joven y hermosa, aparentó piedad, esa piedad que insulta y que hiere más que el peor insulto.

Amor mío, buenas tardes, gangueó la beata con meliflua voz, y sin esperar contestación y lanzando un suspiro, tomó asiento junto a Mariana.

Buenas tardes, señora, contestó con voz seca y colérica. ¿Qué se le ofrece en mi cuarto?

Nada, hijita, tu mamá me dice que estás algo enferma y he venido........

No necesito de nada.

¡Dios mío! Parece que estás enojada conmigo.

¿Yo? No.

Entonces ¿por qué estás tan terca?

Pues, si se empeña en preguntarme le contestaré: porque me da la gana.

Si no tengo, hijita, culpa alguna en el disgusto que parece has tenido con tu familia. Lo único que hago, y eso por deber de conciencia y porque así me ordenó el confesor, es avisar a tu mamá que Luciano Pérez había dicho en una casa que era novio tuyo; y como ese mocito es un...........

¡Calle Ud. vieja deslenguada, chismosa, traga hostias, infame! Rugió Mariana, poniéndose instantáneamente de pie. Calle y no quiero que ensucie en su boca el nombre de ese joven a quien Ud. odia, talvez, porque Ud. es vieja y fea. Cállese, ¿oye? Cállese, agradezca que no le saco a empellones de mi cuarto...........

La sangre hacía su efecto, la sangre vulgar que tiene aptitud para el insulto sangriento. La rabia desfiguraba el rostro de la joven, los ojos inyectados como de fiera, los labios contraídos, por los que se escapaban las palabras como latigazos, indicaban al estirpe negra, ardiente y vengativa, que a través de un siglo, revivía en esa niña que se había criado en otro ambiente, diverso de la cabaña del esclavo martirizado por el látigo y embrutecido por el alcohol y la lujuria.

Luego tomóle a la beata por los hombros con manos férreas, y clavando los grandes ojos negros en los de Rosaura, balbuceaba: ¿El confesor le aconsejo? El confesor algún cholo, algún patán con sotana..... ¿Y sabe Ud. quién es Luciano Pérez? ¿sabe? .... dígame ahora mismo vieja infame........ pero ya, ya...... Luciano no es bien nacido, de buena familia......... y nosotros los Ramírez ¿qué somos? Sí, nobilísimos chagras de no sé que pueblo de Norte, y luego tan ricos, riquísimos.......... Tanto orgullo ¿y de qué y por qué? ¡Lindo orgullo!...... Y Ud. chismosa, ¿quién es? ¿también es noble y riquísima? o talvez alguna vagabunda arrepentida a la vejez, que se anda metiendo en las cosas honradas...... Salga afuera, afuera, pero pronto.... ¡asco!!

Y sacudiendo a la beata que en vano forcejaba por zafarse, y sin dejar de verla con los ojos de animal salvaje rabioso, la sacó del cuarto........... Vino luego una crisis de lloro a gritos, de lamentos, de blasfemias. Acudieron el doctor, doña Camila y Salvador, y lograron calmarla con bastante trabajo. Ya al anochecer, Salvador, haciendo lujo de su inalterable bondad, consiguió más que sus padres. Acariciándola suavemente, arrullándola como si fuera un niño, hablándola de cosas que podían serle gratas, venció completamente el acceso y salió del cuarto de su pobre hermana cuando la dejó dormida, tranquila, soñando talvez en dichas que ella nunca saborearía.

XI

Los negocios del doctor iban cada día peores. La profesión de abogado, suficiente un tiempo para hacer frente a los gastos de la familia, ahora apenas producía una miserable ganancia. La clientela había disminuido en mucho. Nuevos abogados de más fama, aunque menos honrados que don Jacinto, acaparaban el despacho de la ciudad entera; y luego el carácter sombrío del doctor, la intransigencia política y religiosa que le dominaba y el descuido enfermizo en las causas, le quitaron poco a poco la clientela. Preocupado con un porvenir cada vez más sombrío, buscaba en su intelecto un medio menos precario de vivir. El problema era de difícil resolución y en vano torturó la imaginación días y noches, rebelde a las concepciones atrevidas que a veces dan buenos resultados,.

Las fuerzas morales, escasa de suyo en el doctor, la voluntad débil e irresoluta, el organismo físico degradado por un principio de hepatitis, mal podían sugerirle algún tópico para vencer en la lucha por la vida, que absorbe un mundo de fuerza y de energía.

Tres caminos se le presentaban para trabajar: la agricultura, el comercio y la magistratura. Para los dos primeros faltábanle aptitudes y capital, cosas que aun cuando buscaba en mil locas combinaciones de su fantasía no podía encontrarla nunca. En vano solicitaba una hacienda en arrendamiento, o una casa comercial que hiciera anticipos de mercadería a largos plazos y en condiciones ventajosas de pago, pero son sólo la garantía de su palabra de hombre honrado. Agotados los medios, recorridos los pasos, tragando un mar de desilusiones y desengaños, trató de acudir al tercer expediente: un empleo en la administración pública. En el fondo, el carácter del doctor estaba compuesto de orgullo y timidez, dos pasiones contrarias, juzgando de ligero, pero que con frecuencia se hermanan en muchos caracteres. Por orgullo no quería pedir favor a nadie, ni confesar su pobreza, ni menos rebajar una línea su nombre de abogado independiente y honrado. La timidez hipocondríaca y la desconfianza en el éxito, eran por otra parte cadenas que le ataban a lo inacción.

La necesidad venció. Veía la casa ruinosa, casi desmantelada; la mesa pobre, los guardarropas de su mujer y de los hijos desprovistos de lo necesarios; él mismo vestido de una raída levita, prenda que oculta más miserias que el poncho del cholo. Veía cerca, muy cerca, la pobreza sucia, despreciable, deshonrosa, esa pobreza que no quiere confesarse, y oculta a medias por la ropa. Veía venir la miseria que quita dignidad, honor, independencia y la que hace parecer odiosa la sociedad.

Y, luego, ¿qué hacer, a quien pedir ayuda? ¿Bienes? No los había: dos años antes vendió la haciendita de Chillo en una bicoca, y de la traba, seguramente estaba en l a miseria. ¿Apoyo moral o material de los suyos, de su mujer de sus hijos: menos aún. Camila era ya la beata insoportable, fanática, descuidada, capaz de sacrificar el pan de sus hijos para contribuir a la compostura de un altar. ¿Mariana? Buena era Mariana para ayudar a sostener la casa. Su sexo el desheredado del trabajo en el país, y por tanto, ¿en qué se ocuparía? ¿En ser maestra de escuela, para así ganar un miserable sueldo y servir de pasto a la lujuria del cura o del juez o de algún caballerete innoble que comercie con la miseria? Salvador entonces: Si; su hijo, bondadoso, intachable en su conducta, estudiante aprovechado de segundo año de Derecho; pero ¿en qué podría ganar el pan antes de recibirse? ¿En un empleo? Sí en un empleo, desde tan joven, anulándolo para el trabajo independiente haciéndolo adquirir el hábito de la empleomanía que se pega al hombre como el vicio de la embriaguez.

Sin encontrar solución posible, agotados los esfuerzos, resolvió recorrer la más dolorosas vía vía: la solicitud de empleo, que para un hombre como el doctor, delicado y tímido, venía a ser una ascensión el Calvario.

¿Quién podía contar las largas esperas en los corredores del Palacio de Gobierno, las súplicas disfrazadas, hechas a los empleados subalternos y ministros: las esperanzas acariciadoras de largos días, caídas al suelo en un instante, y las horas de mortal angustia del padre de familia, que sin poder evitarlo, ve venir a su casa la miseria y el abandono? Sentirse inteligente, honrado, apto para el desempeño de un cargo en el que se serviría al país y se conseguiría el pan, y verse pospuesto a la intriga baja, a la ineptitud, al crimen mismo. ¿Por qué esa preferencia y por que esa injusticia? ¿ por que ese prurito de insultar y condenar al hombre hambriento que pide pan en cambio de una labor inteligente y honrada?

¡Cruel burla, atroz sarcasmo! Los que se hacen del hombre sin empleo. ¿Se sabe por ventura que en el pecho de ese hombre hay un mar de lágrimas represo? ¿Se sabe que tras ese viejo, hay mujeres y niños hambrientos y desnudos, esperanzados sólo en ese triste apoyo?

¡Oh, la sociedad cristiana! ¡oh, la caridad católica, la civilización moderna, que grandes farsas encierran, qué mentiras pregonan!

En vano el doctor agotó los medios decentes para conseguir el empleo que podía traer a su casa lo necesario para la vida. En vano sus escasos amigos pusieron su influjo en el Gobierno. Ofertas y nada más que ofertas consiguieron los interesados. Ya se vería después del próximo Congreso; talvez iba a quedar vacante una plaza en el Tribunal de Cuentas; que pronto se le mandaría de Gobernador a una provincia; pero nunca llegó el día del nombramiento, aun cuando vacó la plaza en el Tribunal de Cuentas y hubo algunas Gobernaciones disponibles. Algunos candidatos más relacionados que el doctor, aunque a él inferiores en aptitudes y honradez, fueron preferidos.

Convencido al fin de que todo sería inútil, encerróse dentro de sí mismo en una sombría tristeza, agravada por su enfermedad hepática; el rostro púsose cetrino, envejeció en poco tiempo diez años, descuidó casi por completo el ejercicio de su profesión, y a duras penas, haciendo verdaderos milagros y vendiendo casi todo el menaje de la casa, se pudo vivir, si vivir es estar viendo todos los días que la miseria avanza a largos pasos.

Salvador hacía lo que estaba a sus alcances, para poder ayudar a los mezquinos gastos de la casa. Robando horas al sueño podía seguir los estudios de Derecho, con el aprovechamiento

de siempre. Durante el día dictaba clases a domicilio para cuatro o cinco jovencitos de la aristocracia, para enseñarles algo del poco francés que sabía. Con su buena letra ganaba también pequeños recursos, copiando memoriales y alegatos. Estas verdaderas piltrafas arrancadas al egoísmo y a la avaricia de nobles y letrados, iban a para íntegros en manos de doña Camila, la que, triste es decirlo, las gastaba en socorrer iglesias pobres o para fondos del Papa.

Mariana, cada día más enferma y misántropo, empleaba el tiempo en aquellas múltiples obrillas de mano que enseñan en los colegios de monjas. Tres o cuatro semanas de constante labor, apenas si daban para la comida de un día. La pobre muchacha era, sin duda alguna, la que más sufría en la casa. Presente a toda hora en su memoria la imagen de Luciano, al que adoraba con más fervor que nunca; sin amigas de su edad a quienes confiar sus cuitas; recatando la pobreza de su casa cuidadosamente; reprendida a diario y con aspereza por su madre, asediada por los impertinentes consuelos de Rosaura, que era la única persona extraña que visitaba la familia, la vida para Mariana era un tormento sin fin, una noche sin luna, sin esperanza, perdida con Luciano, la única posible para salir de ese infierno. Salvador era el único amigo, el consuelo, el confidente, pero aún él, con la desgracia, iba perdiendo el carácter dulce y tornándose huraño y displicente.

¡Qué hambre tenía, la pobre, de libertad, de luz, del aire de países claros y soñados en sus recuerdos de la infancia! ¡qué deseo de volar como las aves migratorias hacia un desconocido suelo! Y en tanto, ¿qué era de su Luciano? ¿dónde estaba? ¿qué hacía? ¿se acordaba de ella? Nada sabía desde algunos meses dos cartas encendidas y apasionadas, eran las únicas que recibió de él, burlando la vigilancia de doña Camila. Las tenía consigo, de su pecho no se separaban, y antes de acostarse las leía integras, queriendo adivinar en cada una de las letras, la sensación que experimentó el amado al escribirlas.

XII

Por las explicaciones que tuvo con Salvador, en aquel día de la separación, comprendió Luciano que su amor a Mariana había despertado resistencias y encontrado obstáculos, con los que nunca contara en sus ardientes proyectos, nacidos de una naturaleza voluntariosa y entusiasta. En el fondo de su pecho nació, como en el de todos los enamorados, la desconfianza en el propio esfuerzo y luego el desaliento. Vio hacer el suelo el alto edificio que levantó su férrea voluntad, unida a un amor primero; vio que la causa única para la oposición que a su amor hacía la familia de Mariana, era parte de esa necio orgullo, de esa mentida buena sangre de que alardean muchas familias quiteñas; de ese lastimoso o más

bien ridículo prurito, que les hace ver como a inferiores, a las gentes que no nacieron al pie del Pichincha. Vio en fin, el fanatismo político-religioso, levantando una muralla casi infranqueable entre dos naturalezas enamoradas y robustas, capaces, al unirse, de encontrar un pedazo de felicidad. Luciano, analizando, profundizando estos factores, sintió un movimiento instintivo de rabia contra todas las ruines preocupaciones de una sociedad en pañales, y ya herida de muerte por los vicios que dominan las mas caducas y corrompidas. Y después vino una reacción saludable; sintióse orgulloso de verse fuerte y valeroso, desafiando esas mentidas mascaradas sociales, haciendo caso omiso de las ideas que más atormentan a la humanidad: el miedo a la muerte y el miedo a la miserias, ideas engendradas por una educación ruin en la que ha tomado parte principal la Iglesia Católica. Sintió pues ese orgullo santo, el de haber roto joven esas prisiones del carácter y de la dignidad humana.

¿Y qué eran los Ramírez por ventura? ¿Acaso él no sabía que la cuna de esa familia se meció en una hacienda del infernal Chota, y que el látigo había desgarrado muchas veces las espaldas de los antepasados de Salvador? Luciano lo sabía; pero maldito el caso que hizo de ese abolengo cuando trabó amistad con los Ramírez, pero ahora que él había sido rechazado de esa casa, comparaba la alcurnia de ellos con la de los Pérez, alcurnia blasonada por el prócer Eustaquio y después por el mártir de Cuaspud y luego por don Lorenzo, caballero honrado y sin mancha. Pero ninguno de ellos vivió en Quito, ni fue bautizado en la Capilla Mayor, ni se educó en el Colegio de los Jesuitas; sino que vivieron en el campamento o cultivando la tierra, y recibieron las aguas del bautismo en la modestia iglesia de la capital de una provincia.

Y ahora, el bisnieto del general Eustaquio, condecorado con la medalla de las batallas en la Independencia, el nieto del heroico soldado de Guaspud e hijo del patriota y honrado propietario del Huaico; tipo del gentil hombre, pera desechado como indigno de ser esposo de una Ramírez.

Del orgullo nací el capricho, el deseo de vencer, de humillar a esas preocupaciones estúpidas, de saltar los obstáculos, de anonadarlos, para a través de todo, lograr la posesión del objeto amado, escupiendo, si era posible, al rostro de una sociedad meticulosa y ridícula. ¿No querían que Mariana fuera su mujer? Pues la haría su querida; desafiaría las iras de todo el mundo para hacerla suya; y si era necesario cometer escándalo, lo cometería sin vacilar. ¡Bueno era el para pararse en niñerías ni en los díceres de las gentes!

Escribió pues, cartas apasionadas, en las que se retrataba el carácter vehemente de enamorado; cartas que produjeron en Mariana el efecto de una mecha en un polvolín; la enloquecieron y aumentaron, si cabe, el histerismo que roía el sistema nervioso de la

muchacha, hasta ponerla en un estado de excitación difícil de calmar. Era muy capaz de entregarse íntegra y sin reserva al hombre que por primera vez había despertado sus sentidos. ¿Qué le importaba a ella lo que dijera el público, del cual tenía una idea confusa? Después de Luciano, el mundo dejaba de existir, y la idea del bien amado llenaba su inteligencia y sus recuerdos. La sangre de cuarterona hervía en deseos desconocidos aunque adivinados, y a todo trance deseaba conocer ese desconocido amor, ese algo que se escapaba de su comprensión de virgen claustrada y temperamento sensual. Sin resistir por más tiempo a esa falta de expansión, escribió una carta a Luciano, carta sin prudencia, sin esa frialdad estudiada de mujer; carta en la que sin rebozo pintaba una pasión frenética, y rogaba, y suplicaba la sacara de su casa-tumba, según su expresión, para que la llevase donde él quisiera e hiciese de su alma y de su cuerpo lo que se l e antojase.

Luciano cuando leyó esa inesperada misiva, pensó con alguna madurez y allá en lo más secreto de su alma, divisó algo como un principio de disgusto; algo como una mancha que oscurecía la hermosa imagen de Mariana. Disminuyó un tanto el amor puro y romántico y aumentó en mucho el deseo sensual de poseer ese cuerpo que adivinaba ardiente y voluptuoso. Luego vino la reflexión calculadora de las consecuencias, indicio seguro del enfriamiento de la pasión moral; pues el amor no reflexiona nunca en ellas. “Soy joven, decía muy joven, principio a vivir, hay una mujer joven y hermosa que me adora, que quiere entregarse a mi pasión. ¿Me conviene casarme con esa mujer? Mi familia, sobre todo mi madre, ¿vería gustosa este matrimonio? ¿Acaso la vida es tan fácil y tan baladí para agotarla por el capricho de un instante? Pero Mariana es encantadora, es un pedazo de cielo y la amo; sí, la amo”. Y presa de estos encontrados sentimientos, cavilaba sin tomar una resolución, como temeroso de ella.

Una mañana que acababa de dejar el lecho, se abrió sin ruido la puerta de su cuarto y dio entrada a una mujer bien tapada con una manta negra. Sorprendido, pálido, dirigióse sin pronunciar palabra hacia la tapada, sin adinivar en l a penumbra del cuarto que tenía cerradas aún las ventanas, quien podía ser la persona que desafiando todas había entrado a su cuarto; cuando Mariana arrojando al suelo el manto se lanzó hacia él con los brazos abiertos, pálida por lo que se podía ver en la media luz, casi loca de miedo, la respiración anhelante, los ojos casi extraviados.......

Perdóneme Ud. Luciano, dijo con voz queda y entrecortada .... ¡Por Dios! .... no se lo que he hecho....... pero vea, al pasar por delante de su casa, yéndome a misa no pude resistir.............. y una fuerza invisible me ha traído.......... ¿No está Ud. enojado .... ¡Por Dios! perdóneme....... ya me retiro...........

Luciano, con el corazón que le latía atrozmente, la boca seca, tembloroso casi no podía hablar.

¿Yo?.......... ¡le juro Mariana que estoy loco por Ud., que la amo!............ pero no puedo expresarme .... la adoro............ amor mío............... la adoro más que antes...........

¿Deveras? ....¿me quiere Ud.?............¿y por qué no contestó mi carta.............. Se olvidó ya de mí, ya no me quiere............... pero yo si le amo, las mujeres mejor corazón...... Vea Luciano, en mi casa ya no puedo aguantar más tiempo, es un panteón; pero que un convento. Sin verle a Ud. era la muerte. He llorado ....

Amor mío....... no tengo yo la culpa d sus lágrimas En la casa de Ud. nadie me quiere ya, y aún Salvador está enojado conmigo; pero créame, no la olvidaba ni un instante y, antes de que Ud. entrara, estaba yo pensando en la manera de unirnos.

Entonces ¿es cierto que Ud. me quiere?

Si, amor mío, le juro. Vea, sería capaz de quemar el mundo si alguien se opusiera a nuestro amor.

Este diálogo lo tenían en el cuarto iluminado apenas por la escasa luz que se filtraba por las ventanas mal cerradas, sentados en un diván y muy cerca los amantes. Luciano, vencida la primera sorpresa, volvió a su acuerdo; sintióse enamorado como una lo había estado. Allí al alcance de sus manos, en su cuarto de soltero, estaba ella, la hermosa Mariana, encantadora, enamorada y tierna.

Por él, sólo había dado ese paso tan falso y decisivo; por él echaba a un lado el pudor de virgen y el respeto social; por él desafiaba los rigores de una madre furibunda y ensuciaba la honra de la familia. Ella sabía amar, lo estaba probando. La mujer débil, recatada, había dado un paso a que él nunca, con ser hombre, se habría atrevido, si las consecuencias fueran para él iguales a las que arrostraba Mariana. El pensaba en el disgusto de su familia, en que era aún muy joven; ella en nada: en que amaba; y nada más que escuchada de esta idea desafiaba el ludibrio social. El, ¿qué perdía? Nada; ganaba en la consideración de las gentes como conquistador y seductor hábil; ¿ella? Perdía todo. Como relámpagos cruzaron estas ideas por la imaginación ardiente de Luciano y amó a Mariana con la furia del macho.

Veía que ese amor ensuciaba al objeto amado, comprendía que era villano lo que maquinaba; pero una fuerza inmensa, la fuerza de la vida, le llevaba como una paja en la tempestad. Mariana recostada a medias en el diván, lánguida, con un color de marfil, los labios gruesos ligeramente abiertos, los ojos que le brillaban en la penumbra del cuarto, el pelo negro ensortijado que la caía en desorden por el cuello, era capaz de tentar a un santo y Luciano no lo era. Luego, la hora matinal, la oscuridad tenue de la habitación, el misterio, eran factores terribles. Un nube de lujuria, de macho fuerte y brutal le envolvió; el animal robusto vencía al hombre; la vida cobrada sus derechos; el villano vencía al caballero. Sin poder contener más tiempo, rodeo a Mariana con sus brazos hercúleos, la devoró a besos; era una tempestad de ósculos sonoros que repercutían en el cuarto apenas alumbrado. Ella loca, desmayada, se debatía apenas con fatigosas manos, después dejó libre su cuerpo al deseo de Luciano..........

XIII

El doctor Ramírez de regreso de Guayllabamba, a donde fue para una inspección ocular, sintióse repentinamente enfermo. Ligeros calofríos, dolor fuerte del hígado, p eso en la cabeza y una ligera fiebre, eran los síntomas generales, poco graves según él mismo, pero que a poco le obligaron a ir al lecho. Llamado por precaución un médico, unos de esos galenos de trastienda, ignaros y presuntuosos, tan abundantes en todas partes, declaró después de un ligero examen, que la enfermedad que había atacado tan repentinamente al doctor, era una congestión aguda al hígado. Recetó un menjurje, cobró un sucre por la visita y haciendo reverencias ridículas, fuese. Tres horas después, el enfermo entró en un período de terrible agitación. Arrojaba las mantas que le cubrían como si se ahogara de calor, la respiración era fuerte y fatigosa, se incorporaba a medias y fijaba una mirada vaga como la de un ciego, en un lugar indeterminado, sin conocer a doña Camila ni a sus hijos, que temerosos y apesadumbrados rodeaban el lecho sin saber qué medidas tomar ni qué medicamentos administrar para aliviar al paciente.

Una vela de sebo, hedionda y con pavesa negra, titilaba delante de un San Antonio de bulto, dejando casi toda la habitación en una semi oscuridad miedosa, menos el rostro de Mariana, en el que se pintaba una angustia indecible.

Salvador, muy preocupado del estado de su padre, salió presuroso en busca de un médico entonces de mucha fama en Quito. No tardó en regresar acompañado del doctor B., anciano venerable, encanecido, sobre el libro y el lecho de los enfermos a los que curaba con verdadero cariño. Llegóse donde el enfermo. Salvador alumbraba con la vela, esperando,

presa de terrible ansiedad, el resultado del examen, pues, adivinaba que la enfermedad de su padre era gravísima.

El médico examinó al enfermo con escrupuloso cuidado, sin dejar traslucir en su impasible rostro de sabio, ninguna señal de esperanza o desaliento; al fin levantó la cabeza calva y con voz breve preguntó a Salvador:

¿Su padre ha estado últimamente en algún lugar caliente, como el Chota o Guayllabamba?

Sí doctor, está recién llegado de Guayllabamba.

¿Recién llegado?

Si doctor, y desde entonces se sintió mal.

¿Y qué ha dicho el médico que primero lo vió?

Que no era cosa de cuidado; puesto que era una congestión del hígado, órgano que siempre ha tenido afectado papá.

¿Del hígado?......... ¡hígado! Pues bien, ese mediquillo, es un bruto... Su padre tiene perniciosa que ha cogido en ese famoso Guayllabamba. Pronto......una inyección de quinina.....por si acaso.

Con gran prontitud preparó el médico la jeringuilla y la inyección fue hecha.

Temo que esto sea sin efecto, dijo a medida voz el anciano, pues me han llamado muy tarde. En fin ya veremos.

El enfermo descansaba boca arriba, los ojos cerrados, fatigosa la respiración, y a ratos chasqueaba los labios como si tomara agua. Doña Camila sentada en la cabecera del lecho limpiaba con un pañuelo el copioso sudor que empapaba el rostro del enfermo, murmurando oraciones y jaculatorias. Salvador de pie, pálido como un muerto, no separaba la vista de loa cama donde agonizaba el doctor y en un rincón, acurrucada sobre un baúl, Mariana, cubierta el rostro con un pañolón, sollozaba presa del remordimiento de haber manchado la honra del anciano que allí rendía la jornada de la vida. Un pequeño reloj de mesa marcaba con el monótono tic-tac el tiempo, rompiendo el silencio de la habitación; la calle estaba desierta y callada; a ratos se oía el presuroso paso de algún transeúnte rezagado o el pito lejano de un policía.

El doctor B. Espiaba atento los síntomas que produjera la inyección, volvió ha hacer otra y esperó preocupado. Hacia la una de la mañana, el enfermo hizo un violento e inesperado esfuerzo; sentase arrimado a las almohadas, abrió unos inmensos ojos, pero sin vida paseó una mano por la frente, lanzó un prolongado suspiro como si estuviera fatigado y volvió poco a poco a resbalarse de las almohadas. El médico tomóle el pulso, puzzle la mano en la región del corazón después en la frente, quedó un instante pensativo como si murmurara una plegaria y luego dirigiéndose a doña Camila y a los jóvenes, dijo con voz grave y emocionada:

Amigos miso! valor el doctor Ramírez, acaba de espirar.

¿Para qué describir la escena que siguió a la frase del médico, más terrible que pueden oír oídos humanos?

“Acaba de espirar....” Es decir, el que ayer fue, el que un momento antes era una máquina magnífica, el padre, el hermano, el hijo, el amigo, hoy no es, dejó ya de moverse, de pensar, de amar. Abismo enorme, insondable, encierra ese “ya no existe” que oímos todos los días.

La muerte siempre es horrible cosa; pero cuando visita el hogar pobre, es hasta cobarde. En el hogar pobre la preocupación de que el muerto era el sustento de la familia, el pan cotidiano, la ropa que cubre la desnudez, envenena mas la herida. Al pobre le agobia el hoy

y el mañana, le avergüenza la falta de medios necesarios para honrar el cuerpo del muerto con las ceremonias e indumentaria que exigen las preocupaciones y vanidades del mundo, preocupaciones y vanidades que absorben dinero.

Muere el rico, la familia sabe que ha desaparecido un ser amado; pero sabe también que su desaparición de este mundo no traerá como séquito el hambre y la desnudez. Allí están los parientes y numerosos amigos para consolar con frases y discursos a los deudos, allí está la Iglesias que mediante una suma de dinero despliega en las ceremonias fúnebres gran pompa teatral, consolando la vanidad que es, muchas veces, el mejor lenitivo para los dolores humanos.

Salvador ayudado del anciano médico, llenó el más triste de los deberes: vestir el cadáver del padre y amortajarlo con una sábana vieja. Doña Camila arrodillada delante de l a imagen de San Antonio, rezaba en voz alta interminables oraciones, entrecortando el rezo con sollozos. No podía aún creer que estuviese viuda; parecíale que el muerto no era su marido, con el que había vivido un cuarto de siglo. A ratos divagaba, olvidándose del muerto y de la escena que acababa de presenciar; prescindía de que a tres pasos de donde ella estaba arrodillada amortajaban a su esposo, para pensar en que el día siguiente había en la Iglesia de la Compañía comunión, general de terciarias y que por la tarde confesaría el padre Leandro. Luego la realidad, como un golpe brutal, le hacía ver el cuadro, y medir la desgracia que se desplomaba sobre su familia.

La más desconsolada era Mariana. Deseaba morir, aniquilarse, hundirse en algún misterioso caos. Recordaba con fidelidad pasmosa,. Infinitos detalles que eran otras tantas muestras del cariño calmado, pero profundo, del muerto hacia ella. ¿Acaso las amarguras que había envenenado la vida del doctor, no eran causadas por el deseo de mantener y educar a ellos, a los hijos? Ahora cuando no había ya remedio, cuando delante de ella velábase a la luz de cuatro gordos cirios el cadáver del padre, tenía atroces remordimientos por los disgustos causados a ese oscuro mártir de las preocupaciones sociales. Pero lo que exasperaba más su dolor era el recuerdo de su caída. Un recuerdo mezclado con ideas de dicha lograda, que en vano quería desecharlas como monstruosas. Estaba manchada, impura, era una de tantas sacerdotisas del amor prohibido, sin honor, sin virginidad, arrancada con las caricias lúbricas de un hombre. Y el muerto fue engañado vilmente en los últimos y penosos días de su existencia. El creyóla, pura, virgen, honrada, mientras ella se entregaba con deleite a un hombre. Tenía miedo de que el muerto se levantara airado, después de saber en la otra vida, el engaño de que había sido víctima, y delante de todo el mundo le lanzara el anatema de prostituta.

Presa de dolor, de remordimiento, de miedo, lloraba lanzando alaridos de espanto; el pañuelo con que enjuagaba las lágrimas, rompióle en mil pedazos entre los dientes, y perdida ya la idea de la existencia y de la realidad cayó al suelo convulsionada por un ataque furioso. El médico, doña Camila y Salvador, olvidando un instante al muerto, acudieron a socorrer a la enferma. Debatióse largo rato echando a rodar muebles y formando informe grupo con los que la contenían en sus terribles convulsiones. Cesó la lucha e incorporándose rápidamente, quedó sentada en el pavimento, la vista alelada, fija en el médico, el pecho anhelante, el rostro congestionado. De tiempo en tiempo con un movimiento rápido, escupía saliva manchada de sangre, produciendo con los labios amoratados un chasquido seco.

XIV

Luciano, como la mayor parte de los jóvenes de su edad, era un perpetuo contraste. A los impulsos generosos del deber y del honor, nacidos de una naturaleza fuerte y bien equilibrada, acompañaban en él eclipse en los que palidecían la nobleza de una alma varonil, para dar lugar al egoísmo y a otras pasioncillas pequeñas. Si su vanidad de hombre y amante se hallaba satisfecha con el triunfo obtenido sobre el pudor de Mariana, la nobleza y generosidad nativas estaban heridas, y en el fondo más recóndito de su ser, había un vago pero tenaz remordimiento por haber perdido a su novias, a la hermana de su amigo, a la que en sus ansias amorosas que todo lo subliman, consideró siempre como un dechado de pureza.

En vano el egoísmo se empeñaba tenaz en hacerle ver como la cosa más natural del mundo y aún muy meritoria, el triunfo obtenido. ¿Acaso no se ve a diario jóvenes seducidas a causa de la miseria, del amor y hasta por los impulsos de la carne que nunca abdica sus derechos eternos? Luciano, con verdadera fruición, reconstituía la escena: Mariana entrando as u cuarto de soltero, enamorada, voluptuosa, provocativa, allí cerca del lecho, tibio aún; la soledad, el silencio de una mañana brumosa. El, robusto, ardiente, loco por la muchacha, luego el temor, la seguridad más bien de que ese cuerpo espléndido no sería acariciado por él, con el pasaporte que da la iglesia; los abrazos, los primeros besos quemantes; el contorno de un cuerpo escultural, adivinándose tras las ropas, y por último ese inmenso poder del deseo, que hace olvidar todas las conveniencias sociales y atropella leyes y prohibiciones sagradas. Y recordando todo esto, se le encendía más la sangre, deseaba poseer ese cuerpo por una eternidad y no por un instante.

Pero volvía la reacción severa y fría. Su conciencia de caballero le echaba a la cara los epítetros de villano, cobarde e infiel al honor. ¡Hermoso, noble cariño a Mariana! cariño que le quitaba la única riqueza que posee una mujer pobre. ¿Acaso él mismo, no experimentaba una notable disminución del puro y antiguo amor a ella? Ahora le deseaba como querida y no como esposa. Todos los velos que envolvían al objeto amado, convirtiéndole en un ídolo, él los había desgarrado brutalmente, el había roto el encanto para dar con la carne ardiente. ¿No valía más por ventura, conservar ese ideal, acariciar una esperanza, la del hogar honrado y casto con la esposa amante, y no el placer de un momento, ciego y brutal, proporcionado por la querida?

Recordaba después al doctor, tan honorable, tan desgraciado; a Salvador, amigo fiel y cariñoso, desinteresado, débil, y que tenía el culto de la hermana y del amigo. A ambos había engañado; manchado el honor del viejo y extinguiendo la fe en el joven; y ni el viejo ni el joven podían pedirle cuenta de su doblez!

La noticia de la muerte del doctor, le impresionó dolorosamente. Dejó a un lado remordimientos y olvidó temores, y siguiendo el impulso de su amistad no borrada aún, dirigióse a la casa del duelo.

En el desmantelado salón de la vieja casa y sobre una mesa estaba el pobre ataúd mal barnizado de negro; cuatro cirios alquilados a esos tristes negociantes de la muerte, llamados contratistas de pompas fúnebres, colocados junto a los ángulos de la mesa, titilaban dando luz sucia y amarillenta. En las ventanas habían colocado algunas cortinas de indiana negra, el luto más pobre que puede encontrar la miseria. La casa estaba silenciosa y como si encerrara en sus múltiples y abandonados departamentos algún misterioso arcano, y a los oídos perceptibles, Salvador, materialmente agobiado de pena, sentado en una silla a la cabecera del muerto, la cabeza inclinada sobre el pecho, los brazos lacios y colgantes y la mirada vaga, como flotando en un mar insondable de tristeza, era una imagen del dolor supremo y único. Tres viejos, vestidos de raídas ropas negras, antiguos y fieles amigos del muerto, verdaderas ruinas humanas, cuchicheaban graves y sañudos en un rincón del cuarto, mal iluminado por la luz de la única ventana. Doña Camila y Mariana no estaban allí. Luciano hizo una reverencia a los viejos que continuaron cuchicheando, dirigióse hacia Salvador, y pálido, con un nudo en la garganta y sin decir una sola palabra, estrechóle entre sus brazos, pues comprendió que toda frase sería impropia, ineficaz, fría, para consolar un dolor tan grande. Y en tanto que abrazaba el desgraciado amigo, la conciencia importuna siempre, decíale: “?Ves el cadáver de ese pobre hombre? pues bien, tú manchaste su honor en los últimos días que le quedaban de vida. A ese joven que abrazas tan estrechamente, le has robado lo que le hacía fuerte en medio de su debilidad, la fe en la virtud de su hermana”. Mentalmente prometió de corazón reparar el daño. Promesas que nunca se cumplen, pues nacen de raros impulsos que se desvanecen enseguida.

Para el entierro regresó Luciano a la casa del duelo: Pocas personas quisieron acompañar hasta el cementerio al cadáver del doctor. Era el muerto un pobre abogado sin clientela, sin amigos, y no dejaba fortuna; circunstancias suficientes para hacer el vacío en un funeral. Un clériguillo, cholo recién ordenado, desempeñó su papel en un instante: cantó o salmodió con voz gangosa y maquinalmente, como un autónoma; roció con el hisopo el ataúd, y el pequeño cortejo se dirigió al cementerio. Luciano y cinco amigos o antiguos clientes del abogado, cargaron el humilde féretro.

Atrás, en la casa que parecía más vacua y espaciosa, quedaban oculta en un rincón oscuro de l a habitación más retirada, tres personas estrechamente abrazadas, inundadas de lágrimas: la viuda y los dos huérfanos.

XV

Desde el siguiente día de la muerte del doctor, el problema de la diaria subsistencia, quedó planteado esperando una solución que necesariamente debía ser pronta y decisiva, ya que la viuda y los huérfanos no contaban con ningún recurso para hacer frente a las necesidades de la vida. La situación era casi desesperada, porque los pequeños y casi insuficientes honorarios que trabajosamente ganaba el abogado, había sido los que mantenían en pie todavía un hogar que amenazaba ruina por todas partes. El funeral, aunque modestísimo, costó algún dinero, monaquillos y alquileres de ceras y paños mortuorios; y aún ese dinero fue conseguido en préstamo, con interés usurario.

En la vieja casa nada quedaba susceptible de ir a una casa de empeño; sin embargo, los escasos libros del doctor en cambio de dos o tres pesos. Algunas pobres prendas de vestir, propiedad de doña Camila y de Mariana, fueron también vendidas; y la antigua cama de metal, último resto de cierta antigua comodidad de la casa, fue comprada por una tendera enriquecida.

Doña Camila, aunque tarde, comprendió que su marido había sido el único pilar del carcomido edificio. Caído él, todo se derrumbaba en torno, convertido en ruinas. Algunas y antiguas amistades de la casa, desaparecieron con el muerto; las queridas beatitas, amigas íntimas de la viuda, poca o ninguna ayuda podían prestarle en trance tan amargo, porque las

beatas son gentes a más de inútiles, egoístas; y en vez de consolar a los desgraciados; se ocupaban en habladurías, indignas de que doña Camila no hubiese hecho confesar a su marido en la última y rápida enfermedad, por lo cual, la vida, sólo ella, era la causa de que el doctor estuviera condenado a las horribles penas del infierno.

Rosaura iba muy d tarde en tarde, y no seguramente a consolar a los dolientes, sino a indagar si ellos sentían al muerto como es debido; para tener así un hermoso pretexto de andar por otras casas censurando la poca sensibilidad de la viuda y de los huérfanos, que no se habían puesto, según decía la beata, ni un luto riguroso, ni mandaban decir una misa por el descanso y alivio del condenado doctor.

Salvador quedó, pues soportando todo el gravísimo peso de la situación. El debía ser ahora el padre de familia y resolver el problema económico, que no admitía dilación alguna. ¿En qué industria, ocupación o empleo buscaría lo necesario para la vida de los suyos? He aquí lo primero que debía encontrar. El era un magnífico estudiante de Jurisprudencia, pero para graduarse de abogado y ganar algún dinero con la profesión, le faltaban aún dos largos años de Universidad y uno de repasos y grados. Las lecciones a domicilio dadas a algunos caballeritos, le producían bien poca cosa, y ese miserable ganancia misma venía envuelta en amargura, porque los descendientes de los estúpidos nobles de la colonia o de comerciantes enriquecidos con la quiebra o el agio, se complacían en herir al amor propio y la delicadeza de Salvador, con bromas burdas o con desprecios ruines a su pobreza. Buscar protectores entre los antiguos amigos del doctor, era imposible, porque esos amigos eran pobres menestrales o abogados indigentes sin clientela, hambrientos también y acobardados, anulados por la falta de éxito. Un día dedicóse a averiguar en todas las tiendas y almacenes de la ciudad, si en alguna de ellas necesitaban un dependiente: nada consiguió por ese supremo recurso de los jóvenes pobres, porque o no había necesidad de empleado en esas tiendas o los sueldos eran tan pequeños y el trabajo y responsabilidad tan grandes, que acobardaban a cualquiera.

Despechado Salvador, aguijoneado por la idea terrible de que en su casa iba a faltar el plan, dirigióse a uno de los Ministros de Estado antiguo amigo de su padre. Trance durísimo el que pasó entonces, a confesar al Ministro la miseria de la familia del antiguo condiscípulo, y la urgente necesidad de un empleillo para conseguir con él un pedazo de pan. El Magistrado, hombre de corazón sano, comprendió la amarga crisis porque atravesaba el joven pretendiente, y el mismo día quedó Salvador empleado con un sueldo de treinta sucres.

Al fin algo era, no había ya necesidad de pedir limosna; ya había un recurso seguro aunque pequeño; su madre y su hermana podían hacerse ropas de luto para guardar el duelo del

muerto. Por esos cambios tan frecuentes en la vida y en el carácter, Salvador pasó del colmo de la desesperanza a un ensueño casi venturoso. Olvidó un instante el pesar de la pérdida sufridas, la amargura de los anteriores días, creyóse hombre fuerte, y el horizonte tan sombrío dejó ver un rayo de sol claro y prometedor.

Ya vería el Señor Ministro lo bien que desempeñaba el empleo el nuevo amanuense, vería que era la exactitud y laboriosidad encarnadas. Además, por las noches, robando horas al sueño, podría dedicarse a algún trabajo extraordinario capaz de aumentar en algo el presupuesto. Los estudios de Jurisprudencia tan brillantemente seguidos hasta entonces, podría, no hay duda concluirlos; y con el título de abogado en el bolsillo, ya sería otro, pues la clientela sería rica y abundante. Después se haría capitalista y su madre estaría bien cuidada y Mariana encontraría un buen marido. Aún iba más lejos en el camino de las halagüeñas esperanzas. Con el dinero le sería fácil aplastar la vanidad de los nobles de pega que tantos sinsabores le habían hecho tragar desde el colegio.......

Con el rostro radiante y el corazón contento regresó a la vieja casa. Desde la puerta del zaguán gritó:

Mamita, una buena noticia........

Qué noticia puede ser buena para nosotros? dijo doña Camila, envejecida notablemente desde la muerte del doctor.

Pues, sabrá Ud., que estoy empleado en el Ministerio y con treinta sucres mensuales.

De veras, hijo?

De veras mamá.......

Bendito sea Dios! Tu papá que ha de estar en gloria, vería nuestras necesidades y ha alcanzado de la Virgen este milagro.........

Ahora lo primero, es lo primero. Voy a comprar unas cuantas varas de merino negro para trajes de ustedes.

Merino dices? Nó, hijo, no lo compres; eso es muy caro, busca más bien zaraza negra. Y ya tienes dinero?

Sí mamita. El señor Ministro hizo que me adelantasen alguna cosa en la Tesorería. Aquí está......

Y diciendo esto, puso en manos de doña Camila, un paquetito de billetes de Banco.

Y tú, hijo mío, no tomas nada? Tuyo es este dinero.

No necesito nada, porque ya ni fumo; he dejado el vicio.

Mariana aparentó participar de la alegría de los suyos, dirigiendo a Salvador algunas forzadas palabras de aliento. La confianza entre los dos hermanos había desaparecido, y no ciertamente a causa de Salvador, siempre bondadoso, sino de ella. Un secreto guardado, una falta cometida, hacía de la antes expansiva muchacha, una mujer reservada y silenciosa.

Luciano no había vuelto desde los funerales del doctor. En esta crítica situación, habíase portado como un verdadero amigo de la pobre familia, pero no como amante o pretendiente de Mariana. Ella no se quiso dejar ver pretextando una grave indisposición, que no fue creíado por Luciano, para quien la única causa verdadera, era la vergüenza de la antigua novia o reciente amante. El deseaba vivamente tener una entrevista, quería verla, hablarla, enamorarla nuevamente, porque no podía olvidar las delicias de aquella mañana pasada en su cuarto de estudiante, cuando Mariana se le entregó Luciano la deseaba, y era capaz de casarse con ella a trueque de conseguir la otra vez. No podía conformarse con que otro hombre, otro amante, fuera el que robara los besos de los labios de Mariana; no podía transigir que él, el primero que la había poseído en medio del sobresalto de una posible

sorpresa, no fuera dueño absoluto y único poseedor de esa voluptuosa cuarterona. La sangre robusta y altanera de los Pérez se sublevaba, y era capaz de cometer alguna barbaridad para recuperar lo que considerable absolutamente suyo.

Al revés de tantos y tantos enamorados, la posesión del objeto amado y el cabal logro de deseos alimentado largo tiempo, no había calmado el amor de Luciano, sino exaltándole más, si cabe; y este aumento nacía del íntimo convencimiento que abrigaba del amor de Mariana, la cual aunque pobre, era una muchacha encantadora de carácter ardiente a veces y sencillo las más. ¿Acaso no podía ser esa mujer una esposa inmejorable? ¿No se le había entregado?

Mariana seguía adorando a su Luciano. La conciencia de la caída iba borrándose, y al remordimiento de los primeros días, sucedió una especie de orgullo mezclado de un tanto de íntima vergüenza. Se había entregado ella sin reserva, sin esperanza alguna de recompensa; habíase anulado para siempre, pues comprendía que nunca podría ser esposa de otro hombre, porque con la virginidad desapareció la conciencia de su pudorosa dignidad. Y dignidad, pudor, porvenir, todo lo había sacrificado al ídolo, a Luciano.

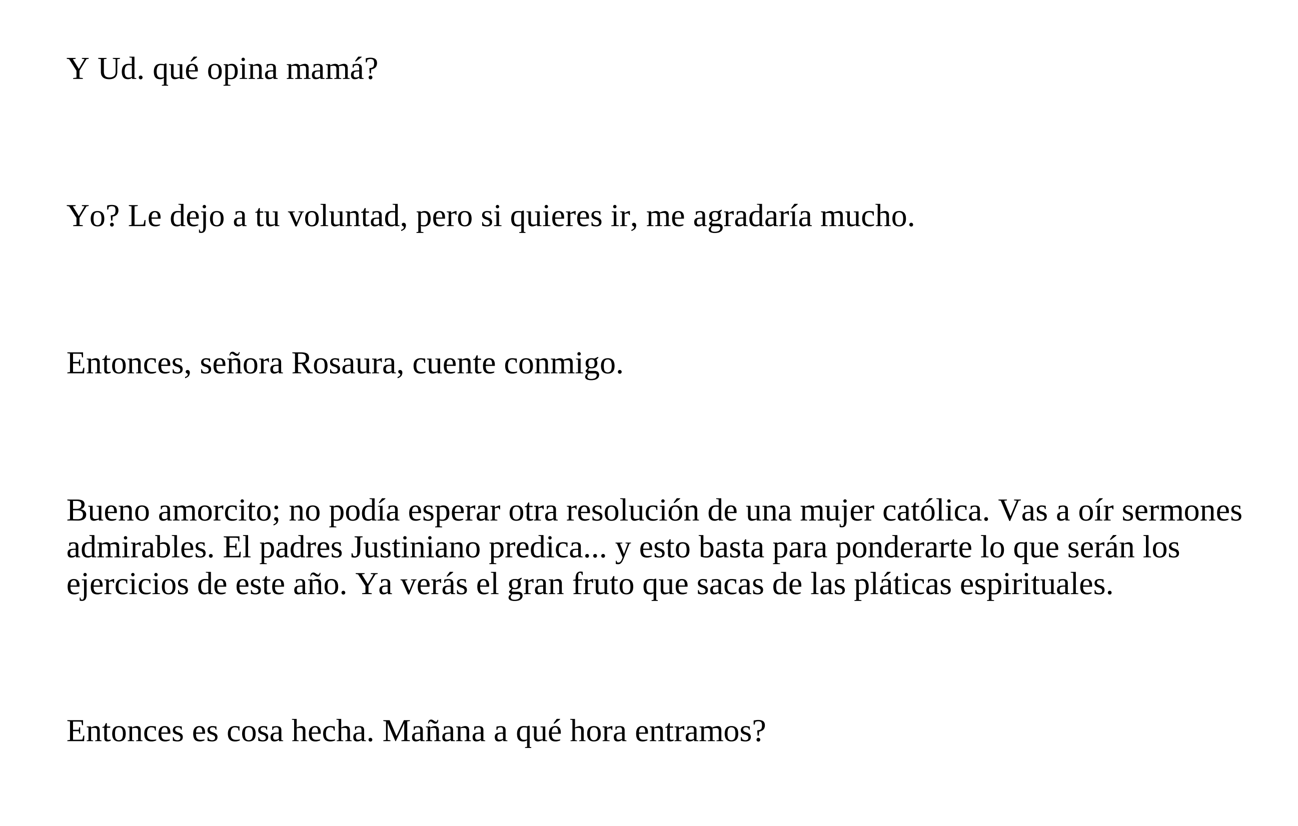
Una tarde entró Rosaura al cuarto de la muchacha, y después de las galanterías acostumbradas por la beata díjole:

Amor mío, estamos de plácemes, mañana principian los ejercicios del Tejar, van a predicar muchos sacerdotes y entre ellos el padre Justiniano. No hay que perder esta preciosa oportunidad, amorcito, porque esto no es de todos los días, y luego, ¡el gran negocio de la salvación del alma!; mas, Ud. misiá Camilita, ¿no entra esta vez?

No hijita, no puedo.....¿qué haría Salvador solito en la casa? Pero le aseguro que iría de buena gana.

Entonces Marianita?

Qué dices hija?



Y Ud. qué opina mamá?

Yo? Le dejo a tu voluntad, pero si quieres ir, me agradaría mucho.

Entonces, señora Rosaura, cuente conmigo.

Bueno amorcito; no podía esperar otra resolución de una mujer católica. Vas a oír sermones admirables. El padres Justiniano predica... y esto basta para ponderarte lo que serán los ejercicios de este año. Ya verás el gran fruto que sacas de las pláticas espirituales.

Entonces es cosa hecha. Mañana a qué hora entramos?

Tarde, sí, tarde, de cinco a seis, para no perder la primera plática...

Efectivamente, poco antes de la hora indicada, un indio cargador llevaba un atado con la cama de Mariana; ésta y Rosaura le seguían camino del Tejar, vasto edificio de aspecto de prisión celular, triste y sombrío, que linda con el cementerio del mismo nombre, al pie del abrupto Pichincha. La tarde era nebulosa; los chaparros y quebradas desaparecían en parte, bajo grandes girones de nieblas obscuras; un rayo del moribundo sol iluminaba bruscamente las tumbas y monumentos del cementerio, haciendo destacar el blanco duro de esas construcciones funerarias sobre el plomizo fondo de la estrecha barranca que atraviesa la cercana campiña, murmuraba monótono un pequeño torrente. No hay duda que el Tejar es un sitio muy adecuado para producir en las naturalezas imaginativas o místicas, un deseo de oración y recogimiento.

Mariana y la beata entraron al claustro. Una vieja apergaminada, de rostro afilado y vestida de negro, recibió a los recién llegadas; con un gesto de mal humor; y después de medir con la vista a Mariana, hecho a andar guiándolas a las respectivas habitaciones. Por los claustros discurrían algunos grupos de señoras y señoritas, hablando a media voz y con aire de pesar o aburrimiento, indios cargadores entraban jadeantes a dejar camas o baúles de las ejercitantes; por un corredor paseábase una anciana a menudos y lentos pasos, leyendo un libro de forro negro; más allá, asomada a una ventanilla del claustro alto, estaba una joven con la mirada fija en el negro nubarrón que enlutaba la áspera serranía del Pichincha. De

vez en cuando cruzaba por el patio un hermano lego vestido de blanco, brindando sonrisitas santurronas a las beatas que encontraba y haciendo sonar reciamente el enlosado con los grandes y cuadrados zapatos que llevaba. Chirridos de puertas que se cierran, algunos martillazos el armar algún catre, toses que retumban en las bóvedas de los claustros, cuchicheos confusos, y a ratos el clamor lejano, como oleaje de marea creciente, del rosario en la iglesia.

Mariana estaba cohibida y un tanto confusa en medio de ese cuadro tan nuevo, tan propio de ese lugar y no de otro. La impresionable y enfermiza naturaleza de la muchacha sufría una sacudida nerviosa. Algo como opresión del pecho la obligaba a suspirar de continuo, como si esperara ser de un instante a otro acometida de algún peligro próximo, pero desconocido.

Bajaron a la iglesia. Alumbrábanla a medias algunos cirios de llama sucia y mortecina que dejaban adivinar confusamente entre la penumbra a los fieles y a los cuadros y estatuas de altares y paredes. Un gran Cristo exague y de rostro horriblemente contorsionado se destacaba en el fondo del altar en medio de negros cortinajes. Concluido un rosario que hacía rezar con voz acompasada y un tanto gemebunda, un fraile viejo, subió al púlpito el predicador, anciano de gran cráneo calvo, de ojos chispeantes y de voz majestuosa. El sermón fue algo como la paternal corrección del maestro sabio y experimentado al discípulo novel en las luchas del mundo. Las oyentes no perdían una sola palabra, un gesto del predicador, una discreta tosecilla o un suspiro largo y fuerte se oían de vez en cuando.

Concluido el oficio con un hermoso canto de la letanía, las ejercitantes volvieron al convento. Algún raro farolillo iluminaba apenas los largos y estrechos claustros; modesta lamparilla encendida delante de un cuadro del infierno, rojo y negro, hacía visibles las horribles figuras de los condenados luchando con los tormentos eternos. Al fondo de un largo corredor y entre dos cirios, un blanco esqueleto destacábase vivamente en el aire sombrío que lo rodeaba. La vecindad del cementerio, el esqueleto, el cuadro de réprobos, un gran letrero con la sentencia vanitas vanitatis, la hora, el ambiente brumoso y mil otras pequeñas circunstancias hábilmente escogidas por los directores de los ejercicios, hacían pensar en la pequeñez de nuestra vida y en la inmensa eternidad.

La celda destinada a Mariana era un pequeño cuarto desmantelado, oscuro, con la blanqueada pared llena de descarches y manchas. Por muebles, un catre de madera, tosco y desvencijado; una silla y un lavatorio de hierro blanco. En un candelero de lata, ruin vela de sebo puesto como ex –voto delante de un cuadro de la Dolorosa, pintado por alguno de esos desconocidos artistas de Quito, sin pizca de gracia ni arte, alumbraba a duras penas la estancia.

La primera noche de ejercicios fue muy penosa para Mariana. A la exaltada imaginación de la joven venían mil y mil ideas descabelladas e incoherentes; era un mar sin límites, en medio del cual asomaban ya la imagen del padre agonizante, ya la escena aquella del cuarto de Luciano, al que volvía a verle con claridad de alucinada, impetuoso, brutal si se quiere, pero hermoso y atrevido como un ángel del mal; ya, en fin, esa casa de ejercicios donde ahora estaba, llena de temor y buena voluntad, deseando encontrar en su alma rebelde un poco de fuego capaz de encenderse en llama inextinguible de amor divino. A ratos se indignaba contra su misma imaginación, que en vez de pintarle los tremendos sufrimientos del alma privado de Dios le mostraba cuadros de vivos colores en los que la figura de Luciano y la escena de la mañana aquella, era la mas saliente. Agitada, temblorosa, llena de temor a fantasmas y aparecidos, iba contando las horas de la noche que parecía inacabable.

Por fin el lejano reloj de la Merced dio lentamente las cuatro de la mañana. Sin poder estar más tiempo en la estrecha cama, levantóse a esperar la hora de misa. Una beata, con voz gangosa y haciendo sonar los viejos zapatos en los desiertos claustros, iba a de puerta en puerta, diciendo el Benedicamus; llegó delante de la celda que ocupaba Mariana, tocó la puerta con los nudillos, repitió la eterna palabra y siguió hasta que la distancia no permitía oirla más.

Cuando Mariana salió de la celda para dirigirse a la iglesia, todavía no principiaba la luz de la mañana. Los farolillos de los claustros estaban ya apagados, menos uno, que con fulgor, próximo a extinguirse alumbraba apenas el esqueleto.

El frío propio de esa hora en Quito y el temor, hicieron castañear los dientes de Mariana. Apresuróse en huir hacia la iglesia, donde estaban ya reunidas todas las devotas, envueltas en negros mantos como si fueran seres de otro mundo inmóviles y silenciosos.

Con las primeras luces del alba, concluyóse la misa y ocupó el púlpito un predicador. Era el padre Justiniano, célebre por su elocuencia en toda la ciudad. Hombre hermoso, joven, robusto de mirada segura aunque lánguida, boca graciosa, atrayente, simpático, he ahí el padre Justiniano. La voz tenía modulaciones de tenor, de amante apasionado, de susurro de viento en medio de los bosques. La acción era natural, valiente, dramática. Todas esas dotes, hacían de fraile el ídolo de las devotas, el escogido como confesor de la aristocracia y el más escuchado cuando ocupaba el púlpito.

Mariana nunca le había conocido hasta entonces, porque era de un convento lejano del barrio en que ella vivía; pero en la muchacha ejerció el fraile desde el principio algo de poder magnético, pues no pudo la pobre separar un instante la vista del predicador, en tanto que duró el sermón, que versó sobre la ingratitud de la criatura hacia Dios. El fraile en verdad, estuvo hermoso cuando pintaba el amor divino, el que era un deliquio inenarrable, la unión íntima, absoluta de Dios y del alma enamorada, un fuego inacabable y dulcísimo que consume y aniquila al ser puro y que lo sublima hasta lo infinito. La voz, el gesto, el rostro mismo del fraile, eran los de un amante apasionado y romántico lamentándose ante la mujer adorada.

Mariana estaba suspensa de las palabras del predicador. No perdía un gesto, una inflexión, un acento. Se compenetraba de las frases y de las ideas, las que caían sobre su alma dolorida como un rocío dulce y embriagador. Después de las luchas de la vida, después de su caída, de sus pesares, después de los temores de la noche en la celda del convento, esa palabra suave, persuasiva, armónica, propia de un amante soñado allá en los albores de su temprana adolescencia, le hacía un bien inmenso, y del agradecimiento fue a la admiración y de la admiración a la inmensa simpatía por el predicador.

En ese hombre, en ese fraile, creyó encontrar un santo de aquellos que pintaban el año cristiano, a una novela que leyó en su niñez, lleno de unción, caridad y ciencia celeste, uno de esos seres que consolaban los dolores humanos y los curaban con solo la imposición de manos.

Concluyó el sermón; las últimas palabras parecían que revoloteaban aún por el oscuro ambiente de la iglesia, como las postreras vibraciones de una arpa encantada. Poco a poco las penitentes abandonaron el templo.

El día despuntaba brumoso; las nieblas pesadas de Abril cubrían las colinas que dominan el cementerio, y al pie mismo del pardo cortinaje, un labrador araba el campo negro ayudado de una yunta blanca, que lenta, pausada y arrojando tenue nube de vapor de las mojadas pieles, hacía labor del día. Mariana vió ese pequeño detalle, y a su exaltada imaginación vino la visión de las lejanas tierras del Sur, donde a esa hora, talvez, en un rincón de la cordillera altiva. Luciano respiraba el aire frío y aromático de los campos patrimoniales. Luego, vióle tal cual era; fuerte, joven, hermoso, tomándole a ella casi brutalmente aquella mañana inolvidable, sintió ese su hálito de macho en celo que le quemaba el rostro aunque le emborrachaba de placer y comparóle al padre Justiniano, tan fino, tan... no podía explicarse, tan atrayente, y luego el uno era ya el hombre conocido, el que podía amar a las que quisiera el otro era un muro inexpugnable de pureza y castidad, el uno era hombre; el

otro un santo, un arcángel... Alternaban en la calenturienta imaginación de la muchacha las dos imágenes; al fin, la del predicador quedó como la única dueña y la del Luciano se perdió en las profundidades insondables del corazón de una mujer.

El día transcurrió lento, monótono y aletargado. Las prácticas piadosas siempre iguales quitan la noción del tiempo. Al medio día, sermón doctrinal seguido de meditación en medio de la triste semi –oscuridad de la iglesia entenebrecida adrede con paños negros colocados en las ventanas. Por la tarde, y en parte de la noche, otro sermón, meditación, rosario y canto de letanía y a veces flagelación voluntaria.

Llegó la tarde dedicada al sermón del Infierno. Un fraile franciscano, flaco de ojos hundidos, barba prominente y aire dominador ocupó el púlpito. Paseó la mirada casi amenazadora por todos los ámbitos de la iglesia, apoyóse en el borde del púlpito con las secas manos, y principió el sermón con voz sorda y pausada. Poco a poco las palabras hiciéronse más recias y huracanadas; ya era la pintura del eterno fuego que consumía los réprobos; ya los alaridos inextinguibles de las almas condenadas, ya la descripción espantosa de los suplicios que castigaban la carne pecadora. Describía con voz conmovida y terrible, la desesperación infinita de los que pudiendo salvarse no quisieron, y citaba ejemplos espeluznantes. Y esos cuadros y escenas de horros desfilaban por la imaginación enfermiza de pobres mujeres nerviosas, mal alimentadas y talvez neuróticas. Se oyeron gritos, suspiros, sollozos, desesperados, golpes de pecho, voces de perdón y de arrepentimiento. En todo el auditorio había un verdadero frenesí de terror. Luego de haber producido ese efecto, el fraile con voz tonante increpó a los pecadores, llamó a los infelices del mundo, a los reyes del placer, a los que habían gozado con el cuerpo en detrimento de la pobre alma, los llamaba a todos a una inmediata conversión, a una abjuración completa de los errores, a una renuncia de los vicios, para así librarse del infierno que tan horrible había pintado en su sermón.

Mariana, aterrorizada, oculta la cara en los pliegues del pañolón, lloraba a gritos. Lloraba su falta, su pecado, estaba impura, estaba desflorada. Para ella el infierno, para ella los tormentos, para ella la desesperación infinita. Parecía que el pecho se le rompía en pedazos, que una cuerda la estrangulaba; atormentábala una imperiosa necesidad de gritar y de confesar su falta a todo el mundo. ¡Con qué placer desgarrara esa carne manchada por la lujuria, valiéndose de hierros candentes para así librarse del fuego eterno! Sí, el fuego, ahora lo veía por todas partes, brotaba del piso de la iglesia, de las paredes, de los confesionarios, de los mismos altares; ya no era la iglesia, era el infierno y en medio de las llamas estaba Luciano que la requería para ocupar un lecho de brasas.....Sí, era el mismo Luciano.........

Dios mío! Perdón! Virgen mía....... estoy .... gritó con voz aguda y cayó desvanecida al suelo, arrojando por los entreabiertos labios espumarajos sangrientos y dando ronquidos como de res herida.

Tres o cuatro devotas se aproximaron a la desmayada muchacha, a prestarle los usuales cuidados; las demás, horrorizadas, enloquecidas casi con el sermón que acababa de terminar, temblándoles las carnes, abandonaron en tropel el templo. No era la primera vez que un sermón del infierno predicado por franciscano, causara desmayos. Se han visto hasta casos de locura, según decir, de personas que de estas cosas tienen pleno y cabal conocimiento.

Vuelta a la razón, Mariana paseó una mirada embrutecida y vaga por toda la oscura iglesia. La lamparilla del Santísimo iluminada apenas el altar en el que se adivinaban un Calvario con un Cristo exangüe y una Dolorosa desesperada.

Con verdadera dificultad pudo ponerse en pie y tiritando como si tuviera fiebre, ayudada de dos mujeres, salió de la Iglesia. En medio de su casi desvanecido cerebro, y destacándose en el confuso recuerdo de la visión del infierno, estaba la figura del padre Justiniano como el rayo de luz que rompe la espesa tiniebla. Vióle resplandeciente, persuasivo, casi acariciador, predicando el amor de Dios y el de las criaturas; vióle hermoso como un ángel, y Mariana amóle con amor sobrenatural, según creía, cuando no era esa pasión insólita, sino el fruto de un misticismo heredado y un oculto fuego de cuarterona lasciva..........

Después de una noche de fiebre, terrores y pesadillas innumeras, la mañana calmó al fin los exaltados nervios de la muchacha. Era un principio de día magnífico. Todo el vasto horizonte que se descubre del Tejar, estaba iluminado por un sol suave y acariciador. Algunos girones de niebla se retiraban perezosos de las colinas del Ichimbía. Los blancos campanarios de las iglesias de la ciudad se destacaban inmaculados en el aire diáfano y cristiano. Ligeras columnas de humo se escarmenaban en los pardos tejados; y allá, en la inmensa distancia, sobre un trono de nubes de platas y riscos azulinos, el Antisana, como un animal gigante en acecho, resplandecía con los rayos del naciente sol. A la iglesia resbalaba desde las ventanas juguetonas haces de luz que hacían brillar algún dorado capitel, un candelabro de bronce o el barniz de los reclinatorios. Cuando Mariana penetró en el templo, la misa matinal había concluido y el padre Justiniano iba a predicar el sermón del Juicio.......

Subió lento y majestuoso al público. Un delgado rayo de sol acarició la hermosa frente del fraile, bajó luego por la blanquísima alba y dióle por un instante el aspecto de uno de esos arcángeles que pintan en los cuadros de la anunciación. Todas las recogidas estaban silenciosas y suspensas, no se oía el más ligero ruido en el ámbito del templo, y aún la palpitación de los corazones de esas mujeres de varia edad y condición parecía haber cesado. Mariana clavó sus enormes ojos en el sacerdote como si quisiera coger en el aire las palabras que iban a salir de los labios del predicador, para no desperdiciar una sola........

El sermón, como se esperaba, fue admirable. Era un lenitivo poderoso para calmar los terrores y desesperación de esas pobres almas de reclutas voluntarias. Era algo como una reacción benéfica hacia ideas más dulces y consoladoras después de la horrible descripción de la víspera.

Pintó a Dios Juez justísimo y magnánimo; a la Virgen, bondadosa y consoladora intercediendo por los pecadores juzgados en el último juicio. Describió con colores admirables, la gloria de los elegidos que en regimientos resplandecientes de luz, y envueltos en un hálito de bienaventuranza, hacían la ascensión al empíreo. Ahora ya no eran los alaridos de terror que se oyeron la víspera lanzados por bocas contraídas de miedo, sino suspiros suaves y lágrimas de ternura las que mojaban serenos y casi beatíficos: ahora eran miradas de agradecimiento a la Dolorosa del altar, y al sabio predicador. La esperanza del cielo entraba radiante en todos los corazones, esperanza perdida la víspera con el sermón del franciscano.

Mariana era la más emocionada. Su fantasía soñadora le hacía ver el cielo.......... Pero en el cielo resplandecía más que la figura de un arcángel, la del predicador hermoso. Con él sólo comprendía la gloria; sin él, todo era vacuo, incompleto, y triste. Sólo a él y no a otro confesaría su falta; por medio de él; bajaría del empíreo el perdón, porque sospechaba que entre las dos almas había una simpatía misteriosa e innata talvez, pues dos o tres veces el padre durante el sermón le había dirigido la mirada con insistencia..... Oh! qué feliz sería ella cuando se prosternara ante ese verdadero arcángel y le pidiera en medio de un río de lágrimas el perdón del pecado, de ese pecado repugnante que le había manchado con estigmas de impureza!...........

XVI

Los campos de la admirable meseta andina, estaban entonces cubiertos de tiernas mieses. Las abundantes lluvias de Abril habían dado un nuevo impulso a la fertilidad de la

incansable tierra. En los filos y cuchillas más altas de las cordilleras blanqueaban las primeras nieves del invierno andino y el suelo de los recientes desmontes, negro con la lluvia, dejaba escapar como si fuera la respiración de la tierra, un ligero vaho que flotaba indeciso entre los pliegues....... El verde pálido de la cebada en flor, ondeando a la brisa de la mañana, forma el cinturón alegre de los cerros coronados de paja, ora aceitunada, ora gris, ora amarillenta. Allá en un oscuro barranco boscoso, escarmenado girón de nieblas blancas, se desvanecía lento al beso del sol matutino, y de las chozas y caseríos que animan al inmenso territorio, se levantaban ligeras columnas de humo que se evaporaban y confundían en el cielo azul y profundo de la mañana.

Al medio de este paisaje, la hacienda Huayco, recostada en una tendida ladera cubierta de maíces en florescencia pardusca y trigos y cebadas, de un verde profundo, indicio de fertilidad generosa, limita con el pajonal y las peladas rocas del páramo enhiesto.

Una gran cortina de eucaliptus y capulíes defienden de los vientos reinantes la blanca casa de la hacienda, y a los árboles que forman una isla oscura, hacen marco los potreros y alfalfares, cubiertos de ganados.........

Luciano había llegado a ese pedazo de edén andino la víspera por la noche, cansado ya de una vida ociosa para la cual no tenía disposición alguna, y resuelto a dejar para siempre un estudio ingrato, impropio de su naturaleza activa y generosa, más adecuada para la existencia libre del campo en el cual pasó la infancia. Aún cuando había salido de Quito, con la inmensa ilusión de la nueva vida que seguramente llevaría en el hogar de sus padres, con todo, en el fondo de su alma sentía Luciano la añoranza de Mariana, pues aunque logró la posesión de la joven posesión que trae las más veces el desengaño, amábala demasiado, con un amor híbrido de novio y de amante no saciado.

Don Lorenzo no había seguramente mirado con buenos ojos la desaplicación del mozo, del cual pensaba hacer un abogado notable, pero después de refunfuñar un rato y echar tres o cuatro truenos, aceptó lo irremediable. Además, él, aunque muy fuerte y activo, necesitaba un colaborador desinteresado para que le ayudara en la explotación que tan en grande escala había emprendido en el Huayco. Doña Lucía contentóse desde el principio con la resolución tomada por su hijo. La eterna pesadilla de la señora, un matrimonio desigual hecho a hurtadillas en Quito, con cualquiera de esas muchachas de medio pelo, quedaba desvanecida. Ahora su Luciano, ese muchachote robusto y hermoso, era suyo, enteramente suyo. Ya hacía mucho tiempo que manos mercenarias e inhábiles cuidaban de él; ahora ese cuidado le tocaba a ella y ya compararía el gigante el mimo con el interés.

Pero nadie estaba más contenta con la venida de Luciano como la chiquilla, ya entrando en el sexto año, con un caudal de hermosura y simpatía prodigiosa.

Llegó pues Luciano, como se ha dicho antes, una noche ya muy avanzada la hora y después de una larga caminata a caballo. Inútil es describir la escena íntima de familia, cuando el macetón haciendo sonar las espuelas en la grada de ingreso se precipitó a los brazos de los autores de sus días. Esa misma noche con una bujía en la mano, recorrió todas las habitaciones de la inmensa casa, mirando con atención las mejoras echas en su cuarto durante la ausencia de tres años, mejoras y adornos que delataban la ternura y el cuidado minucioso de una madre. Después de charlar un rato con don Lorenzo sobre política, estudios y cosas de la Capital y contestar las preguntas de la chiquita que averiguaba si en Quito había muñecas, retiróse a descansar, recibiendo como en señal de despedida un beso de doña Lucía, beso que le supo a gloria. Aquella noche durmió Luciano el mejor sueño de su juventud.

¡Qué despertar el de la mañana que siguió a esa inolvidable noche! Oír entre la dulce somnolencia que produce el propio lecho el canto de gorriones, mirlos y tórtolas, el manso mugido de las vacas en el cercano corral de ordeño, el murmullo casi cantante de una acequia, al pie de la ventana y acompañando a todas estas armonías salvajes, el incesante y monótomo sonido del torrente que bate el molino inmediato. Cuando soñoliento aún, Luciano abrió de par en para la ventana que daba al campo, dióle en la vista un torrente de sol alegre y de aire purísimo y embalsamado. De allí se divisaban las mieses floridas, los potreros de tonos verdes, los caseríos, las arboledas de otras haciendas, y allá dominando esa campiña, la enhiesta y formidable muralla de páramos, envuelta en girones de nieblas opalinas que el sol rompe a trechos para hacer brillar ya una retorcida helera o ya una cascada rugiente y espumosa..... Luego esta hermanita que asoma su cara de cielo azul, por la puerta cerrada a medias, entre curiosa y avergonzada, llevando en una mano un pedazo de pan del que acababa de arrancar un bocado con sus dientecillos menudos, y en otra la muñeca favorita que quiere presentarla al hermano recién venido. Tras la niña viene doña Lucía trayendo ellas, y no una criada el desayuno de café con leche humeante.....Vió Luciano rápidamente estos detalles y comprendió por primera vez en su vida, lo que es el hogar propio, la casa propia, con pan, el hogar formado por un hombre como don Lorenzo, enérgico y activo y una mujer laboriosa y amante. Comparó este hogar con otros que él había conocido en Q   uito, en lucha perpetua con la miseria, las preocupaciones diarias y los mentidos deberes sociales. Vió al obrero, al empleado de menor cuantía y al menestral, casi hambrientos, sacrificando en aras de la necesidad, los últimos restos del honor. Como consecuencia de esto recordó también al doctor Ramírez muriendo en una situación cercana a la miseria después de una vida laboriosa y honrada, recordó a Salvador tan bueno y noble, abatido casi por el diario combate; y por último a la Mariana púdica y enamorada de los primeros tiempos de su pasión, y luego vióle ya entregándose a él aquella mañana brumosa en medio de un transporte de lubricidad enfermiza......

En tanto que rápidos como cuadros de kaleidoscopio, pasaban por la mente de Luciano estos recuerdos, la chiquitina, venciendo al fin su vergüenza, pidió que conociera a su Paca y la sirviera de padrino de bautizo. Doña Lucía, afanosa, veía si algo faltaba en la habitación de su hijo, al que miraba con frecuencia, suspendiendo el trabajo que hacía en el tocador o en el ropero, como admirada y confusa de ser madre de este gigantón de bozo negro, ella tan pequeña, fina y joven.

Don Lorenzo con el clásico traje de montar de los agricultores interioranos, apareció en el cuarto gritando con voz jovial.

Hola!......... señor mío, parece que allá no te has hecho dormilón, porque ahora aún no son las ocho.......... Y bueno, cómo has dormido?.........

Admirablemente, papá............ ¿Sabes que estoy encantado de que me hayan dado este cuarto, porque esta vista es admirable?

Sí, es bonita, dijo don Lorenzo, que poco caso hacía de las vistas....... ¿Viste ya de tu ventana el famoso desmonte que estoy haciendo en el páramo?

Pues no me he fijado........

Oh! si eso es una gloria. Mira entre el girón de niebla esa mancha oscura que sube hasta el pie de la peña..... Ya ves que es una enormidad; lo menos hemos de sembrar trecientas mulas. Ya te irá gustando la chaquerería y verás que nada es mejor que cultivar la tierra.

Seguramente........ Prefiero sembrar papas a lidiar con el Código Civil y los otros librotes.........

Bueno, bueno,........... y ahora dime........... qué tal van por Quito de fraile? Muchos, no es cierto?

Antes de que Luciano contestara, doña Lucía fijo entre risueña y enojada.......

Dale Lorenzo con la cantaleta........... frailes, frailes........ déjalos allá en sus conventos, allá se avengan...... Tú también.............

Dejarlos? Sí, eso se quisieran esos ociosos. Cuando venga Alfaro le he de pedir unos veinte frailes para minga, porque, toditos son indios alzados........

Luciano sonriéndose oía la disputa de sus padres. Don Lorenzo aparentaba tener sus ribetes de libre pensador....... pero oía misa todos los domingos, y era prioste obligado de San Isidro Labrador, en el pueblo cercano a la hacienda.

Basta de frailes........ Ahora, hijo, vamos a ver el ordeño antes que termine. Ahora, tengo ciento veinte vacas en el rejo, y son un primor.

Adelantándose don Lorenzo, a largos pasos, alto, erguido, musculoso, demostrando en todos los movimientos agilidad y fuerza.

Luciano, en tanto que por dar gusto a su padre, visitaba los diversos trabajos de la hacienda, comparaba mentalmente la vida sana y fecunda del hombre que cultiva la propia heredad, con la artificial y un tanto amarga e improductiva del empleado o rentero de las ciudades. Nació entonces en el joven la idea de la dignidad e independencia que proporciona únicamente el dinero obtenido en la larga labor, sin el temor de catástrofes políticas o cambios de suerte. Vió con claridad la senda que debía seguir para que su vida fuera útil y no una carga social.

Los días siguientes, contribuyeron para hacerle ver lo bien que había hecho al abandonar los estudios de Jurisprudencia, para los que nunca tuvo inclinación. La actividad, el

ejercicio violento del cuerpo al aire puro del campo, la contemplación del agreste paisaje, dábale cierta duplicada energía moral, de que antes nunca había gustado. Además en esas casa, en diario contacto estaban la madre y la hermanita para la cual tenía mimos desconocidos y una ternura de gigante bonachón y sencillo.

La imagen de Mariana enamorada y provocativa, poco a poco iba borrándose de su recuerdo; y si alguna vez pensaba en ella, ya no era la casa novia de los primeros años de estudiante, sino la querida apasionada y voluptuosa que se le entregaba con transporte de hembra en celo. A este recuerdo, la carne de veintidós años se exaltaba, aún cuando el violento ejercicio físico era suficiente para agotar las energías corporales, y pensaba y preguntábase que podía hacer casándose tan joven con una muchacha desconocida, sin fortuna, sin mundo, agotando de una vez en un largo trago el porvenir de una vida destinada a ser fecunda y útil?.... Principiaba, pues, la medicamentación del alma herida por un accidente. El buen elemento de la sangre nativa triunfaba. Los Pérez, gente práctica y sólida, no podían haber fallado en Luciano, y él afrontó la nueva situación con fe, esperanza y buenos deseos de victoria.

Algunos días veníale la nostalgia de los primeros tiempos de estudiante. Caía entonces en ciertas vacilaciones y tristezas a las que combatía con largos paseos a pie por el vecino páramo. Cargando un pesado rifle de caza y haciéndose acompañar de un perro de aguas y guiado por un indio, recorría durante largas horas las soledades andinas. En esas alturas, rodeado de la inmensa poesía de los páramos, era otro hombre, otro ser diverso, más imaginativo, más valiente, si cabe, y más dueño de si mismo. Nada le gustaba tanto como trepar a uno de esos picos resquebrajados por las intemperies de los siglos, y dominar desde allí, sobre un dosel de nieblas, la confusión sublime de cordilleras, valles solitarios y gigantes nevados. En cada lagunilla, en cada mancha de bosquecillos negros, en cada roca, en cada hilera encontraba la poesía de la verdad, la poesía de la naturaleza; y no esa fingida y académica cantada por poetas enfermos de vaciedad e impotencia. Luciano tenía, ¡cosa rara! para su organismo moral fuerte y atrevido, una innata afición a los paisajes solitarios y agrestes en medio de los cuales su imaginación encontraba goces múltiples y desconocidos.

XVII

Con la Semana Santa concluyeron los ejercicios espirituales de aquel año. Las revistas cursis y empalagosas, no faltaron a la costumbre establecida. Pusieron en las nubles el catolicismo y piedad ejemplares de que, una vez, había dado pruebas de pueblo quiteño. El

fruto sacado de los ejercicios era inmenso, según decía, y las bendiciones del cielo iban a caer sobre la República del Corazón de Jesús.

En tanto el Ecuador entero ardía en el fuego revolucionario. La guerra civil iniciada por el asunto del “Esmeralda”, había tomado inmenso desarrollo y las quiebras andinas y las llanuras de la Costa retumbaban con las descargas de los combates. La sangre, ese bautismo de toda revolución, empapaba las campiñas patrias. El Gobierno desprestigiado, daba las últimas boqueadas, después de debelar a cañonazos la inicua sublevación de un cuerpo de línea en las calles de Quito. Cordero, renunciando la Presidencia, dejaba frente a frente no dos partidos políticos, sino dos ideas, dos edades: la edad media y la edad moderna; la República y la Colonia; la juventud libre, altanera y generosa y la vejez caduca, servil y sectaria; la razón clara como el sol de la ciencia y la fe estúpida del fanático, el liceo contra el convento, la inercia contra la energía; la luz contra la tiniebla; el trabajo y la vigilia contra el sueño y la pereza.

Oh ideales generosos y nobles! Si la revolución triunfante no los realizó, precios es confesar que fuimos muy desgraciados!

La juventud de la Costa, la de la Sierra, toda, levantóse entusiasta y viril para luchar por la realización de los sueños acariciados durante años. Había, por fin, llegado el momento psicológico para el elemento joven del país, amordazado con una filosofía infame y con el Syllabus, La juventud del Sagrado Corazón de Jesús, la juventud educada no en el temor de Dios sino del Papa; la juventud amamantada con las añejas prácticas católicas; la juventud formada cuidadosamente para la esclavitud rompió en un día todas las trabas, saltó las murallas, despedazo las cadenas en un movimiento de titán y quiso hacer parte de un país libre y varonil sin tutela de obispos fanáticos y de políticos hipócritas y serviles. Ser joven es tener ideas limpias y determinadas sobre la verdad; la juventud no quiere que otro piense por ella; no necesita de pilotos apocados y miserables para guiarla en la vida.

En Quito, la noticia del pronunciamiento de Guayaquil el 5 de Junio, cayó como un terremoto. El clero comprendió que el ilimitado poder del que había gozado durante siglos, iba a derrumbarse como un edificio viejo y desportillado; que sus representaciones místico teatrales iban a servir de risa como espectáculos anticuados; que el veto absoluto sobre las conciencias iba por fin a serle arrancado talvez para siempre, y agotó todos los medios para atajar y, si era posible, vencer la invasión. Los sermones, pastorales, novenas y triduos, armas todavía poderosas, se pusieron en juego. Armóse un ejército numeroso de fieles, y muchos jóvenes quiteños alistáronse en él, jóvenes quiteños alistáronse en él, jóvenes católicos, fervientes por herencia y por costumbre.

Salvador que en el desbarajuste del semi-Gobierno, había perdido el pobre empleo, vióse de la noche a la mañana sin un centavo y el hambre volvió a rondar la vetusca casa. Doña Camila dedicóse con furia a conquistar soldados para defender la causa de la Religión, y todo el día pasaba fuera de la casa solitaria, ocupaba en correrías y conciliábulos ridículos con otras beatas. Mariana quedaba sola en un retirado cuartucho, a solas con sus atormentados pensamientos, siendo la imagen del padre Justiniano la que llenaba por completo el cerebro de la joven. Con el elocuente sacerdote se había confesado el último día de los ejercicios, y desde entonces, dos veces por semana iba a l confesionario del fraile. Poco a poco, sin sentirlo ella misma, encontróse enamorada del confesor; pero con un amor loco y frenético, mezcla informe de misticismo y de mal determinados deseos de caricias lascivas. Las confidencias íntimas en medio del silencio y oscuridad de la iglesia, las dulces amonestaciones del fraile, hechas con aire paternal y con voz lánguida y enamorada, lo reproches que ella misma se hacía en el confesonario, por haberse entregado a un joven estudiante: reproches y arrepentimiento que brotaban espontáneos en medio de lágrimas y suspiros, produciendo en el fraile visibles celos; todo reunido, contribuía para avivar más y más esa pasión que ciertas mujeres sienten por los hombres de cogulla......

Un día Rosaura penetró misteriosamente al cuarto de la muchacha y díjole después de mimos y embelecos:

Hijita, que feliz eres! Pues es necesario que tengas una gracia o don especial, con el que consigas el amor de todos. Sabrás que el padre Justiniano me ha ponderado la simpatía que siente por tí. Dice que de todas las hijas de confesonario tú eres la preferida.

No diga eso Rosaura..... ¿qué meritos tengo yo para causar simpatía en ese santo?

No sé como sea, picarona, pero sí te diré en confianza, que el padre está verdaderamente enamorado y loco por conversar contigo.

Para mí fuera una dicha muy grande, si el padre me viniera a visitar de vez en cuando. Dígale. Ud. que venga.

Imposible, hijita, tan bueno para venir, él que es tan recatado y digno! Tiene mucho temor a las malas lenguas, y mas ahora que se viene la herejita.

Entonces, cómo haremos?.........

....¿Para verse? Nada más fácil. Que entre el padre a mi casa, no da lugar a la murmuración...... Allí le esperas tú, mañana a la una, y verás lo que es tratar a un dije de hombre....... Y a propósito; que es de Camilita?

No sé......... sale por la mañana y vuelve tarde. Está furiosa con lo de la revolución de Guayaquil.

Razón, razón. Hay que pedir a la Virgen del Quinche para que podamos triunfar de los herejes liberales....... ¡Ay de Dios y de su Iglesia con esas huestes de Satanás!, dijo esta mañana en un sermón edificante el padre Contreras. Y Salvador no va con las tropas?

No sé nada; está muy preocupado, porque ya no tiene empleo.

Pues hay que animarle para que vaya a defender la Religión....... Bueno, hasta mañana a la una.........

Hasta Mañana, señora Rosaura.

Poco tiempo después entró Salvador, rápido y distraído como el que acaba de tomar una resolución suprema.....

Sabes, Mariana, dijo con voz grave, que estoy de militar? Acabo de darme de alta en un batallón que llegó ayer del norte. Me han hecho Teniente, y esta misma tarde salimos para Riobamba. Hazme el favor de arreglar una pequeña maleta con alguna ropa.

Para la joven, ningún afecto igualaba al que sentía por el hermano y ante la perspectiva de verle partir a la guerra, de la que no todos vuelven, sintió un escalofrío, y sin contestar una sola palabra, levantóse del asiento y llorando a lágrima viva, abrazó largo rato a Salvador, El joven con una emoción que en vano trató de ocultar, y con los ojos llenos de lágrimas, beso en la frente a Mariana, la única amiga y el único amor de su vida.

Con voz insegura Salvador preguntó:

Y mamá?

No viene todavía de la calle...

Mejor... Así nos evitamos una despedida dolorosa... Mariana, toma estos veinte pesos que he podido conseguir. Si puedo, les mandaré de la campaña algunos recursos; si no puedo.... en fin, Dios quizá les ayude.... Adiós, amor mío, mi Mariana..... Adiós.

La joven, abrazada de su hermano y llorando, no quería dejarlo salir, hasta que por fin suavemente Salvador logró desasirse y bajar a saltos la grada y salir a la calle.

Era la primera separación de los dos hermanos, después de una vida común, en la que los escasos gozos y las perpetuas amarguras habían experimentado juntos. Cuando salió Salvador y se encontró sola Mariana, la casa pareciole más vieja, más triste, más vacía. Meditabunda y con la obsesión de una catástrofe probable, sentóse tras los vidrios de una ventana, desde la cual logró ver que allá al fin de la callejuela, que desembocaba frente a la casa, se movía un cordón de gente: era la tropa que partía en medio de llantos y gritos de mujeres. En un grupo divisó a Salvador, jinete en un caballo castaño, flaco y desmedrado.....

Ese mismo día, y casi a la misma hora, Luciano dejaba el Huayco, bien montado y armado de punta en blanco, para ir a incorporarse en una columna revolucionaria que estaba acantonada en un pueblo cercano.

Don Lorenzo, entre alegre y emocionado, dijo al despedirse al joven en la puerta del patio:

Hijo mío, pórtate bien, no arriesgues el pellejo tontamente..... hasta la vista.

Doña Lucía y las criadas rezaban en el oratorio, pidiendo a la Virgen el amparo del que iba a correr los peligros de la guerra. Eugenia arrimada en un pilar, la carita asustada, la muñeca favorita caída a sus pies, indagaba sin duda en su pequeño pensamiento, la causa del viaje del hermano querido......

El sol en tanto se ocultaba tras un alto repecho de la cordillera brumosa, cruzaban por el cielo bandadas de tórtolas, en busca de los nidos; balaban las ovejas que volvían a los rediles levantando nubes de polvo, cantaba algún enamorado mirlo en el chaparro del camino; y allá lejos, el tembloroso tañido de una campana anunciaba la hora del Ángelus.

Don Lorenzo, las manos a la espalda, la cabeza sobre el pecho, regresó a la casa, a pasos lentos, repitiendo entre dientes:

Si señor......... que vaya .... que vaya..........

XVIII

Algún tiempo quedó Mariana tras las vidrieras del balcón, con la mirada fija en la bocacalle por donde había pasado la tropa en marcha; era una mirada de esas que nada ven y que pintan mejor que todas las palabras los combates del pensamiento. La partida de Salvador a correr las peligrosas aventuras de una guerra, quitaba a la joven el único consuelo para sus

enfermizas tribulaciones. Salvador había sido el confidente íntimo, el amigo, el consejero y el hermano. Recordó ciertas pequeñas minuciosidades de la vida anterior, y en todas entró la nobleza y la bondad del ausente, destacándose en medio de las miserias y privaciones. Vióle generoso, honrado y prudente, luchando incansable para conseguir un triste pan para ella y la madre; vióle débil de cuerpo, enfermizo, agotar energías de titán para llevar como trofeo de victoria un miserable sustento; vióle mal vestido y renunciando hasta el tabaco, para llevar a la madre y a la hermana pobres trajes de luto. Y luego los desprecios injustos, las humillaciones inmerecidas, amontonadas sobre él por la clase pudiente y aristocrática, cuando él quería ganar alguna cosa enseñando a los ignaros de levita. Los estudios abandonados, el porvenir agotado en un empleo de mala muerte, sin esperanza de mejorar, no habían alteración, lloró como nunca había llorado, encontróse sola, ya que su madre nunca pudo inspirarle ni esa ternura que hace de la vida un rincón de cielo, ni la confianza que hace de un hogar un templo sagrado. Ahora esa madre, la mayor parte de los días andaba fuera de casa; preocupada, profundamente preocupada, de los asuntos políticos. Era la mejor propagandista de pastorales, papeluchos insulsos y del “Clarín”, sucio pasquín que se redactaba en la Curía quiteña contra los hombres de la revolución. El antiguo y tranquilo hogar del doctor Ramírez era ya una ruina; la casa caíase de vieja; muchos días no se encendía fuego en la oscura y desmantelada cocina; el hijo, el sostén, acababa de irse a la guerra; la madre, enloquecida por la manía político-religiosa, enfermedad común en la mujer ecuatoriana de cierta clase social, era un factor nulo, y por último Mariana, enferma, hipocondríaca, mística a veces, soñadora siempre, era la única y débil manifestación del movimiento de ese hogar, como si fuera el último resplandor de una lámpara que se consume en una habitación solitaria. El recuerdo de sus ya muertos amores, la estremecían a veces; porque en el fondo de su espíritu entenebrecido por el pesar, había aún restos indestructibles del amor primero y único de su vida. Pero comprendió que aquello era muerto para siempre, y la imagen del adorado, era ya una silueta mágica y borrosa que se perdía en la niebla de sus recuerdos de histérica........

Buenas tardes Marianita, dijo con voz melosa Rosaura presentándose en la puerta. Mariana sintió, un estremecimiento nervioso y un escalofrío, de golpe vínole el recuerdo de la cita prometida la víspera. El instinto advirtióle, que la beata iba a cometer con ella, algo malo y desconocido; pálida y con la voz insegura contestó el saludo.

¿Y Camilita, y Salvador?

Mamá acaba de salir para oír la plática que hay en la Catedral. Salvador fuese ayer tarde........

A dónde?

Pues a la guerra........ Va de oficial del cuerpo que marchó ayer al Sur.

Cuánto sufrirían ustedes con la marcha de ese ángel........ pero consuélense, porque va a defender la religión sacrosanta; y si se da la desgracia de que se maten, el alma ha de subir derechito al cielo. Ayer el padre Justo, en un sermón lindísimo, dijo lo mismo; y que los eres eran las viles raposas que quieren, destruir la viña del Señor. Cómo deseaba que ustedes estuvieran allí para que le oyeran!........ Bueno, ahora, amor mío, recuerdas lo que me ofreciste ayer?

Confusa Mariana no supo que contestar y bajó la vista.

¡Qué! ya te arrepentiste de lo que ayer prometiste? ¿Acaso el padre Justiniano te va a comer? Además, yo voy a estar presente......

No es por eso..... Pero tengo repugnancia de salir de casa, y vergüenza de verme con el padre.

Qué chiquilla eres: ¡disparate al igual! Coge pronto tu manta y vamos.

La insistencia de la beata venció la repugnancia de Mariana, y salió, al fin, a la calle, acompañada de Rosaura.

La casa a donde iban, situada en uno de los casi solitarios arrabales, era vieja, construida a medias, informe, mitad fábrica abandonada, mitad tugurio infecto; casa adecuada para albergar el crimen y el vicio, nido ruin de borrachos, rateros y prostitutas. En la parte más retirada de la callejuela estaba situada la habitación de la beata, con piso de estera vieja, paredes blanqueadas con cal, de las que colgaban muchas estampas de santos y diplomas de congregaciones. Por muebles, una cama sucia, dos mesas con urnas encerrando santos, un sillón de balanza, una banca de madera a un baúl de gran tamaño forrado de cuero y claveteado de tachuelas de cobre. Desde muchos años antes, Rosaura vivía en ese cuarto

ejerciendo el inmundo oficio de alcahueta; ya que ella por su vejez y fealdad, no encontraba amantes, a no ser en los artesanos borrachos o en los soldados.

Mariana, bien tapada con la manta y sudando de angustia y vergüenza inexplicable, atravesó los sucios patios y entró al cuarto. Allí estaba ya esperándola, sentado en el sillón de balanza, el padre Justiniano, hermoso, limpio y perfumado. Levantóse del asiento y saludó a las dos mujeres con cortesía irreprochable. Mariana avergonzada pero ya un tanto tranquila, sentóse en la banca, la conversación principió con gran embarazo.

Rosaura, maestra en artes infames, pretextó alguna cosa y salió cerrando la puerta por fuera con llave.

Casi a la noche volvió la beata y abrió la puerta. Desde el umbral lanzó una mirada burlona sobre el padre y sobre Mariana que, de pie en un rincón de la habitación mal alumbrada con la escasa luz de la tarde, dejaba escapar ahogados sollozos. Si la beata hubiera podido ver el rostro de la huérfana, hubiera leído en él cólera, la vergüenza, el despecho y también un poquillo de satisfacción o más bien orgullo. El infame fraile turbado, pálido, no sabía decir una palabra.

A los ojos del lince de la vieja no se escapó un solo detalle: la silla volcada, las mantas de la cama en el suelo y por allí tirado un pedazo del cordón de Mariana. Comprendió entonces que la muchacha había luchado desesperada, pero que al fin la fatiga, la vergüenza, la excitación de los sentidos despertados por manos hábiles y la enfermedad misma, habían terminado por vencerla y entregarla a la lascivia del fraile.

Cobarde, pero no arrepentido; abandonó el cuartucho que olía a estupro, sin dirigir una palabra a Mariana y si alguna a media voz a la vieja que le acompañó hasta la calle. Volvió la beata y acercándose a la infeliz huérfana trató de reanimarla con palabritas dulces y con mimos. Pondérole el inmenso amor que el padre Justiniano, ese lujo de los conventos, ese orador sin rival, sentía por ella. Trató de despertar la vanidad diciéndole que el fraile había desechado antes a muchas señoras de lo principal que le requerían de amores; atacó también al lado de la conveniencia, pues en el fraile tendrían ella y doña Camila, un apoyo eficaz para vivir con cierta holgura, y que pero que ser la manceba de un sacerdote de gran renombre, futuro candidato a uno de los obispados, era ser esposa de un mataperros radical y hereje como era Luciano, antiguo novio.

Mariana, siempre acurrucada en el rincón y bien tapada con el pañolón, no respondía una palabra. Pensaba en otras cosas, y su imaginación exaltadísima le hacía ver el abismo a donde había rodado. Estaba perdida, deshonrada, violada por un fraile, por un sacerdote, y había un testigo presencial de su caída y deshonra. Cuando, llevada a un vehemente amor, se entregó a Luciano, nadie lo supo, pues el caballeroso joven guardó un silencio absoluto; tenía entonces la ilusión de lo nuevo, del amor joven y reciente y luego, el tiempo casi había borrado el recuerdo de ese involuntario desliz, que si no fue una madre tonta y fanática. Recordó entonces, las ilusiones forjadas en esa época; un hogar digno y lleno de honor, y comparó ese recuerdo con la realidad brutal, con lo que acababa de pasar allí, en ese cuarto oscuro e infame. Esta rápida comparación produjo una reacción instantánea, la que sufre toda mujer que fue pura cuando ha sido machada; tuvo un rapto de ira salvaje contra la infame vieja, contra esa arpía del vicio que l e había entregado con sorpresa a la lujuria de un sátiro disfrazado de ángel; a la ira sucedieron la vergüenza y un arrepentimiento atroz por lo irreparable. Para ella, para la hija del doctor Ramírez, sólo se abría un camino; el de la mujer pública que pasa de los brazos del primer amante, a los de cualquier desconocido que tiene dinero para pagarla.

Y el que había abusado de su debilidad física y moral, el que la había manchado con torpes cariños y besos impuros, el que le había violado casi; era el padre Justiniano, el mismo que días antes, allá en el Tejar predicaba que la castidad era la primera de las virtudes. El que esa tarde había hecho gala de su destreza en artes infames, era el mismo asceta que días antes, describía con colores magníficos las delicias de la gloria celestial!

Mariana no quiso abandonar el cuarto de la Beata hasta que la oscuridad de la noche fuera completa. Tenía vergüenza de si misma, no quería verse, ni menos que otros ojos viesen su rostro, como ella creía las señales de los besos impuros. No dirigió a la beata un solo reproche; no quiso aceptar una copa de anisado que le ofreció la vieja, para que se le pasara el susto, según dijo con risa burlesca.

Para regresar a su casa esquivó las calles concurridas, y, jadeante las calles concurridas, y, jadeante entró por fin en ella. Una indiecita criada, cubierta de harapos, era la única persona que guardaba la vieja casa. Ni una luz encendida, ni nada que indicara un hogar, silencio absoluto, pues doña Camila no había aun regresado de la Catedral, en donde se seguía una serie de ceremonias religiosas con el fin de alcanzar de Dios la destrucción de los liberales....

La ciudad estaba silenciosa, un vientecillo helado bajaba por las calles, arrastrando papeles viejos y moviendo al compás los faroles del alumbrado; y el viejo Pichincha desaparecía envuelto en un inmenso sudario de nieblas grises preñadas de lluvia.

XIX

La marcha de la descubierta había sido fatigosa. Los soldados costeños, aptos para marchar ágiles en las llanuras nativas, difícilmente pudieron hacer una pequeña caminata por entre los ásperos cerros y profundos barrancos de la cordillera. Muy entrada la tarde, parte del ejército liberal ocupó San Miguel de Chimbo. Los Jefes y tropa cansados, hambrientos, temblando de frío, se albergaron como mejor pudieron en las casa del pueblo, buscando en ellas un poco de calor del que tanto necesitaban los hombres de clima cálido, transportados de súbito al hielo de las sierras andinas.

Los setecientos hombres que formaban la descubierta, eran nativos de todas las provincias ecuatorianas; serranos y costeños venían reunidos, impulsados por esa fuerza ciega y misteriosa que se llama revolución, ideal que como una bola de nieve, arrastra consigo para la guerra hasta los timoratos y cobardes.

Los mozos interioranos, fuertes, rojos, calmados de ánimo, hacían contraste con el montubio recio, nervioso y petulante, que, a pesar del frío para el penoso y desacostumbrado encontraba aún en su alegre carácter, alguna andaluzada típica que hacía reír de buena gana a los atrevidos compañeros.

Llegó la noche, y el silencio y calma del pueblo, turbados por la entrada y alojamiento de la tropa, volvieron a reinar. Las avanzadas fueron colocadas en las afueras; algún oficial rezagado entraba por la calle principal al lento paso de su cansada cabalgadura y pequeñas partidas de soldados discurrían por las silenciosas callejuelas. En algunas tabernas de mala muerte, algunos oficiales se divertían y mataban el tiempo bebiendo copas de mallorca y tocando una vihuela, a cuyos acordes recordaban el ausente hogar y las personas queridas.

En la mejor casa del pueblo alojóse el Estado Mayor, formado por jóvenes decentes cuando no acaudalados; entre ellos estaba Luciano, que tenía el grado de Capitán. Muchos de los

mozos, alegres por temperamento, cantaban y reían, o los de imaginación fecunda contaban proezas imaginarias o reales, y entre costeños y serranos, discutían amigablemente sobre las ventajas de la Costa sobre la Sierra o las de ésta sobre aquella.

Al fin cesaron risas, cantos y conversaciones, y cada uno buscó un rincón donde extender el molido cuerpo y dormir algunas horas, que nunca la juventud pierde sus derechos al descanso.

La noche era oscurísima, el aire calmado y frío, y en el ambiente y en la tierra brumosa, parecía que algo de amenazante y trágico circulara como un fantasma invisible. Allá, a lo lejos, se oía las voces de alerta en las avanzadas, o el relincho de un caballo hambriento; y en una distante loma que se adivinaba en la sombra, aullaba con eco las timero un perro abandonado.

Todos los Jefes sabían que el enemigo estaba en Guaranda y que de un momento a otro podía atacar a la vanguardia, por eso se notaba cierta intranquilidad entre los jefes y oficiales, los que salían de los alojamientos de vez en cuando, iban hacía los avanzadas, y luego con pasos presurosos que resonaban en las desiertas calles volvían al lugar de donde habían salido.

La mañana despuntó nebulosa, fría y con un tinte plomizo en cielo y tierra. Las caras pálidas y ojeronas de los que se asomaban a las puertas de las casas y tiendas, probaban que pocos habían podido dormir. Los frecuentes bostezos eran indicios de sueño, cansancio y preocupación.....

De repente resonó allá, en el fondo de una pequeña quebrada, un tiro, con ruido seco, casi como el chasquido de un látigo, pocos segundos después otro más cercano y perceptible y luego muchísimos. Del fondo de la pequeña quebrada, levantóse una ligera y azul humareda.... Este fue el principio del sangriento y heroico combate de San Miguel de Chimbo, uno de los choques en que más lujo de bravura ha hecho el soldado ecuatoriano.

Toda la tropa liberal tomó las ramas; se repartieron las guerrillas de combate por las calles, casas, solares y campos vecinos, buscando las mejores posiciones... Los oficiales, novicios en su inmensa mayoría, corrían presurosos a pie y a caballo, a ocupar sus puestos, pálidos, pero resueltos y heroicos... Después de media hora de fuego, las avanzadas revolucionarias

eran rechazadas en desorden hacia el pueblo. Entonces principió la formidable carga de los cuatrocientos soldados conservadores. Las pequeñas colinas que rodean al pueblo, fueron asaltadas; las volutas de humo de las descargas de los rifles de repetición, subían lentas entre los árboles y los setos, y, a ratos, ocultaban algunos puntos del paisaje. El fuego del lado del pueblo era espantoso; parecía una horrenda tempestad de rayos y truenos que repercutía en el fondo de un estrecho valle. Las descargas se hacían casi a boca de jarro, a ratos dominaba el clamor sordo y terrible del combate el toque agudo de una comenta que no se sabía en donde sonaba. Los asaltantes, dejando entre las granjas, alfalfares y campos, tendida la tercera parte de la gente, entraron al pueblo como una avalancha furiosa. De cada casa, de cada tienda, de los techos, de las zanjas, llovía sobre ellos una tempestad de plomo; la plaza era un infierno; pero heroicos, brutales, magníficos, si se quiere los invasores, se apoderaron de todo el pueblo.

Luciano, acobardado un tanto al principio del combate, tomó luego bríos; la sangre de los Pérez y Escobar hacía efecto. Aun cuando era oficial, tomó desde el principio el rifle, y abandonando el caballo que montaba, se unió a una partida de oficiales y soldados que se encargaron de defender la plaza. Muchos de los defensores cayeron en esa plazoleta muertos o heridos; al fin, los asaltantes, dando vivas a la Religión y a carrera tendida, se presentaron en las calles de entrada, y en seguida se lanzaron sobre los pocos defensores. Trabóse un combate espantoso; el humo no permitías ver nada y Luciano con cinco compañeros, únicos que pudieron huir, se encontraron sin saber cómo dentro de una casa. Corrieron locos buscando una salida al campo, dieron al fin con ella, y muertos de fatiga, roncos, sin sombreros, la ropa desgarrada pero ilesos, pudieron incorporarse al fin a la heroica columna “Bolívar”, única que en esa refriega no fue rota por los conservadores.

Era el medio día. El combate había concluido, algunos tiros se oían por el pueblo y los alrededores, por las lomas y las breves llanuras se veían guerrillas dispersas, casi fugitivas. En algunos lugares vacíos de cultivos o matorrales, algunos bultos oscuros, inmóviles, indicaban los muertos de la jornada. El desaliento había cundido, los batallones estaban reducidos a la nada, los oficiales abatidos y echados de bruces, no se movían ni tomaban alguna disposición que pudiera salvar los restos de la vanguardia. Parecía, pues, la jornada irremediablemente perdida.

Luciano que estaba de pie, mirando el camino que conducía a la Costa, creyó divisar en él algo extraño. Se le animó el semblante y gritó con voz estentórea: Ya viene la retaguardia! Por las serranías occidentales, venían en efecto, largas filas de hombres y los rayos del sol hacían brillar, como breves centellas, los cañones de los fusiles y las bayonetas. De un grupo pequeñísimo, separado del resto de las filas, se elevó una columna de humo; después de algunos segundos se oyó un estampido sordo y majestuoso que el eco repitió entre los valles un largo minuto.

El cañón, el cañón, son los nuestros! Gritaron los oficiales que estaban con Luciano. Ahora muchachos, los fregamos!...... ¡Adentro, pues adentro!

Siguieron los cañonazos. Electrizados con el estampido de las piezas de artillería, los decaídos combatientes de la mañana volvieron a requerir las armas. Principió otra vez el fuego de fusilería. A paso de carga, unidos los soldados de la retaguardia, veteranos en su mayor parte con los de la descubierta, entraron al pueblo. Si el ataque de los conservadores, durante la mañana, fue irresistible. Los vencedores del principio atacados por todas partes, rodeados, abrasados por las descargas a quema ropa, tocaron retirada, dejando en las calles del pueblo y en los campos vecinos, las dos terceras partes de la gente.

En la plaza, y al pie de una gran cruz de piedra, un pequeño grupo de oficiales y soldados no pudo retirarse. Llovió sobre ellos una granizada de balas, tres o cuatro cayeron de bruces. Luciano que estaba entre los asaltantes, creyó ver entre l a humareda a Salvador que, pálido pero enérgico, quería aún hacer fuego con un rifle roto. Comprendió con la rapidez del rayo, que el amigo estaba perdido; olvidando prudencia y sentido común, corrió hacia el grupo ya reducido a cinco hombres, que perdidas las esperanzas de defensa pedían perdón. Un zambo atlético que acompañó a Luciano en la carrera, hombre o más bien bestia feroz, con ojos sanguinolentos, labios colgantes como de dogo de presa, sacó de la vaina un gran machete para ultimar a Salvador que se había adelantado de los otros rendidos. Luciano lanzó una blasfemia y con rapidez inconcebible lanzó su pesado manglicher por el cañón y lo dejó caer como una maza sobre el zambo. Tambaleóse un instante como ebrio; giró los sanguinolentos ojos y al fin el montubio atlético cayó de bruces........ Luciano, sin la menor conciencia de esa muerte, abrazó a Salvador gritando:

Nadie le toca a éste; ajo! nadie le toca!

Los demás prisioneros estaban también en salvo, rodeados de jóvenes pundorosos y heroicos.

Luciano, emocionado, no supo, ni pudo decir una palabra al amigo que acababa de salvar a costa de un vida.

XX

A la mortecina luz de una vela de sebo que alumbra a medias la sucia taberna, están agrupados el ruedo de una pequeña mesa, seis jóvenes de los que durante el día, combatieron en el memorable encuentro. Sobre la mesa sin mantel hay algunos panes negros, unas latas de sardinas, un trozo de queso y una botella de anisado. Todos los comensales tienen en sus rostros algo de anormal. Los ojos brillantes, las frentes oscurecidas por la preocupación, los cabellos en desorden, muestran elocuentemente que la terrible sacudida nerviosa ocasionada por el combate no ha cesado todavía. El más ligero ruido que viene de afuera, les hace estremecer, hablan en voz muy baja como si estuvieran en la habitación de un enfermo y, aún cuando están todos en ayunas desde la noche anterior, de muy mala gana llevan a la boca algunos bocados de la pobre comida.

La conversación versa sobre los lances de la jornada. Enumeran los amigos y conocidos que fueron muertos en el combate; refieren los peligros que cada cual ha corrido en el día, y todos confiesan francamente que tuvieron, si no miedo, a lo menos recelo al principio de la lucha; pero que todos cumplieron con su deber. No hay frases duras para el enemigo valiente que si fue rechazado, costó ríos de sangre.

Entre los comensales se distingue por la alta estatura Luciano, que fuera de su habitual carácter está taciturno y preocupado. Al frente está Salvador más pálido que nunca y sin darse cuenta exacta y cabal del tiempo ni del lugar, pues los lances del día y la última escena de la tarde al finalizar el combate, han herido profundamente su organismo moral y aún no vuelve el equilibrio saludable. Recordaba que los primeros disparos, le enloquecieron de miedo, él que tan cobarde había sido; que trató de ocultarse, de huir, de anonadarse, pero luego una mezcla de vergüenza de sí mismo, y algo de despecho de ser cobarde, le obligó a desafiar el peligro. Siguió después, como un sonámbulo, disparando un rifle que nunca supo como vino a sus manos. Tenía recuerdos inciertos de fogonazos, estruendo, humo, sangre, una mezcla confusa de rostros congestionados o lívidos, de toques de corneta; pero no sabía decir en qué momento pasó una escena, la única de que guardaba recuerdo claro, cuando un soldado que caminaba cauteloso delante de una guerrilla, dio un

alarido salvaje, soltó el rifle y cayó de bruces con la frente rotas por una bala. Y después.... sin saber cómo, estaba allí en una tienducha desconocida y junto a Luciano; sí, el mismo amigo de mejores días, a quien no había visto en algunos meses. Viendo a Luciano vínole el confuso recuerdo de la escena aquélla del zambo que machete en mano, iba a victimarlo.

¿Estaba prisionero? No lo sabía; pero si observó que ninguno de los jóvenes estaba armado ni había centinelas afuera. Estaba pues libre, Vernaza, Jefe de la fuerza vencedora, dio libertad la misma noche a los prisioneros, y Luciano, en junta de otros jóvenes, había tomado a Salvador por su cuenta para llevarlo a comer un pedazo de pan en la tienducha donde estaba en ese momento.

El de más edad de los comensales, antiguo oficial de un cuerpo de línea, despreocupado, y para quien las sensaciones era de pequeña duración, notando la tristeza y silencio de los jóvenes tomó la botella y repartió sendos vasos de anisado. Salvador apuró el suyo de un solo trago. Al segundo vaso, principió la conversación más animada que antes. Poco a poco envueltos en los vapores del alcohol fuéronse los recuerdos del día, y vinieron otros más gratos y dulces; la casa ausente, la madre, la novia, la esperanza del triunfo de la revolución , el deber cumplido, el país regenerado y feliz. Luego vinieron los cuentos alegres y salpimentados y las carcajadas sonoras. Salvador seguía taciturno, recordando que su madre y hermana estaban en Quito, sin dinero, sin protección, en una casa en ruinas, desmantelada; rica sólo en recuerdos de mejores días. Preguntóse luego; ¿por qué vino a esta guerra infame? ¿Por qué? ¿Para que? Ya había saboreado esa misma mañana, la pretendida poesía de la hecatombe humana, en la cual muchos padres de familia y muchos jóvenes, es decir, el sustento y apoyo presente y futuro de sus hogares, estaban tendidos y abandonados, fríos cadáveres en los campos, sin que en la agonía talvez dolorosa y horrible, hubieran tenido una persona amiga que le consuele o una mano caritativa que les humedezca los labios sedientos con un poco de agua. Y allá, en los bosques y a las orillas de los dormidos ríos de la Costa, o en las nebulosas breñas de la Sierra en la cabaña pobre, o en la casa de la ciudad, había a esa hora viudas, huérfanos y madres sin hijos, ignorantes de la pérdida de los ausentes, esperando aún volverlos a ver, sin adivinar que esas prendas del alma, dormían el eterno sueño en el pobre cementerio de un pueblo lejano!

¡Sí, la guerra, hecha por defender la Religión y la Libertad dos fantasmas engañosos que han tragado generaciones mil, sin haber podido nunca, ni la una ni la otra enjugar las lágrimas de la humanidad!

Salvador, excitado por el alcohol, se hacía estas reflexiones, y sonrióse inconscientemente con esa sonrisa amarga del desengaño.

Luciano que le espiaba un tanto inquieto. Díjole:

Hola, parece que ya estás reaccionando, pues te ríes, y de qué?

De qué, me preguntas? Pues me río de ti, de mí, de ustedes jóvenes, de todos los que hoy día hemos combatido como energúmenos. Me río, porque somos unos necios, unos brutos!..... Dime ahora tú, ¿por qué nos hemos roto la crisma?

Vaya pues, ociosa pregunta. Yo he peleado por la libertad, por la idea; y tú......

¿Por la Religión?........ Perfectamente. Pero sí debe decirse que ni ustedes con la Libertad, ni nosotros con la Religión, hemos de mejorar la miseria humana. La Religión, es socapa para cuatro pillos que nos han mandado al sacrificio, mientras ellos están seguros esperando el triunfo, para caer sobre el país como buitres. Ustedes lo mismo, han arriesgado el pellejo, para que tres o cuatro aprovechen del festín, del que a ustedes no les ha de tocar sino migajas.

Bueno, y la idea?......

No hay ida que valga. Los clérigos de las curias no ven en la idea sino el medro personal, el acatamiento estúpido de un pueblo explotado, ignorante y fanático. Los liberales tratan de quitar a los curas la presa para devorarla a su vez. Mientras tanto, el que tiene hambre no es satisfecho, el que está desnudo no es vestido, el ignorante no es enseñado. El rico burla la justicia, el noble escupe al plebeyo, el potentado aplasta a todos. La libertad no existe, la Religión es una vana pompa teatral y la Caridad es orgullo, y la tal República del Corazón de Jesús es una galera de forzados hambrientos, azotados por frailes y soldados.

Basta, basta, por Dios, dijo Luciano risueño. Eres un Cicerón. ¡Ajo! No te creí tan elocuente. ¿Y tus bien fundadas ideas conservadoras?

Se fueron hace tiempo al demonio. La realidad de la vida, los furibundos ramalazos de la suerte, las amarguras y humillaciones diarias, la ruina de mi hogar y de mis modestas aspiraciones, la falta de trabajo honrado para con él ganar un pobre pan para los míos, esa educación pésima que nos han dado a todos, a pretexto de catolicismo, todo eso reunido contribuye para el cambio o contradicción que ahora hallas en mí. Soy, pues socialista; aún más, anarquista de corazón; porque me sublevo contra tanto vicio, contra tanta farsa, contra tanto lodo y prodedumbre............

Levantóse del asiento, la mirada enérgica y con un brillo sobrehumano, el rostro pálido, el ademán imperativo. Era la representación de esos locos y soñadores que hacen guerra al mundo, l vanguardia de la nueva idea que asomaba a fines del siglo, en un rincón de los Andes, después de un día de carnicería, como la flor nacida en un fango sangriento.

Luciano, admirado del cambio y las palabras de su amigo a quien conoció paciente y manso, tuvo la visión de futuras catástrofes, de cataclismos que reducían a polvo el viejo edificio de la sociedad cristiana.

De repente llegaba hasta el oído de los jóvenes, el alarido de los pobres mártires de una idea confusa, que agonizaban en el campo relinchos lejanos de caballos hambrientos, y allá en una loma perdida en la sombra, un perro, el mismo de la víspera tal vez, aullaba con eco lamentable. Y por el aire brumoso, por ese cielo sin luna, volaba un soplo de horro inexplicable y de la infinita angustia.........

SEGUNDA PARTE

I

Inmenso es el panorama que se descubre desde aquel sitio del camino. Atrás queda la Cordillera de los Andes, la sierra abrupta e informe, arrugada por mil cerros, picachos, quebradas y despenadores; allí los múltiples sembríos de cereales, coloreados ya de verde tierno, ya de anaranjado, ya de pardo. Algunas laderas muestran el terreno recién labrado, negro por la lluvia haciendo contraste con el amarillo pálido de los pajonales del páramo. Y

en las quiebras, las lomas, en las orillas de los pequeños torrentes y en el fondo de los estrechos valles, las casas aisladas, los pueblos y las haciendas parecen, rocas rodadas desde las cimas de los Andes. Un cinturón inmenso de picos abruptos y negros, y como broche magnífico la mole resplandeciente del Chimborazo, envuelto a medias en nubes grisáseas, cierra ese paisaje única talvez en el Ecuador andino: la provincia de Bolívar.

Hacia el ocaso se descubre otra zona, otra naturaleza, un mundo nunca imaginado por el habitante de las cordilleras. Los cerros que como una valancha petrificada, se separan de la Sierra, se aplanan y casi se hunden en un abismo. El bosque trepa afanoso hasta las más altas cimas; las quiebras pierden las tonalidades y recortes duros de las rocas desnudas, para adquirir toques azulinos y vaporosos; y al fin cerros, colinas, barrancos, se confunden, disfuminan, desaparecen casi en medio de un velo glauco, para convertirse en una llanura infinita como el mar, la que se pierde allá en el horizonte en un cielo de nácar, en el que flotan algunas nubes de color de rosa y oro. Y en esa inmensa pampa brillan aquí y allí algunos puntitos como diamantes de un manto regio, puntos que indican curvas de inmensos ríos; se levantaban algunas ligeras y casi fantásticas humeradas, y un aire caliente y denso baña ese gigantesco paisaje, en el cual los colores son todos suaves como los de un sueño medio olvidado en un rincón de la memoria. Hacia la izquierda del observador se levanta de la llanura una altísima cordillera azul turquí; es el último contrafuerte de los viejos Andes que avanzaban hasta el Pacífico. Esa tierra vaporosa, esa llanura infinita, es la Costa ecuatoriana.

Un joven, caballero en una mula, quedó largo rato quieto en el punto culminante del desfiladero desde el cual se divisan esos dos admirables y diversos panoramas. Lanzó una última mirada del Chimborazo, y dando un foetazo a la cabalgadura, principió la larga bajada de la cordillera. Al bajar observaba el continuo cambio del paisaje. Al principio la vegetación era humilde, achaparrada y de colores sombríos, como si el artífice fuera la niebla obscura y sempiterna de las altas cimas. Luego eran árboles de apretado follaje que mostraban en las musgosas ramas orquídeas admirables o que estaban cubiertos de enmarañada red de bejucos y enredaderas; más abajo, las palmeras de grandes y móviles penachos anunciaban las puertas de la tierra caliente.

Entre los claros de los árboles y bajo los pies del viajero, el verde tierno de los cañadulzales, y las tupidas hileras de plátanos cercando las nuevas sementeras, anunciaban la tierra caliente, esa tierra en la que soñamos cuando niños con ensueños confusos pero más coloreados y poéticos que la realidad.

El viajero seguía y seguía la bajada, distrayendo las fatiga con la contemplación de un paisaje enteramente nuevo, y sin hacer caso de las grandes recuas de mulas que salían a la

Sierra sudorosas, jadeantes, llevando en los lastimados lomos inmensos fardos. Arrieros con los pantalones levantados sobre las rodillas, medio asfixiados por el sol y la dura cuesta, arreaban incansables las pobres bestias, lanzando silbidos, gritos guturales y apaleándolas sin descanso.

Ya muy entrada la tarde llegó el viajero a Balazapamba, el primer pueblo, o más bien caserío de tierra caliente, en el camino que de Guaranda va a Babahoyo.

Al fin del valle en que está encerrada la población se ponía el sol, un sol rojo de sangre, flotando entre nubes de fuego. Cerros, árboles, matorrales y peñascos tomaron un tinte color de cobre derretido; luego sólo los cerros más altos y las cimas de algunas gigantescas palmeras brillaron con resplandores de hoguera; después el cuadro quedó borroso, azulino y la noche llegó...

Desmontóse el viajero delante de una casita mal llamada hotel. El arriero que llevaba el equipaje en un caballito flaco y lanudo, descargóle y subiendo la empinada escalera pidió para el patrón, cuarto y comida. Un hombre pálido, mal encarado, con las señales evidentes del paludismo, condujo al huésped a un zaquizamí para que guardara el pobre equipaje.

Esperando la anunciada comida y sin tener ya de qué otra cosa preocuparse, tendióse el huésped en una hamaca suspendida de dos postes del corredor que daba a la calle. La noche era muy oscura; mil luciérnagas revolaban por todas partes; se oía el murmullo del cercano río, el incesante crac-crac de los sapos y la algarabía de los grillos, obligada armonía de tierra caliente. El aire era tibio y ligeramente perfumado por las emanaciones de un florido bosquecillo de floripondios, o por ese olor especial y propio sólo de la tierra tropical, imposible de encontrar en otra parte. El la vecina cabaña, un arriero arrancaba al rondador una tonata monótona y triste, trayendo, sin duda, a la memoria del viajero que reposasba en la hamaca; recuerdos de cosas ya muertas, por que dio un involuntario suspiro.

Un confuso tropel anunció que llegaba al pueblo una partida de viajeros. Efectivamente, delante del hotel, en la oscuridad mal rota por un farolillo, que colgaba del pasamano, se dibujaron varias siluetas confusas de jinetes y de bestias cargadas.

Hola! Patrón, gritó una voz ¿hay posadas y hierva para las bestias?

Pregunta también, dijo otra voz, con tono ligeramente imperioso, si hay comida para nosotros. Ajo! no sólo han de comer las mulas!

El posadero salió al corredor con una vela en la mano, hizo con la otra algo como pantalla tratando de ver mejor a los recién llegados, frunció el entrecejo y con aire displicente dijo:

Sí hay lo que buscan, con tal que se acomoden.

Oyóse luego ruido de espuelas, frenos tascados por las hambrientas e impacientes mulas, relinchos ahogados, interjecciones de arrieros, resoplidos, manoteos, hasta cuando se presentó en la galería, un macetón en traje de viaje, gritando:

A ver, patrón, antes todo un trago de cogñac o de mallorca o de demonios.......

El viajero que estaba en la hamaca, levantóse vivamente oyendo la voz, y gritó:

¡Luciano!.......

Salvador...

Y ambos se abrazaron estrechamente, contentos, emocionados.

Vaya , ésta sí es casualidad. ¿Cuándo iba a imaginar encontrarte por estos infiernos?

Yo tampoco.... Bueno, ¿a dónde vas? a Guayaquil?

Algo mas lejos, voy a Europa ¿y tú?

Yo? A meterme en una hacienda situada en no sé que infierno.

¡Qué gustazo el que he tenido al encontrarte, después de cuatro años, tiempo en el cual nada he sabido de ti.

Así es, cuatro años, desde el combate de San Miguel. Y este lapso supongo que tanto tú como yo...

Bueno, tenemos de aquí a Guayaquil tres días para estar juntos , lo cual ya es algo.... ¿pero ya comiste?

Nó, esperaba la comida cuando llegaste.

Entonces comeremos juntos, aun cuando supongo que no será un bodorrio lo que nos den aquí. Felizmente de casa han mandado todas una tienda de golosinas; y hasta hierbas medicinales, y algo debe haber todavía en el equipaje....

Pidióse éste y sacaron paquetes de comestibles y una gorda botella de vino tinto.

Tú sí viajas como gente, dijo Salvador con una sonrisa no exenta de cierta amarga envidia; traes hasta buen vino, porque supongo que el de la botella no será campeche.

Si hubiera sido por mí, poco o nada traería, porque lo más cómodo es viajar con poco equipaje; pero mamá y mi hermana piensan de otro modo en este asunto, y poco ha faltado para que mandaran conmigo todo un almacén.

Sirvióse la comida poco y mal preparada. Los fiambres del equipaje hicieron el gasto. Mientras comían, Salvador examinaba a su amigo y lo encontraba más fuerte y varonil, dejando adivinar en el curtido rostro, la confianza en la vida y la satisfacción de vivir.

Luciano, aunque poco observador, notó también en el joven quiteño un aire de melancolía y amargura.

La botella de vino fue vaciada. Salvador de cabeza débil sintió los primeros síntomas de la embriaguez, manifestados en el deseo de charlar, y en esa charla traspasar a su compañero lo que pensaba su cerebro agitado por el licor, en hacerle confianza de sus pesares y de sus cuitas. El siempre pálido rostro del joven, coloreóse con manchas rojizas, brilláronle los ojos como si estuviera febricitante y sintió en los pies cierta desazón que los impulsaba a moverlos insensatamente. Luciano, con el calor de la noche tropical y el vino, sintió también que en sus venas circulaba la sangre con más actividad, y el deseo de haber confidencias íntimas sobre los acontecimientos sucedidos desde el día en que se encontraron cuatro años antes, después de un día de combate. Pero aunque el deseo era común, ninguno de los jóvenes se atrevía a principiar, como sucede casi siempre que hay temor o vergüenza de hacer confesiones que se sospechan penosas.

Al fin Luciano levantó los ojos y los clavó enérgicamente en los vacilantes de Salvador, y preguntó.

Vas, según me acabas de decir, a trabajar en una hacienda?

Sí, voy a ver si allí formo un pequeño capital, ya que en Quito eso es imposible.

Tienes ya conseguidas alguna colocación, o vas a ciegas?

Valiéndome de un antiguo cliente de mi padre, he logrado conseguir la plaza de mayordomo en una hacienda de cacao.

Pero dime ¿te crees apto para ese trabajo? te crees con la suficiente robustez para desafiar ese clima que dizques es infernal y postra hasta los más robustos?

Pues te diré francamente que poco o nada entiendo de trabajos del campo. La educación que he recibido no es muy apropiada para ganar un centavo. Con la filosofía y el latín no se come, y en vano he querido sacar provecho de esos ramos del saber. Entre robar para comer y desafiar el clima que tu dices infernal, he optado por lo segundo... Pero hace mucho calor ¿tienes más vino?

Sí hay...... Mariano, otra botella de vino.

Descorchada la cual, y servido el rojo líquido en los vasos, vació Salvador el suyo de un trago, causando verdadera sorpresa a Luciano, que siempre le había conocido detestador del vino.

¿Te causa sorpresa el que ahora beba un licor que antes no lo tocaba? Pues te diré: nada iguala al vino para hacer olvidar las penas y yo las he tenido muy buenas, pues tu nunca puedes imaginar lo que he sufrido en estos tiempos. Quiero enterrarme en una montaña para olvidar a Quito, a toda la Sierra y a sus habitantes, porque, salvo muy pocas, poquísimas personas, las demás son perversas..... sí, perversas.......

Sabes Salvador, que tengo verdadera curiosidad de saber algo de la vida que has llevado en estos últimos años?

Oh! eso es muy fácil. En pocas palabras puedo sintetizar lo que tú has llamado vida. Lucha desesperada por encontrar trabajo y con él, un pedazo de pan... y resultados nulos, si, absolutamente nulos. En todo he buscado y he empleado mi actividad en varias cosas. Fui revolucionario, mayordomo de hacienda, comerciante y nunca encontré en estas profesiones ni lo más indispensable. No sé qué fatalidad me persigue, y si no tuviera aún

algunas creencias, religiosas, ya hubiera buscado solución al problema de la vida, quitándomela; pues no soy el mismo muchacho cobarde que tu conociste en la Universidad.

Luciano, admirado, no sabía qué contestar, nunca imaginó que el tímido estudiante hubiera cambiado tanto en tan poco tiempo. Salvador, después de una pausa y de beber otro vaso de vino continuo.

Hubo tiempo en que tuve la debilidad de arriesgar el pellejo a pretexto de defender la Religión. Dos años viví en Colombia tratando de ser uno de los defensores de la Iglesia y del partido político que dizque la representa. Allí vi en toda su ruindad la humana condición. En tanto que algunas docenas de ilusos moríamos de hambre en los pueblos colombianos de la frontera, y arriesgábamos a diario la vidas, ciertos señorones de dicho partido, imitadores ridículos de dos emigrados franceses del siglo pasado, estaban lejos de todo peligro, bien comidos y vestidos muy contentos con las publicaciones que hacían de folletos y periódicos majaderos, preñados de ridículas amenazas. Para esos príncipes destronados eran las oraciones de las monjas y el dinero enviado por los frailes; para ellos las alabanzas y aplausos de los conservadores ecuatorianos y los mismos de los colombianos; para nosotros hambre, balas y desprecios. En Cabras escapé por milagro, oculto tras un mogote del terreno vi la matanza de mis compañeros... después de una época aciaga en la cual muchos días no llevaba a la boca un bocado, logré venir a Quito, loco del deseo de ver a mi madre y a mi hermana de las que estuve separado más de dos años. Mejor hubiera sido para mí la muerte a la ausencia....... Nuestra vieja casa estaba ya en poder de otro dueño; gran parte del dinero que produjo la venta, fue dispuesto por mi madre, para comprar rifles y cápsulas y enviarlos al Norte. Ahora no tiene ni un centavo, y vive pegada a una beata rica.

Y tu hermana ¿qué es de ella? Preguntó Luciano con voz un tanto emocionada.

¿Mi hermana? bien quisiera no contestar a tu pregunta; pero tú eres el único amigo que me queda; y, luego nada importa que hable la verdad, ya que en Quito todos lo saben. Pues Mariana, mi buena Mariana, mi ídolo la joven a la que tu también amaste, es hoy una perdida; y lo peor, corrompida por un fraile que tenía fama de santo. Figúrate mi rabia, cuando un día pude ver a Mariana en la calle pública, sucia, desgreñada, llevando en sus brazos un niño hijo del fraile infame?

Tuve ímpetus salvajes de patearla allí, en pleno día; pero ella me vió y llena de vergüenza huyó a la carrera. Mi madre, idiotizada por el fanatismo, no ha hecho, según creo, ningún caso de la pobre muchacha, y más se preocupa de chismes políticos y de frailes y beatas.

Levantóse luego de la silla, y dando un puñetazo en las mesa, soltó una carcajada sardónicas y siguió. Esas son las gangas de las purísimas costumbres de los frailes, y esa es su santidad. Asco, asco, lujuria, orgullo y cobardía.. asco.. a ver, otra copa qué hacer pues.........

Luciano conmovido, dolorosamente impresionado, no contestaba y fingía golpear la mesa con los dedos. Buscaba la palabra precisa para consolar al amigo, y no la encontró.

Luego me puse a buscar trabajo. En las oficinas de Gobierno era imposible; yo había sido enemigo declarado de la Administración. ¿Comercio? Tú sabes lo que es comercio en Quito. Con todo, entré de dependiente una tienda de mala muerte, ganando diez sucres mensuales, figurate si un hombre vivirá con diez sucres! El dueño, un cholito enriquecido, tenía ínfulas de nobleza, y una avaricia exagerada. Mi triste situación me obligaba a soportar estúpidas exigencias y desaires que herían grandemente mi amor propio. Un día, me olvidé de dar los buenos días a la señora, una ex prostituta, y bastó para que me arrojaran del almacén. Mis antiguos condiscípulos viéndome tan mal y pobre, no me saludaban; fuíme a la Curia en busca de algún auxilio, me lo negaron, sin embargo de haber dicho que por defender la Religión estaba pobre..... No olvidaré nunca el día en que no comí ni un pedazo de pan. Anduve por los extramuros rabioso, triste, pensando cometer barbaridades contra una sociedad egoísta y mal organizada. Vínome esta idea con el recuerdo de mi padre, honrado, noble y leal, la idiotez de mi madre, la prostitución de mi hermana; y lloré, amigo mío, llore, te lo confieso. ¿Creías tú, que en Quito, la ciudad católica, la ciudad de los conventos y de los ricos que se dicen nobles, hubiese gente que no tiene un pedazo de pan para llevarse a la boca, gente que es robusta y con voluntad de trabajar? Y en tanto hay en los conventos algunos centenares de frailes ahítos y ociosos, algunos de ellos corrompiendo a las muchachas como mi hermana.....

Ahora estás, querido Salvador, con ideas mucho más exageradas que las que antes reprobabas en mí, ¿lo recuerdas? Los tiempos pasan, yo he calmado mucho de mis furores revolucionarios, y tú vas camino de la anarquía.

Ajá.... Ya lo creo. Tú siempre has sido revolucionario teórico, porque la fortuna te hace buena cara. Tienes familia honrada, bienes de fortuna, independencia, y ves el día de

mañana tranquilo y confiado. Yo tengo seguridad de terminar en anarquista, porque para mí, la Providencia no existe, o fue una madrastra cruel. La conciencia me dice que he sido bueno y honrado, que mi primera juventud la pasé limpio de toda mancha, que me privé aún de los más inocentes placeres. Mi educación fue como para hacer de mí un asceta o un filósofo; y ahora todos estos méritos, si lo son, no me das un pedazo de pan para acallar el hambre. Cuán diversa fuera mi situación, si mis manos se hubieran ejercitado a manejar el escoplo o el martillo!

Dime, Salvador, has amado alguna vez?

Nunca! ¿A qué tiempo? Tú sabes que cuando estudiante, era yo Luis Gonzaga. Huir de las mujeres, según la estrecha filosofía escolástica, es sabiduría porque las hijas de Eva son vaso de podredumbre. La vida de campaña echó a traste con mi castidad, y trajo luego el desengaño del amor. Creo que el platonismo es un absurdo, y que tras las ansias y suspiros del alma enamorada, está la materialidad del amor brutal; que los bellos encantos de la jovencita apenas púber se transforma en prosaicos desperfectos físicos de la mujer madre, y en ansiedades y dolores inacabables, producto de la lucha por la consecución de la triste comida diaria. ¡Poesía del amor! No hay tal cosa; es un torpe instinto disfrazado de oropel! Además, ¿acaso el pobre como yo tiene derecho para enamorarse? Quizá en la Costa pueda atrapar alguna zamba con plata, porque el dinero es todo, y por él sería capaz de todas las infamias, ya que la honradez y buena fe no me lo han dado. Con dinero aplastaría a tantas gentes que me han despreciado injustamente, pues te confieso que tengo venganza contra la sociedad entera. ¡Oh! nuestros nobles de pergaminos comprados, con sangre híbrida de negro y mestizo, son tan egoísta y cobardes!........

Dame otra copa, porque me ahogo de calor........ uf!....

Ebrio ya Salvador, se dejó caer pesadamente en la hamaca, y pronto quedó dormido con el pesado sueño del borracho.

La noche era tibia, el aire se saturaba más de perfumes acres, y los mil ruidos innombrados del bosque tropical, rompían el augusto silencio. En la calle se adivinaba el grupo de caballos y mulas que comían el nocturno pienso, produciendo acompasado run run, y una partida de mariposas de grandes alas revolaban en silencio danza al ruedo del farol.

II

Tenue neblina envolvía en transparente velo el estrecho y montañoso paisaje. Las cimas más altas dibujábanse vagas y confusas, dejando adivinar borrosas siluetas de árboles de anchas copas, y de dentelladas palmeras. De las humedecidas hojas caían algunas gotas de agua depositadas por el rocío, y en todas las hierbas brillaban a los primeros resplandores del naciente día, infinitas partículas acuosas. De todas las casuchas del pueblo se levantaban ligeras columnas de humo perezoso, como aplastado por el aire pesado, denso, que parecía encerrar gérmenes de paludismo.

Los dos jóvenes abandonaron las hamacas donde habían descansado. Salvador, con la cabeza pesada a causa del vino tomado la víspera, sentía en todo su organismo una flojedad desacostumbrada, algo como el principio de murria o de malestar indefinible. Este desagrado aumentóse, aún cuando nunca fue envidioso, al ver el gran tren de viaje de su amigo. Ocho rollizas mulas de carga y silla seguían al viajero ya los tres pajes que le acompañaban. Comparó ese lujo con su pobre equipaje, compuesto de un baulito viejo forrado de cuero y una canasta, llevados por un caballo de pequeña alzada, flaquísimo, y teniendo por arriero a un indio medio idiota. El traje de montar era viejo y alquilado, y la cabalgadura pésima. Hecha de una ojeada la desfavorable comparación, sintió primero algo de envidia, luego vergüenza de acompañar tan mal aperado a un viajero elegante y rico, y más todavía cuando los pajes, después de dar una mirada despreciativa al jinete y al cabalgadura, cuchicheaban algo desagradable y depresivo para él. Esta pequeña desapercibida produjo en el alma de Salvador una loca idea: la de hacer fortuna a través de todos los obstáculos y saltando sobre todas las conveniencias sociales para por medio de esa fortuna, aplastar a su vez a los desheredados de la sociedad.

Comprendió entonces la razón del anarquismo, de ese a primera vista absurdo sistema social, que en día no lejano aniquilará a la vieja sociedad, con todos sus vicios y errores. ¿Por qué él, Salvador Ramírez, inteligente, honrado, bueno, según el criterio social, era pobre, pero pobre en lo absoluto, y desgraciado, y otros como Luciano eran no solo acomodados, sino ricos capaces de gastar hasta en lo superfluo? ¿Por qué él y millones de personas más, dormían en lechos duros, caros para pocilgas, un sueño turbado por la visión del hambre del día siguiente? ¿En dónde estaba esa providencia en la cual le habían enseñado a creer, a amar, a esperar?

Metidabundo, distraído, casi inconsciente, seguía maquinalmente el camino, sin darse cuenta de los admirables paisajes que se sucedían como en un maravilloso kaleidoscopio.

El ceibo colosal, orgullo y monumento del valle de Balzapamba, sacóle un momento de su distracción, y pudo, así admirar a ese gigante del reino vegetal, solitario, erguido, lanzando sus enormes ramas a los cuatro vientos, como una cúpula elevada por los genios de las selvas para señalar algún lugar de cita misteriosa. La imaginación, cuando es herida por lo bello, deja de cavilar en las tenebrosas cavidades del odio o del escepticismo, y goza con un rayo de sol hiriendo una nube, con una gramínea nacida al pie de una roca, con una gota de agua que centellea suspendida en una hoja, o con el murmullo de un torrente, o el lamento de la brisa entre las selvas.

La cañada pintoresca y tortuosa que seguían los viajeros desde la mañana, se iba ensanchando poco a poco y separando las fauces de despeñaderos y agrestes colinas. Las cordilleras se abrían a derecha e izquierda, como plegados cortinajes de un inmenso teatro, en el fondo del cual se divisara el infinito. En dirección del Occidente, el cielo tomaba un tinte rosáceo pálido, como lo es el del alba en las regiones andinas. Los cerros que huían, si así decirse puede hacia el Norte y Sur, eran de azul violeta pálido mientras más lejos, y los bosques inmediatos de un verde brumoso y suavísimo. Nada de contrastes, nada de colores hirientes, nada de durezas. El vapor de la atmósfera, mágico sin rival, suaviza todo cuadro de esas regiones con progresión delicada, insensible, infinita, casi sobrenatural. Algunos árboles que habían quedado en pie en antiguos desbosques, parecían fantasmas flotantes en un elemento desconocido. El verde de los prados de janeiro con tintes de maravillosa acuarela, algún lejano caserío o hacienda, perdidos en ese océano de verdes glaucos, mostrando los tejados azulinos y pardos, y allá, muy lejos, una columna de humo del incendio de un desbosque, eran las notas vivas de ese panorama no soñado. Y en un rincón del horizonte inconmensurable, hacia el noroeste, los vivos resplandores del cielo, cubierto o trechos por nubes de nácar, anunciaban que allí principiaba otro infinito: el Pacífico de azules olas.

Salvador tenía la intuición de haber vivido, no sabía decir cuando, en ese paisaje, de haber formado parte de esa naturaleza, de haber formado parte de esa naturaleza, de haber sido parte de esa vida. ¿Dónde vió esto? Talvez en esos sueños de la infancia que son realidades, según dice, vistas en una vida anterior? ¿Fue acaso en la imaginación del niño privado de las delicias del aire libre, del sol, del verde de los bosques, que ideó después de leer algún libro, acaso Pablo y Virginia, admirable idilio de sabor exótico? No lo recordaba; pero cada detalle del cuadro inmenso despertaba reminiscencias más o menos acentuadas.

En todo el organismo sentía un bienestar indefinido, inexplicable algo como el principio de la embriaguez de vinos generosos. El calor tórrido del medio día, en vez de causarle mortificación, causable placer intenso, la sangre circulaba más ardiente, el cerebro era una

mar de ideas nuevas; y, un loco deseo de moverse, de gritar, de agitarse, invadió todo su ser. La sangre africana, templada al sol de fuego de la antigua Libia, rejuvenecida por el viento seco y ardiente del Chota despertóse en Salvador al encontrar un medio igual al que l a formó siglos antes.

Atrás dejaba la bruma plomiza, el cierzo destemplado, la desnuda y triste cordillera, el gemido melancólico del viento entre rocas peladas o en las gramíneas marchitas del páramo; atrás dejaba un pasado de disgustos, de privaciones, de luchas desesperadas, de ruinas; dejaba una madre idiota, una hermana prostituta; y en un olvidado rincón del cementerio, los huesos de su padre.

Delante tenía un cielo claro y espléndido, la llanura infinita, la brisa suavemente acariciadora que entona armonías mágicas al circular juguetona por medio de los bosques inmensos. Y en el fondo de ese horizonte sin fin, le esperaba la libertad, talvez la dicha hasta entonces desconocida; le esperaba el trabajo que produce independencia, y, ¿quién sabía, si allí, en un átomo de esa inmensidad azul y verdosa, había talvez un corazón esperando al de Salvador?

Todas estas comparaciones, esas ideas ya tristes, ya consoladoras, atravesaron en un instante por el cerebro de Salvador con una lucidez maravillosa, produciendo, como en las grandes crisis de la vida, un escalofrío, quien sabe si de esperanza y deseo, o de desencanto y temor..

El sol de meridiano caía a plomo desde un cielo sin nubes. Las hojas de los plátanos, de las guadúas, e los árboles de pan y otros infinitos vegetales que bordeaban la recta e inacabable carreteras, caían lacias sobre las ramas, como si estuvieran agobiadas por el exceso de luz y de calor. Ni un soplo de aire refrescaba la caldeada naturaleza, la que parecía haber caído en el sopor del sueño. El paisaje, en la tierra caliente, pierde a esa hora los detalles y apenas se adivine, como tras de un velo de humo, algunos puntos culminantes; la copa de alguna palma real, que sobresale de todos los otros árboles de los bosques, o un tronco descascarado y desnudo de follaje que ha quedado en pie en una antiguo desmonte, o el humo negro que asciende en compacta columna, indicando el incendio del alguna lejana roza.

La rica agricultura de la zona tórrida cantada por Bello, estaba allí. El sombrío cacaotal de troncos tortuosos y alineados simétricamente, mostraba a los ojos admirados de Salvador calles obscuras que terminaban en una lontananza azulina y vaporosa. Los cañadulzales del

ingenio “San Pablo” alegraban con el claro tinte del follaje, la inmensa llanura, grisácea a esa hora al fin de la cual se divisaban las negras chimeneas de la fábrica escupiendo al cielo torrentes de humo negro. El plátano ese orgullo de los vegetales, en apretadas hileras, sombreaba con sus inmensas hojas desgarradas por el soplo de las brisas nocturnas, grandes y nuevas plantaciones de cacao o café. Junto a las pintorescas y casi aéreas cabañas el mango de copa redonda, compacta y policroma, el árbol del pan, de hojas maravillosas y siempre verdes, las humildes plantas de piñas con enormes frutas, los frondosos y rastreros bosquetes de los yucales, y más lejos las praderas de janeiro color de verde mar, manteniendo innumeras reses de pelajes claros que sestean a la sombra de grandes árboles, que son otros tantos islotes en ese océano de hierbas.

Toda esa tierra de promisión, rodeaba de un cinturón de bosques azulinos, casi diáfanos, silenciosos a esa hora, inacabables bosques que esperan la acometida del hacha para caer dejando su puesto al plátano o al cacao, el rey inamovible de la agricultura costeña.

Si, allí estaba la vida, esa exuberante vida, prodigiosa, mágica, nacida al beso amoroso del sol fecundo que incuba millones incontables de vegetales gigantes y de seres que se mueven por todas partes. Si allí estaba la vidas, la creación incansable que no deja una pulgada de tierra abandonada por el hombre sin cubrirla con una planta, ni una hoja sin un insecto. Pero allí estaba también la muerte, que no es más que una transformación de la vida. La creación y la destrucción, la vida y al muerte activas, incansables eternas. Y en ese teatro, el hombre combate contra lo infinitamente pequeño del paludismo, del tétanos y de la tisis; desafía el colmillo de la serpiente equis, desafía a la misma selva, pulpo de mil brazos invisibles que devora en un mes lo que le hizo perder el hacha y el fuego en un año.

Por el teatro, pues, del grande; y eterno combate, atravesaban Salvador y Luciano, agobiados por el sol de fuego, sedientos, sudorosos, callados y casi inconscientes, pues las ideas eran confusas y vagas como si el sol volatilizara el pensamiento......

Al fin de la inacabable carretera y en un fondo verdoso, color eterno de la tierra caliente, asomaron varios puntos blancos y grises: eran los tejados de Babahoyo. Esta aparición es algo como el espejismo del desierto, porque aún cuando se camina largo tiempo, nunca se llega a la población. El cansancio no permite admirar el conjunto del paisaje ni sus principales detalles. El viajero sólo ansía descanso la sombra de un techo amigo, la frescura de las brisas, y la noche que apague ese sol ardiente y deslumbrador.

Por fin llegaron los dos jóvenes a la ciudad, cita de todos los arrieros de la Sierra, emporio de mercaderías europeas y de productos nacionales. Ciudad donde el indio melenudo y silencioso de los páramos, se codea con el montubio de aire desafiador y petulante, donde el chagra sudoroso y de cara congestionada, envuelto en el grueso e incómodo poncho, hace contraste con el mulato vestido de cotona y pantalón blancos, donde los sacos de papas, manchados toda vía con la tierra negra del páramo, están arrimados a los sacos de cacao, marcados con letras negras y recientes. Aquí se oyen los sonidos aflautados del rondador, arrancados por un indio borracho, rodeado de otros compañeros ebrios; allá, en una obscura taberna, bailan una danza descompasada unos cuantos negros semidesnudos, a los chillones acordes de un piano de manubrio.

Recuas de mulas que entran y salen de la población; silbidos y gritos de arrieros, martillazos en las casas de consignación al clavar los cajones que van a ser expedidos, y chillidos atronadores de una partida de loros que vuelan a gran altura oteando una sementera donde abatirse para devorarla. Un vapor que pita al salir de la balsa donde estaba amarrado; otro que pita también en la curva del río, al divisar la ciudad,, canoas y balsas que atracan o salen en medio de los gritos de los remeros. Calor tórrido, actividad febril, aire denso, pesado, que se palpa y que hace sudar a chorros, luz deslumbradora, paisaje netamente tropical; he ahí, en pocos rasgos, la descripción de la Capital de la provincia de Los Ríos, a la que acababan de llegar los dos amigos. Ambos, por primera vez en su vida, conocían una población de tierra caliente, ambos estaban habituados a la calma y silencio de las de la Sierra, por lo cual todo les era nuevo y de sabor exótico. Ambos encontraban simpática y pintoresca esa ciudad casi cosmopolita, llamada a ser con el tiempo una capital rica y civilizadas. La contemplación del paisaje que rodea a Babahoyo, produjo en los jóvenes gratas impresiones. El río de agua puras, verdosas y tranquilas, curvea majestuoso as los extremos de la población. Las orillas están cubiertas de árboles corpulentos y de palmeras de coco, cuando no de ricos plantanales y potreros y a la vera de l as ondas se levantan pintorescas haciendas de tejado de zinc y de corridas galerías. Lejos, muy lejos, hacia el Oriente, una muralla gris violado, indica las primeras cuestas de la gran cordillera.

Después de haberse sepultado el sol en medio de un prodigioso amontonamiento de nubes casi negras, franjeadas de oro, se levantó una débil brisa capaz de refrescar el caldeado ambiente. Los dos jóvenes, aligerados ya de los trajes de montar, dirigieron sus pasos, a fin de soltar las piernas maltratados por el largo viaje a caballo, por la orilla del río o Malecón; aguas arriba. Al fin de estas avenidas, y casi borrosa en la sombra, se divisaba una casa rodeada de oscuros mangos y cocoteros. Algunas luces iluminaban las ventanas y todo el edifico tenía aire de paz y de la calma de un hogar honrado y dichoso. Al verla se adivinaba que a esa hora el dueño, algún comerciante o agricultor, estaba rodeado de los suyos, descansando de las rudas faenas del día. Esa casa feliz, ese edificio que respiraba la paz de los campos, era "La Elvira", la famosa Elvira de los fastos de nuestras hecatombes civiles, donde años antes la sangre corrió a torrentes empapando el suelo que pisaban los dos jóvenes interioranos. Allí se oyó el tronido formidable de millares de disparos de rifle y de cañón; allí mil ecuatorianos vociferaron ebrios de furia por última vez, allí Jado, el

intrépido, asaltando las trincheras, pistola en mano, escribió con sangre generosa una epopeya; allí mismo, ese león negro, llamado Otamendi debió estar soberbio de ira y de crueldad, desafiando la muerte que volaba en alas de un huracán de plomo.

Salvador evocó aquella escena del 3 de Mayo de 1845, y en la imaginación reconstituyó los detalles del furioso combate. El contraste del recuerdo aquel y de la calmada noche, era completo. En lugar de los estallidos de fusiles y cañones, se escuchaba el murmullo quejumbroso del oleaje o al chapuzón del algún pez, el canto de las ranas, el de los grillos, los mil suspiros innombrados de la noche tropical; y en una habitación de la misma casa testigo del drama, las interrumpidas melodías de un piano del que se arrancaban los acordes de la “Serena” de Schubert. En vez de los fogonazos que iluminaban el aire caótico de un día de combate, la luz misteriosa fosforescente de millares de luciérnagas que volaban tranquilas por los campos; y en el confín del paisaje, detrás de los grupos sombríos de los mangos, y acompañada de plateadas nubes, se levantaba plácida la luna.

Entonces Salvador volvió a comprender lo estéril y baladí de las luchas civiles, lo inútil del sacrificio, lo vano del heroísmo que ellas engendran. Nada, se había alterado en el orden inmutable de la naturaleza. La vida, siempre la vida triunfaba de la muerte, a pesar del hombre que, enfermo de ira desde la cuna, hace esfuerzos desesperados por destruirla. La historia misma, apenas había escrito en sus páginas los nombres de tres o cuatro mártires; los demás no existían: borrados de toda página, de toda leyenda y de todo recuerdo, y aún las lágrimas que se vertieron y las coronas que se depositaban en las tumbas, se habían ya secada para siempre. Y el viento de medio siglo arrebató ya todos los átomos hacia el infinito del pasado.

III

El Chimborazo, vapor fluvial que hace la carrera entre Babahoyo y Guayaquil, dio la larga pitada de prevención. Los cargadores del muelle embarcaron presurosos los últimos sacos de cacao; los pasajeros rezagados apresuráronse a embarcarse, y el Capitán del vapor, con gorra galonada y americana con botonadura de militar, dio con seriedad extremada como si estuviera al mando de un gigante de los mares, las últimas órdenes de partida. En la cala se escuchaba una algarabía formada por los sirvientes del vapor que estivaban los fardos. De la chimenea salía a borbotones humo negro, la máquina rugía como impaciente; y al fin, a una señal del Capitán, fue soltado el cable que ataba al barco a la balsa y, poco a poco, en medio de blancas nubes de vapor escapado rugiente de las válvulas, ganó al canal.

Principiaba el reflujo de la marea que sube hasta Babahoyo, y el buque aprovechaba esta circunstancia para principiar la marcha.

Eran las ocho de la mañana. El sol brillante parecía regocijado alumbrando las aguas azules del río, el verde esmeralda de los potreros de janeiro cubiertos de vacas pintadas, y sombreados a trechos por grupos de guadúas o de árboles de copas en forma de parasol, y haciendo centellar, ya un remolino de una curva del río, ya una charca lejana. El sol de la mañana da al paisaje de la tierra caliente tonos de exquisita y discreta suavidad, sobre todo, si están a gran distancia del observador.

Una brisa fresca, cargada ya de las emanaciones marinas mezcladas a las de una tierra siempre joven, hinchaba las olas del río, movía gallardamente los grandes penachos de los cocoteros y ensayaba suspiros entre la tupida vegetación herbácea de las orillas.

Sentados en dos sillas de tijera, colocadas en la proa del vapor los dos amigos contemplaban por primera vez el admirable paisaje que iba por grados desenvolviéndose ante su admirada vista. Ambos estaban absortos, sin perder nada de los mil detalles que las naturaleza de los trópicos, generosa y fecunda, ha amontonado en esa parte del territorio ecuatoriano.

El río que en Babahoyo es más bien un canal estrecho de aguas azules, está bordeado por orillas idílicas, en las cuales la casa palacio de la hacienda de rico propietario, obra maestra de la carpintería artística, se levanta a pequeña distancia de la casa montubia, salvajemente pintoresca, con su techo de cade y galerías de cañas sombreada por mangos, aguacates, plátanos y otros árboles de pomposo follaje. El sombrío huerto de cacao, da lugar a las dehesas de janeiro, limitadas en el horizonte por bosques azulinos, cortados a trechos por tortuosos y dormidos esteros o por grupos de cañas que parecen plumajes verdes y pomposos, que emergieran de un Océano de hierbas.

Los bosquecillos de frutales de color verde negro, el tejado azulino de las haciendas, el blanco mate de los esteros y charcas, el gris claro de las cabañas ocultas a medias entre las frondas, los bosques eternos y lejanos que cierran el cuadro como en un marco de tul verdoso, las canoas esbeltas y ligeras que surcan las aguas; alguna blanca vela que asoma en una curva distante, las bandadas de garzas que vuelan perezosas sobre las charcas, las parejas de informes alcatraces que vienen desde el Océano a explorar la tierra; las humaredas parduscas de los incendios de los chaparros; el cielo nacarado que domina toda esa inmensidad sin límites; el azul turquí de algunas colinas y cerrillos que arrugan la

planicie inacabable, y, por último, el sol, ese sol propio de la tierra tropical, que baña todo con lluvia de luz mágica y acariciadora; he ahí el cuadro que se presenta desde la proa de un vapor que navega en el río Guayas; río admirable, sin rival tal vez en el mundo, por su belleza y fecundidad; río que es arteria por donde circula a torrentes la vida de un pueblo viril ¡Río Guayas! El de las orillas paradisíacas; el de las aguas fecundas, el inspirador de Olmedo, el que enloquecido a los amantes de lo bello, el que hace suspirar la nostalgia al que alguna vez navegó por sus ondas encantadas!

El vapor favorecido por la vaciante bajada rápida, espantando con los anhelosos resoplidos de la máquina a las partidas de caimanes que, perezosamente acostados en la arena de la orilla y recibiendo el sol radiante del medio día, parecían viejos troncos arrojados allí por las crecientes invernales del río.

Después de un almuerzo compuesto de potajes puramente costeños, en los que el arroz, el plátano y el pescado fresco dominaban, volvieron los jóvenes amigos a la proa. El calor era tórrido, el río centelleaba con los rayos perpendiculares de sol de medio día; las lontananzas borrosas se dibujaban como tras un sutil velo de polvo amarillento. Las orillas se separaban más y más; el bosque ralo de las orillas, perdía la pompa de las selvas del pie de la cordillera, indicando la región marítima de terreno salino y bajo. Las colinas que defienden a Guayaquil por el Norte se divisaron por fin coloreadas de azul violeta. Las llanuras inacabables perdían el verde tierno para tomar el tinte amarillo verdoso de las hierbas agostadas por la sequía de un verano sin chubascos. Las haciendas de ganado eran ya más numerosas; el cacao y el café habían ya desaparecido para dar lugar a los bosquecillos de cocoteros y de mimosas de copas abiertas y de ralo follaje. El río tomaba el aspecto de un brazo de mar, con aguas turbias y mugidoras sobre el cual volaban con cansado vuelo alcatraces de largos picos y alguna gaviota blanca. Las grandes canoas de piezas y las lanchas veleras eran ya numerosas, y costeando las orillas bajaban grandes balsas de guadúas cargadas de montones de tagua.

En “Barranco Blanco”, el río se ensancha más. El Daule le trae un inmenso contingente de aguas azules. Las orillas quedan a gran distancia del vapor que sigue afanoso la lucha con la creciente que ha principiado ya. La cordillera de Chongón, a la derecha, cubierta de árboles agostados, y a la izquierda, los cerros de Durán, indican que allí termina el último oleaje pétreo que conmovió la Costa en las épocas geológicas. Al fondo de esta antesala de cerrillos de redondas cumbres, y como saliendo de las aguas del río, asoma Guayaquil, con sus esbeltas torres, las chimeneas de las fábricas, los claros y alegres edificios, los buques amarrados a los muelles, los grandes vapores del Pacífico anclados en la mitad del río, penachos de humo negro que sale de las fábricas y vapores, grupos de palmeras entre las casas, y un sol de oro, el sol de las cuatro de la tarde que hace centellear el río, ilumina mágicamente la ciudad, las nubes, las islas poéticas de Santa y que de tintes cobrizos a la columna de humo de un gran vapor que dobla la curva más lejana del río, en viaje al Sur.

Poco a poco avanza el Chimborazo, luchando contra el oleaje fuerte producido por el “Daule” que se rompe contra “Las Peñas”, barrio pintoresco en donde están escalonadas las casas, desde la cima del cerro del mismo nombre, hasta las aguas del río. Luego asoma el Malecón, de una legua de largo, con casas lujosas, bodegas, oficinas y muelles de los pequeños vapores fluviales: hacia el Sur el esqueleto informe del muelles fiscal, el mercado de frutas, el Astillero, en fin, donde hay cerros de madera y esqueleto de buques a medio construir. Los botes, canoas y lanchas, pupulan; los remolcadores, verdaderos escarabajos, recorren el río a gran velocidad remolcando grandes lanchones. Las gentes, en la orilla, vestidas de colores claros, corren afanosas, activas, incansables, en medio de las carretas, tranvías y trenes de la Aduana que, lanzando pitadas estridentes, acarrean las mercaderías desembarcadas, a las bodegas del Fisco; cargadores semidesnudos, de constitución hercúlea, que embarcan y desembarcan grandes bultos atravesando a la carrera los pasadizos o puentes de los muelles; golpes incesantes del martillo clavando cajones de mercancías; gritos de los muchachos anunciando los diarios de la tarde; olor o cacao, a gas de alumbrado, a bodega repleta, a lodo de estanque, a sudor de una población atareada y alegre que todo lo hace a la carrera y gritando y luz, luz a torrentes luz que ciega, que emborracha, que hacer reír o que emboba. He ahí Guayaquil para los que como Luciano y Salvador la ven por vez primera desde la proa de un vapor fluvial que acaba de atracar a su muelle.

Si en Babahoyo experimentaron los dos amigos verdadera sorpresa, causada por lo anormal del paisaje y de las escenas, más todavía la experimentaron en Guayaquil, ciudad diversa en un todo de las calmadas y silenciosas poblaciones serranas.

En medio de canoas y lanchas, y lanzando por las válvulas chorros de vapor, el buque llegóse a la balsa que le servía de muelle. Una turba de cargadores, mulatos en su mayor parte robustos y bulliciosos, invadió todos los compartimientos del pequeño barco en busca de carga, y equipajes para saltarlos a la orilla.

Los dos amigos entregaron el suyo a los importunos faquines; desembarcaron en el estrecho muelle, y aturdidos con los gritos y las ofertas de los dulceros y vendedores de periódicos, se dirigieron as un hotel del Malecón. Conducidos a las respectivas habitaciones, sofocados por el calor, rendidos y estropeados, buscaron en el vaivén de las hamacas de mocora un rato de descanso y su soplo de aire que, refrescara la atmósfera de fuego.

Salvador sentía cierta invencible somnolencia, cierta disminución de la voluntad; algo como la duda de su propia existencia. Vacilaba en creer que él era el mismo Salvador Ramírez de otro tiempo. No se convencía de que estaba en Guayaquil, ciudad que siempre había creído inabordable para los hombres de iguales condiciones a las suyas. Con todo, si estaba en Guayaquil, en la ciudad de la muerte, según gama; y estaba, cosa rara, con entera confianza, como si la fiebre amarillas y esas otras enfermedades terribles de las que tanto se ocupan en la Sierra cuando hablan de la Costa, fueran desconocidas o muy leves. Estaba, pues, en Guayaquil, en la Capital de la Costa, en la ciudad soñada por todos los desheredados de la esquiva fortuna; estaba en la tierra, donde tantos otros como él habían llegado llenos de esperanzas en busca de pan, huyendo de la estéril Sierra, y encontraron sólo la muerte o una lucha más desesperada y abrumadora. Esa era la ciudad de oro, del trabajo, de la actividad; pero él, Salvador Ramírez, ¿podría alguna vez ser alguno de esos mimados de la suerte que llegan pobres y mueren ricos y considerados?....... El porvenir solo podría contestar esta pregunta, y el porvenir es una esfinge impenetrable cuando no sañuda.......

IV

Tres días pasaron los dos jóvenes en Guayaquil, y en esas horas apenas se separaron cortos instantes con motivo de los preparativos del viaje de Luciano, que debía salir en un vapor de la línea inglesa, vía de Panamá.

La despedida de los antiguos condiscípulos fue muy triste, pues ambos creyeron, por uno de esos presentimientos a que el hombre es tan propenso, no volverse a ver más. Salvador, que debía salir esa misma tarde, aprovechando la marea, para la hacienda a la que iba de mayordomo, acompañó a Luciano hasta el viejo muelle fiscal, lugar donde después de darse un largo abrazo se embarcó el provinciano en un bote en el que estaba ya amontonado el equipaje. Los remeros dieron un fuerte impulso al pequeño esquife y pronto se separó largo trecho de la orilla, en la cual quedaba Salvador de pie, los brazos cruzados y con la mirada en el bote que disminuía de tamaño. Al fin el bote acoderó al gran vapor que ya lanzaba por las dos negras chimeneas torrentes de humo. Luciano subió la escalera y desde lo alto del barco divisó a Salvador inmóvil, como quedó cuando salió el bote; sacóse el sombrero y lo agitó largo rato, sin que el amigo a quien dirigía esa postrera despedida, hiciera igual o

parecida manifestación. Comprendió entonces el joven provinciano, que el alma de Salvador vagaba por otro mundo de angustias nunca imaginadas, y sintió en los ojos algo como lágrimas que salían atropelladas, de un corazón lastimado por la desgracia ajena....

Salvador quedó, pues, largo rato en el muelle, abstraído en una visión...... El Chimborazo, el gigante de hielo, el centinela de la Sierra, asomaba como un blanco fantasma sobre un dosel de nubes de plomo.... Voló su imaginación a la ciudad natal donde estaban a esa hora, una madre miserable y casi idiota, y una hermana que buscaba talvez, en ese instante, el estipendio de la prostitución baja y embrutecedora........ Cuando se acordó del amigo, había ya desaparecido en ese pueblo flotando que estaba en medio río levantando el ansia para abandonar las aguas del Guayas y lanzarse al infinito del océano. Cabizbajo, las manos a la espalda, abandonó el muelle y se puso en camino por la calle más bulliciosa y cosmopolita de Guayaquil.

La canoa de piezas en la cual debía subir el río para trasladarse a la hacienda, estaba esperándole. Embarcó su pobre equipaje, y sin pesar abandonó Guayaquil, en donde no tuvo tiempo de adquirir una amistad, ni llevar un recuerdo. Tomó asiento bajo la estrecha e incómoda caseta en la cual debería vivir algunos días.

A favor de la marea que traía en su turbio oleaje plantas acuáticas y maderas arrancadas allá, en las islas del golfo, soltó las amarras la canoa y se abrió a medio río. La tripulación se componía de un patrón y de tres bogas, gente de mala catadura, poco comunicativa con el extranjero y díscola. Con ellos debía vivir durante tres o cuatro días en contacto íntimo, pues la estrecha embarcación no permitía otra cosa.

Cuando llegó la noche, Guayaquil quedaba ya lejos, y en un cielo de fuego, se dibujaban los perfiles de la cordillera de Chongón tras la cual se extiende la ciudad.

Alerta Rana, mira que la vuelta del Cielo está fregaá.

No hay miedo Pachay, tú no manejas el timón como esta mano. Dale duro, Corvina.

¿Oye, don Salcedo, el blanco va de mayordomo al Bejucal?

Así oigo.......... ya veremos qué hace este rubio........ ¡Más con don Fajardo!....... Diablo de zambo......

.... Oiga.......... quién le manda al blanco?

Pué........ pué....... ya no se, será talvez el dueño de la hacienda, don Velásquez.........

.... Sabrá trabajar este buen mozo.......... Estos serranos son flojos para el monte..........

Salvador recostado entre unas cajas que habían estibado dentro de la caseta, oía la conversación de los bogas que ni se cuidaban de bajar la voz.

Oye blanco, ¿quiere comer?

Bueno, tengo alguna hambre..........

Corvina, tráete pa cá, algo caliente para el blanco.

Y ustedes quieren un lapo de coñac?.......

Vaya, ya lo creo........ el coñac es la mano de Dios pa no coger fiebre en esta agua.

Salud muchachos......

La comida es común y los vasitos de coñac entablaron alguna confianza entre el pasajero y los bogas.

Y navegamos por la noche?

Sólo hasta que baje la marea. Así como principie la vaciante nos plantamos donde quiera, amarrados a un árbol.

La noche era oscurísima, apenas se veían las orillas del río informes y borrosas, y no se podía adivinar dónde principiaba el cielo y acababa la tierra. En alguna vuelta del río se divisabas alguna lucecilla que se reflejaba en las aguas negras como deben de haber sido las del caos. Era alguna cabañas, o alguna canoa que bajaba el río. A gran distancia entrevióse un instante el penacho de chispas de un vapor en viaje a Babahoyo y se oyó una pitada angustiosa y entrecortada. Hacia el oriente, algunos relámpagos silenciosos iluminaban contornos de nubes negras o de cerros desconocidos. Las aguas mugían mansamente, algún pescado grande hacía chasquear el agua con un rápido chapuzón, se escuchaba por no se dónde el balido porfiado de una vaca, y allá, muy lejos sin duda, talvez en una cabaña de carboneros, o en la solitaria casa de un vaquero, un perro ladraba con voz acompasada y monótona.

Salvador, soñoliento y ayudado de uno de los bogas, preparó un lecho improvisado, y colocó sobre él un mosquitero, indispensable para conciliar el sueño; pues las miriadas de zancudos insaciables no permiten dormir al raso ni aún a los montubios más curtidos en las inclemencias y plagas de las tierras tropicales....

Cuando Salvador despertó con los primeros albores del día, ya la canoa, amarrada la víspera a un árbol de la orilla hasta esperar la marea, estaba bogando aguas arribas, a impulso de la creciente y de los dos remos.

El nombrado Rana empuñaba como la víspera el timón, y gritó:

Ahora chiquillos, dar fuerte, que entramos al Vinces....... tú, Corvina, ajusta...... tú, Pachay...... no sea remolón.

Salvador, afuera ya de la caseta, presenciaba los esfuerzos de los bogas para subir el río..... Dobló la canoa el recodo y abandonando las aguas del Guayas, entró por la boca del Vinces, uno de los principales afluentes, a orillas del cual, y casi al pie de la cordillera, estaba la hacienda Bejucal a donde se dirigía Salvador, y as la que pertenecían la canoa y el cargamento.

V

Cuatro días duró la fatigosa navegación. Cuando la natural elevación del terreno hizo ya imposible la ayuda de la marea, el trabajo de los bogas tubo que ser redoblado. Con largos bicheros de caña que apoyaban en el fangoso lecho del río y costeando la orilla, impulsaban la pesada canoa. Este trabajo, bajo el sol ardiente, hacía sudar a chorros a los mulatos que desnudos de la cintura arriba mostraban torsos hercúleos.

Salvador durante esas eternas horas, pasó acostado bajo la cubierta de la ramada, embobado con el calor tórrido y con el monótono arullo de las aguas y los acompasados golpes de los bicheros en los bordes de la embarcación. Tres veces diarias, Rana, patrón de la canoa, le presentaba la comida compuesta del invariable arroz seco y del plátano asado al rescoldo de un fogón que sobre un cajón lleno de tierra había en la popa del pesado esquife. Cuando encontraban algún caserío o hacienda, saltaba Salvador o uno de los remeros para comprar mallorca, o algunos víveres.

El paisaje con ser tan hermoso, cansaba ya la vista. Siempre orillas cubiertas de bosquecillos inacabables, de cacao y café; plantaciones de plátano, de grandes hojas colgantes; o en las tierras inundadizas, inmensas pampas de janeiro cubiertas de ganado. Las cabañas de caña picada y cubiertas de cade, tenían más o menos el mismo aspecto, y en todas, la hamaca suspendida de los pilares de la galería sustentaba al montubio semi-desnudo y de facciones cobrizas y acentuadas. Cuando los bogas anunciaban que se iba a pasar por delante de una hacienda, Salvador abandonaba la estrecha casilla y desde la proa veía esas alegres y casi aéreas construcciones de las casa de madera, típicas en la Costa con galerías forradas de ligeras persianas y cubiertas de zinc, material que ha derrotado casi en lo absoluto a la teja y el cade. La palma de coco, el mango de follaje polícromo, los grupos

de naranjos cargados de frutas amarillas, el papayo que sustenta enormes frutas y los rústicos cenadores cubiertos por trepadoras badeas rodeaban con la pompa de follajes varios, esas pintorescas y riquísimas haciendas productivas de todos los dones que generosa brinda al hombre la naturaleza en esas regiones. A la vera de las aguas azules, y atadas a los pequeños y rústicos muelles flotantes fabricados del esponjoso palo de balsa, las canoas de varios tamaños indican que en esas regiones la ligera embarcación es indispensable. En algunos lugares, en donde la vegetación arbórea de las orillas era baja, se alcanzaba a divisar las colinas boscosas primeros escalones de la cordillera lejana.................

VI

Al fondo de una gran curva que hacía el río, se divisó al fin la hacienda del Bejucal. Por la variedad de las construcciones, que ocupaban una buena área de terreno, bien podía pasar por un pueblo. Algo retirada de la orilla arenosa y de suave pendiente, se levantaba la casa principal de dos pisos, construida con gusto artístico, toda de madera cubierta de zinc y pintada de rojo. En los tres lados del gran cuadrilátero que, a manera de plaza, rodeaba la casa del dueño se levantaban otras muchas asimismo de dos pisos y cubiertas de zinc, pero de paredes de guadua picada, como dicen los montubios a la caña partida, material; que en la Costa es una providencia para improvisar grandes o pequeñas construcciones. Estas varias casas estaban destinadas a servir de bodegas, tiendas de mercaderías surtidas, oficinas y habitaciones de empleados...... Buena parte del patio o plaza estaba ocupado por los tendales o secaderos de cacao, construidos también de la universal guadua. En la orilla del río, estrecho en ese lugar, se había construido un muelle flotante de balsa, a fin de facilitar la cargada de cacao en las canoas o de los vapores fluviales que en la época de lluvia suben hasta l a hacienda.

Algunas viejas palmas de coco, asomaban tras de las casas, y luego, sin transición, el inmenso cacaotal que cubría centenares de hectáreas con su sombra densa; cacaotal famoso en toda la región, por ser todo sembrado en líneas paralelas y no en desorden como son los bosques nativos del precioso árbol, bosques llamados por los montubios almacigales. En el Bejucal, el cacao es el rey absoluto, todo está subordinado a el y apenas algunas mangas de janeiro donde pastan las mulas destinadas a arguenar la cosecha, rompen la monotonía del bosque obscuro y de calles rigurosamente paralelas, con el alegre verde de gramíneas endebles y soleadas. Algunas cercas de cañas atadas con bejucos, defienden del atropello de los animales, algunos pedacillos de terreno en los cuales se cultiva la yuca y alguna hortaliza. El plátano, pan generoso de la tierra caliente, está lejos, en las nuevas huertas retiradas de la hacienda y empleado como sombra de los nuevos arbolillos. En las orillas del río algunos naranjo cuajados de frutas amarillas, caimitos de hojas lustrosas, mangos de copas esféricas y apretadas, zapotes frondosos y maméis de frutos rojizos, se levantan

haciendo bello contraste con la diversidad de sus follajes, de la monótona muralla de cacaoteros de troncos tortuosos y divergentes.

El Bejucal es una de las haciendas de cacao más distantes de Guayaquil, y por tanto la más cercana de la cordillera. En terrenos del fundo asoman ya las primeras lomas de pendientes suaves, cubiertas, como si fuera un altar de verdura elevado a un dios desconocido por los genios de la selva, de follajes de varios matices delicados, en los que sobresalen, como en un ramillete, los claveles y azucenas, palmas de especies, desconocidas, o las balsas de anchas y aéreas copas, y troncos rectos y blancos, dibujando netamente los contornos de las hojas en los cielos nacarados que cubren la costa.

El Bejucal necesita de un centenar de peones para cumplir las faenas que requiere la producción del cacao. El número de empleados, también es competente, todos bajo las órdenes de un Administrador, ya que el dueño, sólo una vez al año visita la hacienda.

Cuando la llegada de Salvador, el Administrador era un tal Fajardo, mulato de formas hercúleas, de manera más que groseras, de gran ignorancia en todo lo que no fuera sembrar, cultivar y cosechar cacao. De peón, merced a la salvaje energía de un carácter indomable y avesado a dominar a peones indisciplinados y capaces de cometer un crimen con la mayor frescura, ascendió al alto puesto que ocupaba en la hacienda, puesto desde el cual ejercía una autoridad sin límites sobre todos los empleados y peones. El castigo, en forma de prisión, en un cepo, el descuento de los jornales y a veces el palo, era el único código de Fajardo. La ley suprema, capricho ignorante; el capricho del mulato enorgullecido. Los empleados y peones le temían y solo por el temor podían obedecerle.

El odio al blanco, esa idiosincrasia del antiguo esclavo, estallaba con cualquier motivo; y tanto se dejaba llevar de esas pasión, que en el Bejucal todos los empleados y peones, salvo el mayordomo Gómez y tres o cuatro trabajadores, eran mulatos o verdaderos montubios descendientes de los aborígenes. Y bajo el caprichoso mando de un Administrador de ese carácter, iba Salvador a trabajar en una hacienda separada de las poblaciones, sin ninguno de los halagos de la vida civilizada, rodeado de facinerosos, que no eran otra cosa los peones; escapados, muchos de ellos, de las cárceles en donde purgaban asesinatos, robos y violencias mil. Allí iba a trabajar en faenas que nunca conoció, bajo un sol de fuego, devorado de día y de noche por los mosquitos que se ceban en carne nueva.

Desde el instante que desembarcó de la canoa que le trajo de Guayaquil, comprendió que la situación nada tenía de halagadora, y que necesitaría de una paciencia y abnegación sin

límites para no desmayar. Los empleados, agriados por una vida llena de privaciones y disgustos, hicieron al recién venido una acogida fría y ceremoniosa. Fajardo leyó con suma lentitud la carta que le traía Salvador como asertoria y presentación. Concluida la lectura, el mulato vestido de cotona y pantalón ancho de cáñamo azul, ceñida la cintura con un cinturón de cuero de serpiente del que pendía un largo machete. Collins, retrocedió algunos pasos como si estuviera sorprendido; clavó en, Salvador los ojos, velados por espesas cejas, y díjole con aire displicente.

Etá bien. Dende mañana Uté saldrá el campo con una cuadrilla. Como supongo que Ute no sabrá cosa de provecho en cacao, el guía de la cuadrilla le enseñará.......

Ya aprenderé.....

.... Si Uté cree que trabajar de agricultor es cosa fácil, está equivocao. No es lo mismo que quemarse pestaña sobre libros. ¡Qué familia!

Dios las espaldas a Salvador, caminó unos pasos, paróse en seco y gritó:

Chimbote......

Un muchacho medio desnudo, asomó.

Hola, Chimbote.... dirige a éste.... a la casa que ocupó Don Rojas.... ¿Quemaste el azufre para quitar la fiebre que dejó ese condenao, antes de irse al otro mundo?

Si quemé. Don Fajardo, contestó el muchacho, como cantando.

Bueno, llévalo pue.... Dende ahora, come con los empleados. Di a la Iguana que cuente esta nueva boca.

Salvador creía que soñaba, pues nunca se imaginó en las peores horas de desaliento, que algún día debía estar a las órdenes de un hombre como Fajardo.

Maquinalmente siguió al muchacho bautizado con el nombre de Chimbote, en marcha hacia la casa donde había muerto de fiebre, Rojas.

Llegó el muchacho delante de una pequeña casita construida sobre postes de incorruptible guayacán, con galería alta, a la cual se subía por una escalera en esqueleto. Las puertas de los dos cuartitos que contenía la casa estaban abiertas. Penetró Salvador al primero y lo encontró vacío, absolutamente vacío de muebles; pasó al segundo, creyendo que en él habría alguna mala cama o siquiera hamaca que nunca falta en la casa del más pobre montubio, y tampoco encontró nada. Paredes de caña picada, mal unidas; piso de tablas torcidas y con una gruesa capa de mugre. Del techo pendían como trofeos, una infinidad de murciélagos negros, colgados de las uñas que tienen en sus alas membranosas. Por las junturas asomaban miriadas de sucias cucarachas y por un calendario viejo, trepaba trabajosamente un alacrán....

Dime ésta es mi casa? Preguntó Salvador al muchacho.

Ya lo creo.... así manda don Fajardo.

Pero comó voy a vivir en esta cueva de sabandijas? Luego, no hay ni una silla, ni un catre, ni nada.......

Esas cosas las compra y trae el que viene a vivir........ Los muebles eran de don Rojas el mayordomo que murió con fiebre, y los compró don López.... él los tiene.

Salvador, en el pobre equipaje que trajo desde Quito, apenas tenía alguna ropa y ni una sábana o manta. ¿Cómo se arreglaría para pasar la noche que ya se anunciaba con el grito de la valdivia y el vuelo de los murciélagos que salían en bandadas de las junturas de los

techos dando chillidos? ¿Podría conciliar el sueño, tendido en el sucio pavimento, sin un mosquitero para defenderse de las nubes de mosquitos, del sucio contacto de las cucarachas y de la peligrosa compañía de alacranes y talvez culebras, huéspedes que ocupan las casas abandonadas? Y a quien ocurrir, a quien pedir un techo? Todos eran desconocidos y le habían recibido con una especie de sordo rencor. ¿Fajardo? menos; el administrador no le inspiraba ninguna confianza. Entonces se vió más abandonado que nunca, sólo, sin encontrar un rostro amigo o siquiera que demostrara bondad, o deseo de servir en algo a ese joven extranjero en su propia patria....... Y apoyado de codos en el repecho de la galería que daba al Oriente, divisó entre las nubes plomizas y pesadas un pedazo de la Sierra abrupta y dentellada, tras la cual estaban los campos idílicos de la tierra propia adurmiéndose al beso de la noche...... y sintió el corazón oprimido, y sin sentirlo casi, algunas lágrimas quemantes y suspiros incontenibles, brotaron como la manifestación más hermosa de la nostalgia.....

Por el patio delantero de la casa pasó un hombre de pequeña estatura, formas musculosas, rostro atezado por el clima y por la raza, barba negra y abundante. Salvador no lo había visto antes entre los empleados, sin duda, porque el desconocido estaba aún en las faenas del campo. Tan luego como vió al hombre, sintió en su alma cierto consuelo, algo como confianza, como simpatía misteriosa; y llevado de ese impulso inconsciente, como el del que se ahoga al buscar con las manos trémulas de angustia algún leño, llamó:

.... Hola, amigo............

El desconocido paróse, frunció el entrecejo como si tuvieras dificultad de visión, porque ya había muy poca luz, luego a pasos cortos aproximóse al pie de la galería y contestó con tono calmado y obsequioso:

Mande usted señor.....

Ramírez, para servir a usted, Salvador Ramírez, que hoy llegó recién a esta hacienda.....

A! usted es el nuevo mayordomo?

El mismo, ¿y el nombre de usted?

Roberto Gómez, ayudante del administrador.

Dígame señor Gómez, es usted serrano?

Si señor, soy de Riobamba, pero hace años que vivo en la Costa.

Me hiciera el servicio de subir un instante.

Con mucho gusto...

Ahora dígame, señor Gómez , si será posible que se pueda dormir en estos cuartos que han destinado para mí..................................

Imposible, aquí no duermen ni los puercos. Es una barbaridad dar esta pocilga a un recién venido........... Aquí falta todo y lo peor que esto está infestado.......

Y ahora qué hago?.........

Una cosa muy sencilla. Vamos a mi casa. Allí siquiera, aunque no una gran cama, tendrá un toldo para defenderse de los mosquitos.

Pero es molestar a usted.

No es molestia sino un gusto servir a los paisanos, pues, lo somos todos los de la Sierra. Bueno carguemos su equipaje y andando.........

Consuelo tenemos un paisano, gritó Gómez desde la escalera de la casita que él ocupaba, casi junto a la del administrador.

Como la noche había cerrado, en uno de los pilares estaba encendido un farol, y la luz de él, en una hamaca se mecía una mujer vestida de blanco, la cual al oír la frase de Roberto, se incorporó rápidamente abandonando la hamaca.

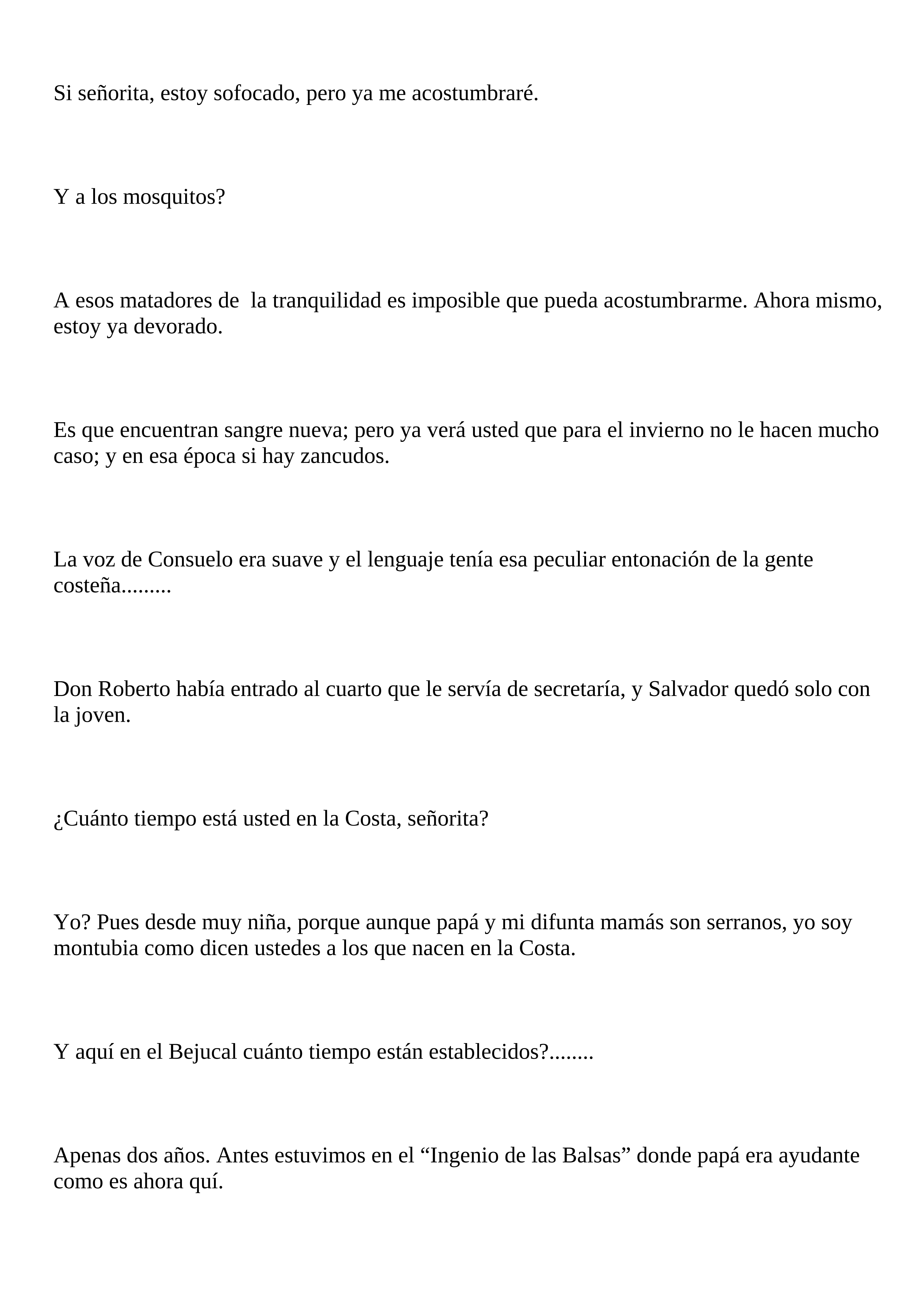
Hija, aquí te traigo un paisano, el señor Ramírez, que viene de Quito para desempeñar el cargo de mayordomo en la hacienda.

Salvador sombrero en mano, acercóse donde la joven y saludó ceremoniosamente.......

Bueno, ya nos conocemos dijo don Roberto; ahora es necesario que prepares en el cuartito de la grada, una cama para el señor Ramírez, pues no tiene donde dormir esta noche. ¡Querer que duerma en la casa que habitaba Rojas!........ Pero, antes de irte a preparar la cama, traénos un trago, porque usted, paisano, sabe que en “tierra caliente aguardiente”, como decimos en la Sierra.

Salvador en tanto, examinaba como al descuido a la muchacha y la encontró bonita. Tenía Un tipo interesante; y la floja bata de gaza blanca que llevaba, hacia hermoso contraste con los cabellos negros anudados en moño sobre la nuca, y los ojos grandísimos, también de pupila negra sombreados por pestañas largas y voluptuosamente arriscadas. El cutis era de un tinte amarfilado como lo es siempre el de la raza blanca en los climas ardientes. Sin sentirlo, Salvador forjóse en un instante una novel para el porvenir, y tuvo presentimiento de que esa muchacha algún día desempeñaría importante papel en su existencia.

Usted sentiría sin duda mucho calor, preguntóle la joven que, después de traer el mallorca, volvió a la hamaca.



Si señorita, estoy sofocado, pero ya me acostumbraré.

Y a los mosquitos?

A esos matadores de la tranquilidad es imposible que pueda acostumbrarme. Ahora mismo, estoy ya devorado.

Es que encuentran sangre nueva; pero ya verá usted que para el invierno no le hacen mucho caso; y en esa época si hay zancudos.

La voz de Consuelo era suave y el lenguaje tenía esa peculiar entonación de la gente costeña.........

Don Roberto había entrado al cuarto que le servía de secretaría, y Salvador quedó solo con la joven.

¿Cuánto tiempo está usted en la Costa, señorita?

Yo? Pues desde muy niña, porque aunque papá y mi difunta mamás son serranos, yo soy montubia como dicen ustedes a los que nacen en la Costa.

Y aquí en el Bejucal cuánto tiempo están establecidos?........

Apenas dos años. Antes estuvimos en el “Ingenio de las Balsas” donde papá era ayudante como es ahora quí.

Y usted, señorita, se acostumbra a vivir en estos campos sin sociedad alguna? Porque, supongo, que aquí no habrá nadie con quien conversar un rato de cosas nacionales.

Yo estoy contenta en donde está papá....... pero le diré que en esta hacienda la vida es muy triste. Los peones son muy altaneros y malos, y los otros empleados muy tercos......

Algo más conversaron los dos jóvenes, contentos al parecer de haberse conocido.

Consuelo que no tenía en la hacienda con quien hablar, pues las otras mujeres eran montubias rústicas y groseras, encontró a Salvador muy educado, cortés y de conversación muy interesante.

Salvador olvidó las lágrimas de la tarde y ya no le pareció el Bejucal un infierno en el cual debería desesperarse un santo; algo había de bueno, y ese bueno, eran don Roberto y su hija.

Usted, don Salvador, debe ya tener sueño y es necesario dormir, porque mañana hay que trabajar desde la madrugada. Vamos, pues, al cuarto, dijo don Roberto, pareciendo en el dintel de la secretaria con una vela en la mano. Despidióse Salvador de su nueva amiga y siguió a Gómez.

El cuartito era una jaula coquetona y aunque de tabiques de caña partida y piso de tabla, como todos los de la hacienda destinados a los empleados, tenía un aspecto decente y pulcro. De las paredes estaban suspendidos algunos grabados de periódicos ilustrados, dos o tres fotografías de personas desconocidas para Salvador, y una Virgen de la Silla, pintada al óleo, por un discípulo de Salas. El lecho de hierro con sábanas blanquísimas y una sobrecama de algodón, blanca también, asomaba entre el amplio y vaporozo mosquitero de gaza. Media docena de sillas de bejuco llamadas de Viena, un canapé de la misma clase y un lavatorio de hierro blanco colocado sobre un trípode de fundición, completaban el mobiliario de la habitación de Consuelo, ahora destinada a albergar al joven quiteño.........

Salvador, cansado, se metió en el lecho teniendo cuidado de cerrar perfectamente el mosquitero. Antes de dormirse, acarició en su fantasía excitada por el calor de la noche y

los tragos de mallorca, la imagen de Consuelo vestida de blanco como una desposada..... y luego se durmió con un sueño de plomo, acariciado por los mil ruidos de la noche tropical.

VII

El canto de las colembas y de los olleros en el cacaotal vecino, saluda al nuevo día que asoma en el oriente rompiendo las parduscas brumas que envuelven a medias la cordillera azul. Algunos girones de nieblas blancas como pedazos de gasa de alguna ninfa de los bosques, se enredan en las cimas de las cercanas lomas cubiertas de árboles.

Al patio inmenso de la hacienda van llegando los empleados y peones para correr lista delante de la secretarias, en la cual Fajardo y Gómez, sentados delante de una mesa van anotando en los registros a todos los que dan el nombre.

Los empleados y mayordomos vestidos del clásico traje montubio compuesto de cotona y pantalón de cáñamo, polainas de hule, sombrero machito de paja y el gran machete a la cintura, recorren el patio metiéndose entre los grupos de peones, para confrontar las listas y dar órdenes. Los trabajadores vestidos con una indumentaria igual a la de los empleados, llevando en la mano de garabato, y el machete Collins, instrumento universal de la agricultura costeña, se agrupan en la respectiva cuadrilla; algunos afilan en las piedras de asperón que hay delante de la oficina la herramienta que volvió bronca la víspera. Todos llevan suspendidas de la mano izquierda o a la espalda las corvas, especie de recio calzado de suela, con el cual defienden el pie de la mordedura de la serpiente o del agudo espino oculto entre la maleza.

Salvador, que ha madrugado, está de pie en la puerta de la oficina esperando órdenes, pues no sabe el trabajo a que le destinaron, y le coge de nuevo el movimiento de mayordomos y peones y la jerga que emplean unos y otros para designar los objetos o las faenas.

Al fin Fajardo abandona la oficina y llama.

Rana!.......

El peón así bautizado, conocido ya de Salvador, acude.

Oyes Rana....... Tú vas de guía de la cuadrilla que va con el nuevo mayordomo......... Como no sabe ná de campo, tú le enseñarás.

A donde vamos?

Pué, a la socola de Sabaneta, y cuidao ese trabajo lo hagan mal, que estos ojos lo verán. Qué familia!

Luego, repicó reciamente una gran campanilla: era la señal de marcha. Cada cuadrilla tomó la dirección señalada, y desaparecieron todos en el sombrío cacaotal.

Ahora, paisano, dijo Gómez, vamos a almorzar a la carrerita, porque a las ocho todo el mundo debe estar dándole duro con el machete.

Salvador fue al comedor de los empleados. Todos estaban allí sentados a la mesa devorando el almuerzo, compuesto del eterno arroz seco, de yucas y plátanos cocidos, un trozo de carne y unas taza de café con leche.

Ahora, niños, dijo Fajardo poniéndose en pie, y encendiendo un cigarro negro y larguísimo, a caballo, que hay que hacer.

Los caballos y mulas estaban ensillados y atados a una cerca de alambre de púas. Cada mayordomo cabalgó en la suya y salieron.

Gómez acompañaba a Salvador para dejarle en el sitio donde trabajaba la cuadrilla de Rana.

Entraron en el cacaotal interminable, en el que no era raro se extraviaran los mismos montubios, porque la semejanza de esas calles inacabables, sombreadas por el tupido follaje de los árboles, y con el suelo cubierto de una capa de hojas muertas, no deja señal alguna. Después de largo rato de trotar por el cacaotal, con el cuerpo inclinado sobre el cuello del caballo, a causa de las ramas entretejidas, desembocaron en una inmensa llanura cubierta de gramalote, pero vacía de árboles. Al extremo de la gran pampa se divisaba una faja de negro bosque.

Allí está la cuadrillas de usted, dijo Gómez, y para llegar hay necesidad de conocer mucho la pampa, porque hay muchas fosas bien profundas.

Dígame, amigo, en estos lugares habrá muchas culebras?

¿Culebras? Ya lo creo, las hay muy buenas. Lástimas que usted haya salido sin polainas.

Luego hay peligro, preguntó Salvador con la curiosidad miedosa de los serranos.

Si lo hay, y en todos los años tenemos algunos peones mordidos, y no es raro que alguno muera....

Como mediaba el verano, la pampa estaba seca, y se podía cruzarla sin peligro de hundirse en los pantanos.

Llegaron al linde del bosque. La selva tropical en toda su salvaje belleza estaba allí. La tierra fecundada por el sol y la lluvia tenía furia creadora. El matapalo informe, de troncos múltiples soldados en uno solo, la palma real, el inmenso ceibo, la balsa de copa horizontal como la de los pinos de Italia, y mil árboles más, desconocidos para Salvador, todos de dimensiones monstruosas, desacostumbradas en la sierra, estaban allí afanosos por vivir, por crecer, por multiplicarse, tomando por asalto el poco de luz que divisaban entre las gigantescas copas de los reyes del bosque. Y en el suelo, en los troncos, en las ramas, otras plantas de hojas inmensas crecían, se enredaban, se aferraban con furia de vida y lujo de verdor: Los bejucos y enredaderas, trepaban por todas partes como serpientes,

enroscándose a todas las anfractuosidades de los troncos, las manchas de cañas o guadúas de tallos rectos y magníficos y de follaje aéreo, rompían la monotonía del bosque de troncos enormes y ramas tortuosas...........

La cuadrilla, socolaba al monte. Al rápido golpe de los afilados machetes, manejados por brazos incansables caían los helechos, los arbolillos, los matorrales y los bejucos que el ser separados de la fecunda tierra quedaban balanceándose, suspendidos de los árboles como las rotas cuerdas de un navío.

Rana animaba con frecuentes incitativas a los peones, que sudando a chorros habían ya empapado la delgada ropa de trabajo. Salvador sin desmontarse de la mula, por temor a las culebras, las que no eran un mito, pues dos o tres habían sido muertas por los peones, contemplada nada más, el trabajo de sus gentes, porque no tenía idea de la bondad de una socola. Su imaginación volaba a otras tierras, a otros paisajes, a otras escenas; a las de la infancia en la ciudad natal, y principió a sentir en su alma los asaltos de la nostalgias. ¡Fenómenos del corazón humano! Tenía nostalgia de una vida llena de privaciones y de pesares! El recuerdo de Consuelo animó un tanto el cuadro sombrío, y la esperanza de ver a la muchacha después de pocas horas, dibujó en sus labios una imperceptible sonrisa.............

Cuidado con las avispas, gritó Rana, sacando a Salvador de su ensimismamiento. Fue tarde el aviso; una nube de avispas alborotadas por un imprudente, se abatió sobre los trabajadores. Salvador, apenas tuvo tiempo de esconder la cara, pero en la cabeza y en el cuello recibió varias picaduras de los venenosos animales. Casi todos los peones lamentaban también la invasión.

Los dolores vinieron luego, acompañados de destemples y calentura. La hinchazón de las partes donde habían internado las avispas su envenenado aguijón, tomaron tintes purpúreos. Salvador, desesperado con los ardores y la comezón, sintió una rabia ciega contra el clima que crea esos bichos infames, y en vano solicitó de los peones algún remedio o calmante.

Aquí, blanco, el único remedio es tener paciencia, porque no hay con qué calmar, en faltando alcohol. En la hacienda se curará Ud...................

Ya avanzada la tarde, Rana, previa consulta con Salvador, levantó del trabajo la gente, para dirigirse a la hacienda de la cual estaban separados por una distancia que requería más de

una hora para recorrerla. Como el nuevo mayordomo no conocía el camino, tuvo que hacerlo al paso de los peones y cuando el sol se ocultaba entre nubes rojas y negras y principiaba el canto de las lechuzas y el chillido de los murciélagos. Salvador, temblando, con la fiebre causada por las avispas, desmontóse delante de la casa de Gómez, ya que no había tenido tiempo de asear y amoblar la casita que fue de Rojas.

VIII

Pasaban los días y Salvador no podía arreglar la casita y seguía ocupando en la de Gómez el cuarto de Consuelo. La falta de tiempo y la de dinero, eran dos causas poderosas para ello, pero también había que convenir en la amistosa porfía de don Roberto que varias veces dijo a Salvador:

Por qué su afán de ir a ocupar esa casa sucia? Acaso le estamos sacando a usted de la nuestra? Ya vé, aquí tenemos más espacio del que necesitamos Consuelo y yo, y luego usted viene sólo a dormir. Y francamente estamos contentos con tener una persona educada con quien hablar, pues ya le consta a usted, amigo Salvador, que las gentes de aquí son intratables........

Salvador no se hizo de rogar, pero creyó necesario hacer un reparo a don Roberto.

Oiga, don Roberto, usted sabe lo que es la calumnia y el que vivamos bajo un mismo techo con Consuelo, puede dar lugar a habladurías y nunca quisiera ser yo..........

Déjese de historias. No me importa lo que digan, y más, todos éstos que viven mal; pues sabrá que en estas haciendas, raro es el que vive con su mujer legítima....

Entonces haremos una cosa ya que usted bondadosamente no permite mi salida de esta casa. Pagaré una mensualidad para lavadora de ropa, etc.

Bueno, lo que usted guste y sólo para que no sufra su delicadeza.

Además, le diré a usted en confianza, ya que usted y Consuelo han sabido inspirámela; la vida aquí para un interiorano es muy amarga, y sin ustedes la mía fuera insoportable; porque yo no sé qué ojeriza me tienen el administrador y los otros empleados; hacen lo posible por despecharme, y es necesario tener la paciencia de Job para aguantar las groserías de esos tipos......

Paciencia; usted poco a poco se hará a las armas, y ya verá como se arreglas uno a todo. ¡Si yo le contara lo que he sufrido en esa tierra!..................

Las faenas de la hacienda en esa época del año, requerían, para ser fructuosas, el redoblado trabajo de mayordomos y peones. Varias cuadrillas de trabajadores se ocupaban en limpiar los cacaotales, podar los árboles y preparar así una abundante cosecha de la preciosa almendra. Otras picaban las mangas, es decir, cortaban en los potreros de janeiro, toda la vegetación adventicia. Por último, la cuadrilla de Salvador guiada por Rana, había para entonces concluido la socola de cien cuadras de bosque, y principiaba la tumba o corte de los árboles que, por sus dimensiones colosales, no árboles que, por sus dimensiones colosales, no habían caído al filo del machete. Veinte robustos montubios, armados de afiliadas hachas Collins, echaban al suelo en cada obrada un gran pedazo de bosque. Los matapalos, las balsas, los ceibos, las palmeras, orgullo de la selva en la cual dominaron durante siglos, caían al suelo aplastando con su mole a los arbolillos y resalvas. El campo presentaba el aspecto informe de una ciudad destruida por un terremoto. Troncos inmensos, ramas destrozadas, amontonadas al acaso, algunos árboles todavía en pie, pero mutilados, con las antiguas ramas tronchadas, de las cuales cuelgan como rotas cuerdas de un mástil de buque desmantelado por la tormenta, lianas y enredaderas. Las copas de los grandes árboles parecen rotas columnas de un templo que ha perdido la cúpula.

Al finalizar Octubre, las cien cuadras de bosque, estaban convertidas en un campo yermo de ramas y hojas secadas por el sol implacable del océano. La incansable tierra hacia brotar entre la confusa mole de troncos algunas enredaderas que manchaban con el tierno verde de las hojas, el pardo de las agrietadas cortezas. El bijao asomaba también trabajosamente bajo la informe res de ramas secas y calcinadas. El verde oscuro y la frescura de la selva hacían grato contraste con el grisáceo campo del desbosque.

Salvador, aún cuando en su vida había manejado una herramienta, quiso aprender prácticamente el uso del machete, instrumento universal de la agricultura costeña. Sus manos pequeñas y delicadas pronto se cubrieron de ampollas dolorosas que manaban sangre. Y bajo un sol de plomo, rodeado de una nube de mosquitos, asediado de miriadas de hormigas, con el temor de las culebras venenosas, trabajosamente, acezando de fatiga y cubierto de sudor que le empapada de delgada ropa de algodón, podía a duras penas hacer un trabajo pequeñísimo, en medio de las chanzonetas, algunas veces groseras de los peones que no comprendían otra superioridad sino la de la fuerza y la destreza. El amor propio exaltado hizo el prodigio de que a las dos o tres semanas de dolorosos ensayos, pudiera el joven manejar el machete con cierto desembarazo, recibiendo por esto los parabienes de Rana.

Las tardes, abrasado de sed, molido de cansancio, con la ropa mojada por el sudor del día, con las manos y rostro acribillados por las picaduras de los zancudos o de las avispas, y teniendo el alma casi desesperada, porque veía un porvenir de fatigas horribles y sin recompensas, regresaba a la haciendas en donde le esperaba el ceño adusto del administrador y la displicencia de los otros empleados.

¿Y cuál la compensación de esas fatigas?, cuál el lenitivo para esos eternos días de miseria? En dónde estaba la poesía del trabajo tan cantada por los poetas que nunca lo conocieron? Sería en un escritorio, cómodamente sentados, a cubierto de la intemperie y explicando en bellos versos penalidades que nunca las sintieron?

Salvador veía que la vida de mayordomo en esa hacienda, era una prisión sin esperanza de libertad, en embrutecimiento del espíritu, una lucha sin tregua contra el clima, los bichos venenosos y los hombres.

El administrador Fajardo no perdía ocasión de mostrar al nuevo mayordomo inquina o antipatía. Un retardo a la lista, una faena interrumpida durante algunos minutos para dar descanso as la gente de la cuadrilla, el justo temor a las culebras, bastaban para un reprimenda grosera ya que no hiriente. Salvador, a duras penas, aguantaba la insolencia del administrador, pero un día no pudo hacer lo mismo con otro empleado, que como insulto, lanzóle a la cara el apodo de serrano.

Oiga, majadero, le contestó, debe saber usted, que si vuelve a insultarme, le abro de un machetazo. Los serranos no somos aguantadores de insultos de monos ¿Comprende?

Gómez y su hija eran los únicos que estaban de parte de Salvador. Los peones, a excepción de Rana, con el ejemplo del administrador y de los otros empleados, eran otros tantos enemigos gratuitos, llenos de ese odio profundo del negro o mulato al blanco, antiguo amo que desgarró sus carnes a látigos.

Las tardes, cuando concluían los trabajos, subía a la casa de Gómez, meditabundo, triste y, a veces, desesperado. El ayudante, en vano trataba de darle ánimo, de pedirle paciencia, contándole los propios sufrimientos, superiores, según decía, a los de Salvador. Consuelo, que entonces principiaba a sentir ciertas simpatía por el joven quiteño, hacia lujo de prudencia y de buena voluntad para servirle, y conseguía calmarla un tanto.

Usted, don Salvador, es muy renegado, decíale una tarde don Roberto; no hay motivo para tanto berrinche y despecho. ¿Fajardo es grosero y malo? Bueno, concedo; pero al fin y al cabo, usted está sólo, sin familia, y por tanto, sin deberes; y cualquier día puede salir de aquí y buscar en otra parte una mejor colocación. ¡Qué dijera usted si lo tocara una suerte como la mía!

No veo que sea una ganga estar aquí bajo las órdenes de un zambo estúpido y grosero y teniendo por compañeros o verdaderos forajidos, ¡y este clima infernal! Y los zancudos! Luego, un sueldo miserable del que no se puede guardar ni un real para caso de una enfermedad o la pérdida del empleo!

Pero, amigo, recién principia usted y quiere tener fortuna y sueldos gordos! Eso es muy difícil, aún aquí en la Costa que tiene fama de ser riquísima. Sabe, yo estoy por estas tierras cerca de quince años, ¿cuál es mi sueldo?, ¿cuánto tengo guardado? Nada; y me considero feliz teniendo un empleo bueno o malo; peor es no tener ninguno y andarse tras una pobre peseta para almorzar, como a mí me ha pasado más de una vez.

A propósito, usted nunca me ha contado las causa por la cual se vino por estos infiernos.

¿La causa? La pobreza. Y de esta pobreza? El robo que me hicieron en la Sierra. Yo heredé de mis padres una fortunilla regular. Tenía un fundito y una casa en Riobamba. Con esto, aunque pobre, seguía tirando la vida. La codicia me empujó a meterme en el comercio.

¡Veía a tantos otros que por ese medio había llegado a ricos! Vendí el fundito en cinco mil pesos y aporté esta suma íntegra a una sociedad comercial que debía girar con el nombre de "Gómez & Zuluaga", pues éste era el apellido de mi socio, hombre, según gama, muy versado en negocios y honradísimo. El primer año ganamos alguna cosa, lo suficiente para forjarme sueños de millonario. Queriendo aumentar el negocio, contrajo fuertes créditos las sociedad. Yo descansaba en mi socio, confiado en su honradez y destreza, cuando el día menos pensado, desapareció ese llevándose cuanto pudo, y cayeron sobre mí los acreedores de la sociedad, me remataron la casa y me vía en la calle! Sí señor, en la calle, y con mujer y tres hijos! Y ese infame Zuluaga era devoto y cofrade del Rosario! ¡Tengo unas rabia cuando me acuerdo de ese pícaro que fue a morir, según supe en Chorrillos a manos de un gringo al que quiso trampear en el juego!

Sin tener en Riobamba en qué ocuparme y conseguir un real para mi familia, resolví venir a la Costa que nos pinta tan rica. Un día cargué con mujer e hijos, ¡y a Guayaquil! Allí, después de mil amarguras, conseguí un empleíto en la Aduana, con cuarenta pesos mensuales; y viva usted con familia teniendo semejante sueldo! Por haber un día pesquisado un contrabando de cacao, exigí me pagaran la prima que me asignaba la ley, y como el contrabandista era un personaje de campanillas, me botaron del empleo. Me hice entonces buhonero, recorrí media Costa cargado de baratijas y trapos; el negocio progresaba un tanto y podía mandar a mi familia algún dinero. Una noche, en el río Daule, asaltaron mi canoa y me dejaron limpio.

Volví a verme en la miseria, en una ciudad donde la vida es tan costosa, y con cinco bocas que mantener. Después de muchos días cender a los oficios más bajos para no morir de hambre, conseguí ser cender a los oficios más bajos para no morir de hambre, conseguí ser empleado en la pulpería de un italiano enriquecido a fuerza de avaricias y de vanidad. No puede usted figurarse, don Salvador, lo que sufrí con ese hombre grosero y tacaño, para el cual el único pensamiento era el dinero. Tenía yo que matarme, como se dice, para ganar un sueldo miserable; pues, si faltaba al almacén por enfermedad o por cualquiera otra causa legal el patrón descontábame escrupulosamente el sueldo. Estando allí empleado, caímos todos los de la familia enfermos con la fiebre amarilla, que agotó entonces Guayaquil. Yo agonizaba en una cama y en otra mi mujer y mis hijitos, agrupados en masa informe, se debatían al rigor de ese espantosos mal. La autoridad nos trasladó al Hospital. ¿Conoce usted el Hospital? ¿No¿ Pues nada hay más horrible que ese edificio viejo, sucio plagado de bichos, donde agonizaban entonces quinientos enfermos. Yo por desgracia mejoré; pero mi pobre mujer y dos de mis hijitos; Carlos Y Luis, habían muerto. Consuelo salvó también. Ahora, haciendo un paréntesis, ¿comprende usted, una Provincias que mata los niños, después de una larga y dolorosa agonía?....... Consuelo tenía pocos años. Unas señoras de corazón de oro, condolidas de mi situación, se hicieron cargo de la niña para educarlas, y yo volví par buscar trabajo, pues, el italiano no quiso ocuparme más, a pretexto de que yo estaba débil! Con la enfermedad, en efecto, quedé muchos días casi inútil para el trabajo. Con todo, tambaleando como borracho, andaba todo el día bajo un sol de fuego, de corredor de varios almacenes. Algunos días ganaba dos o tres sucres, pero los más, ni un

centavo........ ¡Qué vida esa, mi querido don Salvador! Dormía en una casa de la Sabana, en la cual se albergaban unos cuantos borrachos y rateros, comía en fogones de chinos que es lo último en el escalón de los tugurios.

Renegado ya de esas vida, pensé hasta en el suicidio. Felizmente supe que en el Ingenio de las Balsas, necesitaban un mayordomo. Debe saber usted que en esa hacienda con dificultad conseguían empleados: el clima endemoniado aniquila allí en poto tiempo al hombre más robusto. Mi situación era tan lamentable que no vacilé ni un instante. Vime, pues, de mayordomo en esa gran hacienda ¿Ud, no conoce un Ingenio? Pues, si no conoce, es imposible que pueda imaginar lo que es el trabajo de esa pobre máquina llamada hombre, de la cual si se quiere sacar con el menor gasto posible, la mayor utilidad. En la zafra, a las dos de la mañana, está ya rugiendo el pito de vapor, convocando a los obreros de la fábrica, y desde esa hora hasta las nueve o diez de la noche, esos pobres diablos, casi desnudos y al rescoldo de las calderas y en medio de las nubes de ardiente vapor de las pailas de conocimiento, ven pasar los días sin descanso, sin reposo alguno, con el aguardiente por consuelo y con la tisis o la parálisis por esperanza. Allí hay que olvidar el sueño, el reposo, la familia, todo. La vista en los manómetros y las manos en las llaves del vapor, y cuenta con un descuido, que puede arruinar una máquina o destruir la fábrica entera! Y allí está el ingeniero, un gringo endiablado que no se duerme y vigila todo, y descuenta el día del pago las horas que no se pudo trabajar. ¡Bueno, ahora vaya usted al campo! Aquí siquiera trabajamos bajo la sombra del cacaotal, allá en los Ingenios, corta caña y caña, de seis a seis, bajo un sol de sacar ampollas al cutis. Luego, en el invierno, todo se va a pique y se vive con la ropa chorreando, y se trabaja con el aguas en media pierna, y el mosquito que le vuelve a un loco, la culebra que abunda guindaba en la caña, huyendo del agua y de las plagas de todo género. ¿Y las enfermedades? ¡qué los fríos, qué la perniciosa, qué los tétanos, qué la sarna! Todo el mundo está enfermo allí: el color amarillo, sin hambre, sin sueño. ¡Caramba, la gente que se tragan los Ingenios! Le digo a usted, don Salvador, que da pena ver llegar partidas de chagras de la Sierra, robustos y contentos, alucinados con el buen jornal, y verles a algunos después, macilentos, tristes, inutilizados para el trabajo ir a Guayaquil a morir en el hospital, o gastar allí hasta el último centavo que ahorraron a fuerza de trabajo y economías, y regresar, a fin, a la choza de su tierra, enfermos e inutilizados para siempre. Le aseguro que yo, yo, ¿comprende? He llorado algunas veces viendo esas lástimas! En los dos años que serví en “Las Balsas” se murió un mundo de gente! Sólo mayordomos perdimos siete. ¿Qué le parece? De repente, a media noche, estando durmiendo como muerto, después de un día de fatiga, pitaca de alarma; Todo la gente afuera...... Fulano, dice el administrador, ¿ve usted ese resplandor allá? Pues vaya a ver si es incendio en los canteros de caña o en el monte, pero ya, vivo! Y a esa hora hay que volar a extinguir un incendio que está a más de una legua de la fábrica, ¡Esa no es vida! Verdad que pagan buenos sueldos y jornales, pero allí se juega la vida a diario! Ese Bejucal, amigo mío, es un paraíso, y eso que el administrador es una calamidad y los peones unos bandidos...... A los dos años de trabajo tuve que abandonar el Ingenio, porque me moría con paludismo. Entonces vine acá, traído por el señor Velásquez, que es un buen caballero; y a decir verdad, amigo mío, estoy si no contento, a lo menos resignado. Lo que me preocupa aquí, le diré en confianza, es el porvenir de Consuelo, pues, en estos desiertos, y rodeado de montubios ignorantes y corrompidos, mi pobre hija es un contrasentido. Por

eso trabajo con tanta paciencia y abnegación, quiero hacer un capitalito y sacar a mi hija de estos montes. Ahora, mi querido don Salvador, tomemos una copa de mallorca para irnos a dormir.

Salvador, a solas ya en su cuartito, meditó largo en la historia de don Roberto, y en vez de servirle de provecho la lección, la paciencia y constancia del ayudante, parecióle una epopeya de la desgracia humana y vinícola la eterna pregunta, siempre sin respuesta: "Por qué ese hombre honrado, probo, bondadoso, digno de la felicidad, había sido víctima de todas las infamias, de todos los sinsabores de la vida?, ¿por qué después de una lucha sin tregua, estaba aún clavado en la silla del tormento diario, esperando una fortuna imposible?......." Luego recordó a Consuelo, abnegada, verdadero ángel tulera de ese viejo, único eslabón que ataba una alma desesperada al mundo, único resorte que movía la voluntad de ese heroico soldado del trabajo. Y admitió a ese joven huérfana que pasaba una vida de privaciones y sacrificios, sin chistar la leve queja, contenta con un palabra cariñosa del viejo Gómez! Y en el sueño de esa noche soño en Consuelo, vestida de blanco, que pálida de emoción se dirigía a un altar, llevada por un hombre que no era Salvador Ramírez y tuvo en el sueño una ira salvaje, contra ese desconocido que resultó al fin ser el zambo Fajardo, administrador del Bejucal!

IX

Con la navidad de aquel año coincidieron las primeras lluvias del invierno. El verano había agostado los potreros y muchos árboles de los bosques estaban desnudos de hojas y cubiertos de grandes flores. La tierra arcillosa de los pantanos o sartanejales, como los llamaban los montubios, abrasada por los soles de un larguísimo verano, mostraba grietas enormes. Los insectos eran raros, y aún las mismas aves habían callado, como enmudecidas por esa temperatura ardiente y seca. Los cacaotales perdían la lozana vegetación y, algunos resalvos nuevos se inclinaban marchitos. El aire cubierto de humo de las rozas, tomaba un color plomizo entre el cual se veía al sol rojo y sin rayos. Las noches eran espléndidas, ni una nube cubría al cielo estrellado, y del lado de la Costa soplaba un vientecillo fresco, cargado de aromas acres y salinos. En varios lugares del horizonte los vivos resplandores del cielo indicaban los incendios de los grandes desbosques de aquel año.

Hombres, animales y plantas parecían ansiosos de frescura. En el lado de la cordillera se formaban ya grandes nublados, y las tardes se oían confusamente los tronidos de tempestades lejanas. Por el lado del mar un día aparecieron inmensas nubes, compactas, plomizas, con recortes caprichosos vivamente iluminados por el sol, eran los gigantes de agua, precursores de lluvias inmediatas y torrenciales. Al caer la tarde, los gigantes habían invadido con sus plomizas moles todo el cielo. El relámpago aclaró vivamente

profundidades misteriosas de esos antros de vapor; el trueno resonó sordo; un viento huracanado agitó los bosques, derrumbando algunos viejos monumentos de la selva, y un torrente de agua que se anunciaba como redobles de un tambor inmenso, al golpear las hojas de millones de árboles, cayó sobre Bejucal y en toda esa inmensa región.

Don Roberto, que, apoyado en el pasamano de la casa, seguía ansioso las fases del aguacero, dijo, dirigiéndose a Salvador:

Buen año, cuando llueve en Navidad! El carguío del cacao será superior, y no se pasmará, si llueve en Febrero, por carnaval ¡Caramba! Para los desmontes de arroz este aguacero es de pipiripao.

Cree usted entonces, que será éste un buen año para las siembras?

Come me oye. Ya era tiempo de llover, pues, hasta las mangas estaban de echarles fuego. Lo malo que el invierno, bueno para las gentes.

Por qué

Pues, por las fiebres, por las disenterías por mi plagas. Ya verá usted lo que se llama mosquitos! Hay la manta blanca, el mata perro, la arenilla y otras calamidades que no dejan en paz ni de día ni de noche. Pero en fin, con tal que llueva....

Llovió toda la noche. La mañana fresca y saturad de humedad, rayó por las nubes escarmenadas que velaban la cordillera. La naturaleza toda, como rejuvenecida por el agua, sangre de la tierra, ostentaba las galas de sus plantas resucitadas y verdes con algunas horas de lluvia. Mil pájaros entonaron la canción de la vida y nubes de mariposas y libélulas de colores ardientes vibraron en medio de un ambiente perfumado por las flores de los bosques. Era el despertar de la vida después del sopor causado por el verano ardiente y sin lluvias.

Pocos días después del primer aguacero, el paisaje cambió de aspecto como una decoración teatral. La tonalidad amarilla o grisácea que mostraban los bosques y praderas al finalizar la estación seca, convirtóse en un baño verde espléndido. Arboles, arbustos y hierbas, musgos y orquídeas eran verdes, pero de un verde imposible de imaginar nunca en las cordilleras. Los árboles agostados se cubrieron, como por arte de magia, de pomposo follaje, y las enredaderas escalaron los troncos viejos para vestirlos d riquísima túnica de verdura. El río cristalino y manso, vióse estrecho en el cauce de arcillas y derramóse por las pampas depositando en ellas el limo fecundo acarreado desde las lejanas serranías.

Grandes bandadas de garzas y de otras aves acuáticas tomaron posesión de las lagunas y esteros, animando con sus gozosos graznidos y al revolar de las blancas alas, el silencio de las pampas mustias y solitarias. El carpintero incansable atacaba con su pico diminuto los troncos viejos para labrarse el nido, y los negros garrapateros, bulliciosos y confiados, invadían las mangas para dedicarse a la utilísima faena que les encargó la sabia naturaleza.

¡Campos de la Costa! Cuán maravillosos sois en la época de las lluvias! Cuánta poesía y grandeza encierran esos bosques infinitos y esas llanuras de esmeralda! Pero esa misma potencia que fecunda en una noche la semilla confiada a la tierras, esa misma lujuria que hace crecer las plantas a la vista del hombre y cubre de un cortinaje de inmensas hojas un árbol decrépito, engendra también esas miriadas de seres invisibles que en su afán de vivir, matan en poco tiempo al hombre robusto y al árbol colosal. Esa lujuria de crear ha producido serpiente venenosa, la monstruosa araña, la hormiga conga y mil otros monstruos enemigos de lo que vive y se mueve!......

Salvador, para cumplir con el penoso empleo de mayordomo, tenía absoluta necesidad de vivir gran parte del día al aire libre, sufriendo aguaceros torrenciales y pasando con el agua a la cintura los hinchados esteros que serpenteaban por todas partes. El administrador se complacía en encargarle los trabajos más penosos, cuando no llenos peligros......

Este serrano boqui-rubio me cargá solía decir con frecuencia. Yo no sé qué lo ha mandado acá don Velásquez. El día menos ensao le saco de las orejas........

Y el serrano sufría en silencio esas groserías, pero acumulaba día a día en su corazón un mundo de odio y un océano de despecho. Y el serrano cumplía su deber con un tesón incalculable tanto más meritorio, cuanto nunca en su vida había manejado una herramienta; y la energía indomable, ese tesón los sacaba de su mismo despecho, a su mismo odio. Quería hacerse necesario, deseaba aumentar su valor, aún insuficiente, para algún día poder

aniquilar a ese hombre, odioso antipático, al que aborrecía más que nunca, desde que aprendió que Fajardo pretendía a Consuelo con el amor del sátiro brutal. Esta idea envenenaba las horas de Salvador, pues poco a poco el trato diario con la muchacha creó una profunda simpatía, simpatía que se hizo bien pronto amor, porque era el primero de su vida. Era un rayo de alegre sol en un día de tormenta, una esperanza y felicidad en una lama desesperadas con la derrota perpetua de todas las aspiraciones juveniles. En la muerte de sus ideales, en la muerte de la fé, Consuelo fue como su nombre: ola vida y la esperanza.......... Y a esa última tabla de salvación amaba un mulato ignorante y grosero, con un amor de bruto lascivo....... Pero ya se vería; Salvador estaba resuelto a todo para impedir esa infamia, ese robo de lo que consideraba suyo iría, si era preciso hasta el homicidio. Qué imitaba matar a un fajardo?

Lo penoso de las faenas para un organismo débil como el de Salvador, produjo lo que sucede precisamente en esos climas. El paludismo que no perdona al serrano, no perdonó a Salvador. Un día amaneció con una fiebre ardiente y no pudo moverse de la cama. En medio de los ardores de la fiebre y del delirio, creyó adivinar a Consuelo que asustada con la violencia del mal que él había cogido, prestaba a toda prisa algunos remedios caseros...... Después era la muchacha, sentada al pie de la cama que espiaba los menores movimientos del enfermo y le acercaba a los labios secos una taza de agua tibia........ Vínole luego la duda de si esa mujer era Mariana, o su madre; pero no recordaba dónde vió a esa joven vestida de gaza blanca, de grandes ojos negros y color de marfil que a ratos se acercaba a la cama. ¿Y él en dónde estaba? ¿en Quito? en Ipiales?, ¿talvez herido en algún combate?...... Y la sed? ¡Oh que sed! ¡cómo estuviera a la orilla de una fuente que vió en un páramo!.........

Don Roberto alarmado de la postración del joven preparó una inyección hipodérmica, diciendo a Consuelo.

Pues, parece una perniciosa la que ha cogido don Salvador....... Veremos qué le hace la quinina.

Fajardo se presentó delante de la puerta, gritando con voz áspera:

Parece que el serrano de pereza no se ha levantado ahora........ talvez estará borracho......

Consuelo enrojeció, y clavando en el administrador una mirada furiosa, contestó con palabras entrecortadas.

¿En qué se funda Ud. para decir que este joven está borracho? .... Debe saber que está muriéndose con perniciosa. ¡Cómo si fuera parecido a otros empleados que se emborrachan en junta de los peones!

Fajardo directamente herido por la última frase de la joven, dio dos pasos adelante, y con voz gutural habló:

Hola........ por qué toma usted tan a pecho la defensa de ese serrano?..........

Pues, porque me da la gana.......... y porque ese serrano es un joven decente, que por haber quedado pobre ha venido a trabajar aquí, y no por pícaro.... ni asesino....... Y como le dije al principio, porque me da la gana..........

Fajardo, insultado por Consuelo, no contestó; pero hizo con la mano una señal de amenaza.......... Don Roberto que estaba junto al enfermo, no oyó sino el run run de la conversación que afuera tenían el administrador y Consuelo. Sorprendióse viendo entrar a ésta colérica........ Interrogóle con la mirada.

Nada papá........ groserías del administrador........

Qué te ha dicho ese zambo atrevido hija mía?.........

A mí nada, pero a este pobre joven no le puede ver, yo no sé porqué.

¿No sabes? Pues, porque es blanco....... hija el negro odia al blanco, tenlo de seguro. ¡Dios mío! Es una calamidad estar bajo las órdenes de gentes como Fajardo!

Consuelo no quería confesar a nadie, ni aún a su misma conciencia, que sentía por el joven interiorano algo más que amistad, y trataba a todo trance de ocular a don Roberto esas dudas y vacilaciones, pero éste que vivía en su hija y para su hija, comprendió antes que los mismos interesados, que entre los dos jóvenes principiaba a esbozarse un idilio. Algunas miradas de Salvador, algunas de Consuelo, ciertas galanterías del joven y ciertas frases de la muchacha, cogidas aquí y allá, le dieron ese convencimiento. No disgustaba a Gómez que Salvador fuera algún día el esposo de Consuelo. ¿Qué más podía desear para su hija? El joven quiteño valía muchísimo más, por sus antecedentes y educación, que todos los otros empleados de la hacienda. Era pobre ¿Y qué? en dónde estaba el marido rico? En alguno de esos montubios de los alrededores, que sin saber cómo ni cuando adquieren una fortunilla de la cual no saben qué hacer, ni en qué emplearla? Consuelo, aunque pobre, era regularmente educada, y no era posible darle un marido ignorante y grosero. Luego, Salvador tenía aptitudes para el trabajo y quizá algún día la mala situación se trocaría en halagüeña.

Gracias a los cuidados de Consuelo, Salvador pudo dejar el lecho al tercer día de la enfermedad. Quedó amarillo y débil en demasía, y sin esperar convalecencia, volvió al trabajo; pues, Fajardo le anunció que si no salía el día señalado al campo, tuviera por un hecho la inmediata separación del servicio. Los campos estaban inundados, los potreros eran inmensos lagos y aun los cacaotales de los bancos, mojaban sus raíces en una agua negra cargada de limo. Los trabajos eran por tanto difíciles y sujetos a graves peligros para la salud de los peones, los que necesitaban pasar todo el día chapoteando en el lodo infecto, recibiendo los horribles miasmas que el sol ardiente evaporaba de la empantanada tierra. Nubes de zancudos atormentaban sin tregua a esos forzados del trabajo y el peligro de las culebras venenosas que huyendo del agua, habían trepado a los árboles, era constante.

Salvador, apenas convaleciente volvió a dirigir su cuadrilla, destinada entonces a desaguar un cacaotal inundado, por medio de zanjas que llevaran las aguas corrompidas a un estero cercano. La remoción de ese lodo infecto y pegajoso haciánle algunos peones serranos, acostumbrados a manejar la pala y el pico, pero no a desafiar ese aire envenenado. Salvador, tenía el convencimiento de que esa faena brutal iba a ocasionar la enfermedad y talvez la muerte de algunos infelices, y quien sabe si él mismo no sería la víctima de una orden imprudente dada por Fajardo. Rana, como guía preparaba con su machete el camino que debían seguir las aguas del pantano, cortando las ramas de los matorrales y la tupida re de bejucos. Trabajaba con un tesón y fuerza formidables como acostumbrado desde la niñez a manejar el machete. Salvador con el agua al tobillo seguía atento al trabajo del guía, único de los peones montubios que le demostraba algún cariño desde el viaje en la canoa.

De una cortina de enredaderas, se desprendió alguna cosa y cayó sobre la espalda de Rana; el peón con el golpe inesperado, incorporóse rápidamente, y debió ver entonces algo terrible, porque dio un grito.....

Qué es?........ qué es?, preguntó Salvador....

Blanco...... acaba de morderme en el cuello una equis....

En efecto, una enorme serpiente equis, había caído sobre el peón la que después de clavar los agudos colmillos en el cuello de la víctima, se preparaba a secundar el ataque, irguiendo la horrible cabeza de forma de candado, las fauces abiertas, mostrando los colmillos preparados, los ojos glaucos inmóviles. La piel color de tierra con esas camas cenicientas y fajas negras, se agitaba con una convulsión incesante como si fuera gelatina que brillara al sol. Por el ambiente se entendió un olor fuerte de almizcle, peculiar a las serpientes enfurecidas.

Rana, se vio perdido, pues sabía que las mordeduras de la equis son casi siempre mortales y absolutamente si son en el cuello. Con todo, quiso matar al horrible monstruo. De un machetazo divididóle la cabeza, y de otro la cola que azotaba furiosa la tierra lodosa, aventando grumos de lodo.....

Salvador acercóse a Rana. Del cuello del pobre montubio se escapaban unas gotas de sangre. Parecíale increíble al joven, que una herida hecha como con un alfiler pudiera ocasionar la muerte... Horriblemente pálido turbado, sin palabra, no sabía qué resolución tomar, ni qué auxilio dar al peón.

Es inútil blanco, todo remedio; dijo estoicamente el herido... La mordedura de la rabo de hueso es mortal. Ese habrá sido mi destino!....

Un violento remblor nervioso sacudió las hercúleas formas de Rana; rápidamente hinchósele el cuello, la cara y los brazos; el cutis mulato tomó un tinte azulino; de las narices, de la bocas, de los ojos, de las antiguas cicatrices, brotó sangre rosada. Los otros peones rodeaban al moribundo, que había caído en el lodo. Con las manos que se agitaban

frenéticamente, trataba de arrancarse algo que ardía le ajustaba la garganta. Los ojos horriblemente abiertos y enrojecidos por la sangre, gritaba hacia todos los compañeros, como implorando auxilio y consuelo. Un instante, intentó, por un violento esfuerzo, ponerse de pie, paró cayó de bruces, arando con la frente de lodo sangriento, y las manos contraídas, arañaban desesperadas la tierra...

Salvador, arrodillado, lloraba; y acordándose de las oraciones que aprendió en la infancia, las recitó en voz alta, seguido por los peones serranos... Al fin, el pobre Rana, después de un último temblor, quedó muerto.. Dos horas antes estaba sano y robusto, manejando el machete con la fuerza y maestría que le eran habituales.

Por la noche, diez peones y Salvador tenían el tifus de los pantanos. Casi todos los enfermos eran serranos, campesinos acostumbrados al aire puro y fresco de la Sierra, que días antes habían llegado al Bejucal en alegre partida, llenos de esperanza y de buena voluntad para el trabajo. Iban a buscar allí, en esos bosques malsanos, el pan para los suyos, tan difícil de hallarse en la poblada meseta. ¡Pobres desheredados! Infelices parias! Heroicos y oscuros soldados del heroísmo productivo! Cuántas lágrimas, cuántos sinsabores, cuántas incomodidades sufridas en silencio, por llevar en una bolsita sucia y vieja un puñado de monedas con las cuales se comprará el buey de labor o el burro que acarrearás al mercado el producto de un pedazo de suelo estéril.

Salvador, apenas convaleciente de la perniciosa cayó, pues, con otra fiebre más terrible: la tifus, que rara vez perdona al enfermo.

Horribles días aquellos! Noches de sed rabiosa de visiones siniestras, de ardores infernales en el pecho! Y estar solo, lejos de los suyos, lejos de la casa propia, con la muerte cercana, sin la bendita madre, sin el amigo, sin el hermano que a la cabecera de la cama velen solícitos día y noche! Salvador no tenía conciencia de lo que le pasaba. Había perdido la noción del tiempo y del lugar, y en los raros instantes de lucidez; vió siempre al pie de la cama de moribundo a Consuelo, y en su alma sentía un agradecimiento infinito.... Otras veces, lo mismo que en la primera fiebre, tenía el convencimiento de que Consuela era Mariana y que él estaba enfermo en Quito, no sabía por qué... Once días pasó en ese estado de postración cercano a la muerte. Por un verdadero milagro, la crisis fue favorable y principió la convalecencia...Los peones enfermos habían muerto todos, a los pocos días de enfermedad, tendidos sin cuidado alguno, sin medicinas, sin auxilios en los miserables tugurios que tenían el nombre de habitaciones.

Fajardo poco se preocupó de esos infelices enfermos, y en el fondo de su alma perversa había un deseo infame: el de la muerte de Salvador, del rival odiado, del blanco instruido y superior, del serrano trabajador y cumplido, que demostraba dotes inmejorables para dirigir una explotación agrícola como la del Bejucal. Cuando Gómez, lleno de alegría, dióle la noticia de la mejoría del joven quiteño, no pudo ocultar el despecho, diciendo:

Serrano pescuezo de pato...... y ahora, cuánto tiempo pensará estarse en cama ese mayordomo del demonio!

Pues, hasta que pueda trabajar, que será después de un mes! ¿Tanto? Pero, advierto que no le pagaré el sueldo. Día trabajado día pagao... Oyé don Roberto? ¡Que familia!

Bueno, no importa. Yo, ¿comprende señor administrador? aunque estoy pobre, sostendré a ese joven.

Ya lo creo. Usted quiere, por lo que barrunto coger a ese muchacho para marido de su hija..

No es por faltar el respeto que debo a mi superior pero le encargo más moderación en el lenguaje. Nadie tiene derecho en meterse en mis cosas...

Hola! don Gómez, no me levanta el gallo, porque haré una barbaridá.....

Hágalo si puede, que no me faltará manera de avisar el señor Velásquez, que usted trata de despechar a todos los empleados y ¡cuidado declare también ciertas cositas.....

El aire enérgico que tomó don Roberto, produjo efecto en Fajardo, cobarde y alevoso, que abusaba sólo de la debilidad.

Oiga, don Roberto, dijo con voz más suave, no nos mortifiquemos de gana.... haremos las paces tomándonos una copa, pero le digo que no convengo en que el serranito sea enamorado de Consuelo, porque.... porque,...... yo también lo soy, valga la franqueza.

Esta declaración exabrupta dejó a don Roberto turulato. Nunca concibió que Fajardo pudiera pretender la mano de su hija....

Bueno, ¿qué dice usted de esto? Insistió el administrador, yo tengo intenciones honráas y soy cabayero en mis sentimientos...

Quiero pué casarme con la señorita Consuelo.

Urgido Gómez, caviló un largo rato; balanceó la cabeza a un lado y otro, apoyó el meñique en los labios, clavó la vista en la tierra, y al fin resueltamente dijo;

Oye amigo Fajardo. Así como usted me habló con franqueza, yo haré lo mismo. Mi hija no puede casarse con usted...

Y por qué? talvez porque soy moreno?

Nada eso.... sino porque ella no le quiere a usted...

Entonces quiere al serrano...

Tampoco lo sé, puede ser que ella tenga simpatías por Ramírez, pero nada me ha dicho...

Bueno, si sólo el asunto se dificulta porque ella no me quiere, podemos arreglarnos... Voy a principiar a conquistarla y veremos si me resiste la blanca.... Eso sí, la conquistaré de buenos modos porque es un diantre de retobada.

Mejor es que usted no piense más en esto....

Eso si quiere al serrano. ¿Qué yo le deje libre el campo? ¡Qué familia!.....

Salvador pálido, arruinado, convertido en un verdadero espectro, encontraba en su convalecencia encantos que nunca soñó. Consuelo no pudo por más tiempo ocultar los sentimientos que rebosaban en su alma virgen y pura. El día de la crisis de la fiebre, ella loca de dolor y desesperación, creyendo muerto al joven mayordomo, confesó a don Roberto el cariño que sentía por el moribundo; y aún hizo más, acercóse al lecho y abrazó largo rato el cuerpo inerte de Salvador, cubriendo el rostro cadavérico de besos apasionados y de lágrimas. Salvador volvió a la vida y como le volvía con ella algo de razón y conciencia, comprendió que la joven, esa hermosa flor de marfil, le amaba; esta idea le hizo bien, y principió entonces en él, el deseo de la salud y de la vida.

Recostado en una hamaca, pasaba las horas del día entre dormir con ese dulce sueño del convaleciente y conversar con don Roberto o con la joven. Como el ayudante por razón de sus ocupaciones, pasaba lo más del día fuera de la casita, los dos jóvenes quedaban solos, y entonces el dulce idilio de un resucitado y de una huérfana, se escribía con frases ardientes, con besos purísimos, con proyectos de felicidad y con promesas. Consuelo tenía para Salvador mimos de hermana, de madre, de amiga, era el mundo entero que le sonreía después de años y años de estar ceñudo y hostil... Verdad es que allá en Quito vivía la madre, pero Salvador tenía que hacer un esfuerzo para convencerse que tenía aún ese supremo regalo de los nacidos. ¿Y la hermana? Cuando recordaba de ella, era como de una muerta adorada, pues desde que se había protituido murió Mariana para él....y al recordarla volvía a los años de la niñez, cuando esa querida compañera de la infancia era un pedazo de cielo límpido sin nubes ni tormentas. Comparaba ese pasado triste y sombrío, sin afecciones ni esperanzas, con la joven que tenía allí a su lado y encontraba la vida amable y risueña. ¿No tenía él derecho a la felicidad, y esa felicidad no le brindaba Consuelo? ¿Hasta cuándo iba a ser el galeote de la desgracia?... después de estas reflexiones besaba a Consuelo con verdadero deleite, como se besa a la primera mujer querida, y Consuelo para Salvador era la primera y única, después de una juventud estéril y de lágrimas! No quería pensar más en el problema de vida y en el porvenir para no amargar esos fugitivos instantes de gozo, no pensaba en la necesidad de luchar con más tesón que nunca para mantener una familia. El presente era todo par Salvador como sucede siempre cuando uno se escapa de las garras de la muerte......

Una tarde, al finalizar ya el invierno, Salvador veía desde las ventanas de la casita la lejana cordillera dorada por los fuegos del sol moribundos. Los pajonales amarillos, las rocas salpicadas de nieve, las quebradas sombrías, se destacaban con claridad maravillosa sobre un cielo diáfano y azul. Atrás de esa cordillera estaba la Sierra: está Quito; y allí, la madre,

la vieja enferma o miserable, y también la pobre hermana, esa triste víctima de lascivia enfermiza que en esa misma hora talvez, mendigaba a cualquier desconocido, caricias y monedas!

En una casita inmediata, los peones serranos tocaban una vihuela, y a los acordes interrumpidos por la distancia trajeron a los oídos de Salvador los aires de un viejo yaraví que oyó cuando en la niñez era llevado a pasar vacaciones en la hacienda de Chillo. Vínole entonces el recuerdo de otros días: el del padre muerto, de la madre abandonada como un mueble viejo en un cuartito dado de limosna, de la hermana querida hecha prostituta, y lanzando un ronco gemido, lloró un largo rato, ahogándose en un dolor inmenso.... Era la nostalgia del pasado que, aún cuando triste, tiene la magia de un cuadro vivo en el que figuran cosas y personas que no se volverán a ver!

X

La cosecha o carguío de cacao prometía ser muy abundante. Las amarillas mazorcas aferradas a los troncos y a la rama de los árboles día a día tomaban un color anaranjado, indicio de la madurez del grano encerrado en las hermosas cápsulas. Varios peones armados de escopetas recorrían todos los días las huertas, cazando a las ágiles ardillas, a los monos y a los loros animales todos, ladrones de la codiciada fruta del cacaotero. El administrador y los mayordomos ejercían estrecha vigilancias para evitar las dependencias de los montubios aficionados a robar en las ajenas huertas un artículo valioso y de inmediata venta.

Los grandes aguaceros del invierno habían ya cesado para dar lugar a las pertinaces garúas. El río aunque muy caudaloso todavía, llevaba aguas limpias que formaban remolinos de espumas blancas. En los potreros, las charcas perdían día a día terreno, y como en ellas se refugiaban miriadas de peces, las garzas y gallaretas en apretadas legiones revolaban dando gozosos graznidos.

Principió la cosecha. Las cuadrillas de peones entraron a las huertas. Cada cuadrilla al mando de un mayordomo, llevaba tres o cuatro palanqueadores destinados a separar las mazorcas de los troncos y las ramas con el machete, o cuando estaban muy altas, con la palanca, larga caña que en la punta tiene una afilada cuchilla. Las mazorcas caían al suelo cubierto de hojarasca produciendo un ruido sordo. Otros peones las recogían afanosos y las amontonaban de trecho en trecho formando pequeños y amarillos conos. Luego venía el abridor que con un rápido y delicado movimiento del afilado machete, cortaba por la mitad de la mazorca sin tocar l as almendras que eran extraídas por otros peones con una costilla de res y luego depositada en las árguenas. Varios muchachos semi-desnudos eran los encargados de transportarlas sobre las mulas a la hacienda, en donde eran vaciadas en los tendales de caña para principiar allí la desecación y fermentación del valioso grano. Todos los habitantes del Bejucal tomaban parte en la cosechas, y esos días eran como de fiesta, porque los altos jornales que se pagan en esta época, traen la alegría y la animación. Los grandes tendales rebosaban de cacao pardusco; varios peones y veteranos en la difícil faena de secarlo, pasaban y repasaban con los pies desnudos por la caliente masa, removiéndola incesantemente, para que todos los granos recibieran la acción del sol ardiente. El aire estaba saturado del olor peculiar del cacao maduro, olor que como ningún otro es propio de las tierras fértiles de los trópicos.

Aprovechando de la abundancia de aguas del río, no disminuidas todavía por el naciente verano, algunos pequeños vapores subían hasta el Bejucal para tomar y conducir a Guayaquil el cacao en grandes sacos de cáñamo rotulados con letras negras, era embarcado por peones atléticos y semi-desnudos.

Al mediar la cosecha de cacao hubo en el Bejucal un acontecimiento que influyó notablemente en el porvenir de Salvador. El señor Velásquez dueño de la hacienda llegó en una lanchita de vapor para inspeccionar, como la hacia todos los años por esa misma época, los trabajos de la hacienda.

El señor Velásquez era un anciano robusto y hermoso, descendiente de las antiguas familias Guayaquileñas que guardan el honor y la probidad como el mejor timbre de su alcurnia. Activo en el trabajo, honrado a carta cabal, pulcro en sus menores acciones, servicial y caritativo, el señor Velásquez era una de las mejores figuras de Guayaquil. La fortuna la debía al trabajo y no al agio, a la avaricia y al contrabando.

Cuando hacia las visitas anuales al Bejucal, mayordomos y peones tenían motivos para estar contentos, porque no era un amo el que estaba allí, sino un amigo cariñoso, presto siempre a enjugar lágrimas y a prestar servicios. Algunos antiguos empleados del Bejucal, con la protección del señor Velásquez, habían labrado fortunas más que medianas, y

muchos pobres montubios arruinados por el juego o los tinterillos, encontraban en la bolsa de don Antonio anticipos de dinero que rara vez eran reembolsados.

Sin embargo de ser el dueño tan honrado y bondadoso, la hacienda Bejucal encerraba como antes se dijo los peones más perversos de todos los contornos, pues, la misma distancia a las poblaciones era un aliciente para que los criminales fueran al Bejucal en busca de refugio y de trabajo. Fajardo mismo era un montubio díscole e ignorante; pero honrado y apto para las faenas, y fuerte para dominar esa guerrilla de facinerosos.

Llegó pues el señor Velásquez; Salvador encargado por Fajardo del cuidado de los tendales, fue el primero de los empleados con quien topó don Antonio. Al ver a Salvador tan amarillo y flaco, tuvo un movimiento de sorpresa como si se admiraba de que un joven robusto pudiera en poco tiempo estar en ese lamentable estado.

Parece, amiguito, que los aires del Bejucal no nos vieran bien.

Cierto señor, desde que usted me mandó he tenido varias fiebres, y la tifus que cosechó a la peonada de la Sierra.

Bueno, bueno; usted ya se aclimatará. Al principio los serranos sufren mucho, pero serrano aclimatado: es mejor que el mismo montubio.

Ojalá.....

Y dígame Salvador, está usted contento con su empleo?.......

Así.... así.... Le diré señor con franqueza: el administrador me tiene ojeriza desde el día en que llegué, y no pierde ocasión para molestarme, tanto que ya varias veces he querido separarme de esta hacienda.

¡Cosas de Fajardo! El pobre es muy ignorante y quiere que todos sean tan montubios como él. Y Gómez, como se porta con usted?

Oh! Don Roberto es para mi como un segundo padre. En mis enfermedades, si no hubiera tenido a don Roberto me muero.

Gómez es muy buen hombre y muy honrado. ¿Consuelo estará muy buena moza? No la veo todavía.

Salvador turbóse visiblemente con la sencilla pregunta. Don Antonio lo notó, y como gustaba de la broma dijo risueño.....

Amiguito... hay sin duda moros en la Costa, bueno, bueno.

¡Cuidado con enamorarse de la hija de mi ayudante!

Pues, señor don Antonio, le confieso que Consuelo es una perla y que ya.....

Estás enamorado de ella? Buen gusto.... ¡Si estos serranos son unos pícaros! ¿Y que dice don Roberto?

Parece que no le disgusta. Lo malo en el asunto es que el administrador pretende también a la muchacha, y esa es la razón principal del odio que Fajardo me tiene.

Niñerías de Fajardo! Debe dejarse de esas candideces y buscar mujer entre las montubias como él. Para evitar todo esto cásese usted pronto; pero pronto....

Es que todavía soy pobre, y ¿con qué voy a sostener a mi mujer?

Y el empleo?

Cincuenta sucres mensuales es un sueldo regular; pero como durante mis enfermedades no ha ganado nada...

¿No le ha pagado Fajardo?

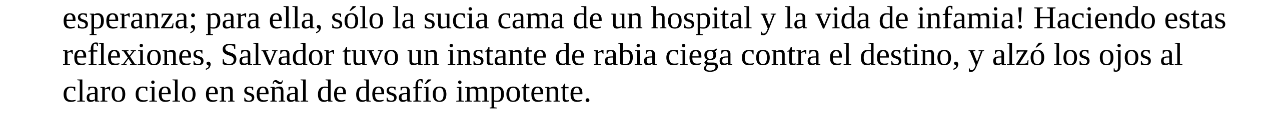
No señor; dice que sólo el que trabaja debe ganar...

Bueno, bueno. Vamos a otra cosa. Pienso darle a usted otra ocupación en la que gane más con menos trabajo: Hágase usted cargo de la tienda y le pagaré sesenta sucres y la mitad de las utilidades del negocio. Con esto habrá para casarse y Fajardo nada tiene que ver en el asunto.. ¿Acepta usted?....

Salvador con los ojos desmesuradamente abiertos, temblorosos y casi sin palabra, no pudo sino murmurar agradecimientos comunes...... Al fin, por un movimiento espontáneo, tomó la mano del noble anciano y la besó.......

¿Qué es eso? No es para tanto. Lo dicho, mañana se hace el inventario y recibe usted la tienda...... Ahora voy a la oficina a ver como andan esos libros.

Salvador no podía creer en la buena suerte que le deparaba don Antonio. Sesenta sucres y la mitad de las ganancias! Nunca había ganado tanto! Y un trabajo independiente, fuera de la odiosa autoridad de Fajardo, un negocio que bien llevado podría dar un capital; pues, en la tienda del Bejucal se vendía una barbaridad a los montubios. Y luego podría casarse con Consuelo, formar un hogar feliz, llamar a su lado a doña Camila para que su vejez la pasara tranquila, olvidando esas miserias y sinsabores que amargaron los últimos tiempos de su matrimonio. ¿Y Mariana? Oh, la pobre hermana! Para ella si no había remedio ni


esperanza; para ella, sólo la sucia cama de un hospital y la vida de infamia! Haciendo estas reflexiones, Salvador tuvo un instante de rabia ciega contra el destino, y alzó los ojos al claro cielo en señal de desafío impotente.

XI

Don Antonio, antes de regresar a Guayaquil, quiso dejar arreglado el matrimonio de Salvador.

Llamó un día a don Roberto, y sin preámbulo, díjole: Usted habrá notado que Ramírez está enamorado de Consuelo. Sé también que la muchacha no pone mala cara al serrano, y como la pareja es buena, ya que él es buen muchacho, honrado y de buena familia, y ella una perla, es necesario que se casen. ¿Qué dice de esto amigo Gómez?

Pues, mi señor don Antonio, le diré con franqueza que no me disgustara que mi hija se case con Salvador, porque es un joven recomendable. Además, ya estoy muy viejo y mi hija pronto necesitará apoyo.

Entonces vamos a la práctica. ¿Cuándo quiere que se haga el matrimonio?

Después de dos meses; necesario este tiempo para ciertos arreglos y ver de conseguir un poco de plata.

Déjese de plata, pues yo quiero ser el padrino y dar como tal a mis ahijados lo que necesitan para la boda.... Con que, don Roberto, ya sabe? Ahora estamos en Mayo, en Junio o Julio vuelvo con mi mujer que será la madrina y santas pascuas. Avise a los muchachos esta resolución mía.

Señor, Dios le pague por tanta bondad. De parte de mi hija, de Salvador y mía, le agradezco, señor Antonio sus finezas. Quizá le podremos pagar algún día.....

Bueno, ahora deme un abrazo, que la lancha estás lista. Mucho cu8idado con la huerta del "Cauje", está allí principiando la mancha. Dígale a Fajardo que reserve la manga de Sabaneta, porque voy a comprar una buena partida de mulares... Ah.... otra cosa, no se olviden de embarcar en "La Teresa" que vendrá la semana próxima, el cacao con marca para Seminario Hermanos.

Salvador, vióse, transformado pues, de mayordomo en tendero. El cambio era ventajoso, tanto para su salud algo menos que una ruina, después de diez meses de labores al aire envenenado, cuanto para su fortuna ya que en casi un año de durísima faena no tenía ni un centavo. El nuevo empleo no era, desde luego, una canonjía. Desde la madrugada tenía necesidad de atender a los compradores y vender al pormenor desde la manteca hasta la vara de zaraza; y en estas ventas hacer un gran acopio de paciencia. Las noches, sobre todo si eran de un día de pagos, las tienda se convertía en un infierno de borrachos, no siendo raro que los machetes manejados por peones salvajes, brillaran a la luz de la lamparilla de kerosén que colgaba del techo de la tienda, o causaran daños en las mercaderías y en la piel de los contendientes.

Como novio oficial de Consuelo, no encontraba reparo en tener con ella largos apartes, los que tenían lugar ya en la tienda, cuando ella iba con cualquier pretexto durante el día, ya en el corredor de la casita de Gómez, cuando él buscando también un pretexto baladí, cerraba la tienda durante tres o cuatro horas.

Por otra parte, los amores eran calmados sin esos aspavientos románticos, ni esos locos proyectos de felicidad que se forjan en las cabezas calientes. Salvador, por temperamento, por educación, por herencia paterna, era siempre un tanto tímido, y por los continuados golpes de la mala suerte, escéptico y frío. Cuando él, lanzando una mirada retrospectiva, comparaba su ideal y manera de ser de seis años atrás, con su ideal y existencia presentes, se asombraba de los cambios sobrevenidos, y dudaba a ratos si era el mismo Salvador Ramírez, estudiante de leyes, rico de filosofía escolástica y de aspiraciones a la magistratura y al profesorado. ¡Qué distancia desde el claustro de la Universidad de Quito, a una pequeña tienducha de mercaderías perdida en el fondo de los bosques! ¡Qué abismos entre las esperanzas y la fe de esos tiempos, a la realidad dolorosa de los años posteriores, realidad que había arrancado una a una las ilusiones de su alma virgen y soñadora, sustituyéndolas con hechos brutales! Hacia un año que llegó a la Costa, acariciando la última esperanza de fortuna y esa fortuna se había presentado esquiva, y aún el pan fue

conseguido a fuerza de fatigas, de enfermedades, de insultos y de diarias heridas al amor propio.

La venida del dueño de la hacienda había marcado el principio de una nueva etapa con albores de ventura. Quizá la suerte dejaría de atormentarle con sus desdenes; y por fin, al concluir la juventud, habría encontrado un corazón simpático al suyo tan desolado y pesimista.

Consuelo acostumbraba desde muy niña a la estrechez y al sufrimiento, era una alma bellísima, vigorosa para la lucha por el bien y con un hermoso sentimiento práctico de la vida. No se encontraba en ella el refinamiento del espíritu, perjudicial muchas veces, ni la grosería propia de las jóvenes educadas sin madre en el campo. En una palabra, Consuelo tenía los requisitos para ser una buena esposa para Salvador o para cualquier otro hombre de iguales circunstancias.

Con verdadero tesón trabajaba Salvador, y demostró una rara aptitud para el negocio a él encomendado. En dos meses pudo apreciar mediante un prolijo balance, que la utilidad era suficiente para labrar sobre ella una fortunilla que pondría a su futura familia, en condiciones de desafiar la miseria. Como no podía olvidar a la madre ausente y enferma, apenas pudo hacerlo, envióle cincuenta sucres; sumas que a la pobre anciana debía bastarle para muchos días, ya que casi ciega, apenas salía del cuartito donde vivía de limosna.

Fajardo no podía ocultar el despecho que experimentaba, viendo al odiado y antipático serrano fuera de su tiránica autoridad. No perdía, eso sí, ocasión de poner dificultades y embarazos al negocio, ya negándole una canoa cuando necesitaba Salvador para ir al pueblo por compras, ya impidiendo a los peones prestarle algún servicio. Cuantas veces podía y sin recelarse de nadie, echaba ternos contra el maldito serrano advenedizo y miserable, y hasta don Antonio recibía el dictado de viejo chocho y santurrón. Los demás empleados que siendo más antiguos que Salvador habían sido postergados por éste en la estimación del dueño, acompañaban a Fajardo en las ridículas lamentaciones y en los odios furiosos y el pero capítulo de cargos era el ser serrano, como si la sierra no fuera parte del hermoso país de Atahualpa y de Sucre!

Los peones, al contrario, fueron casi todos ganados después de poco tiempo, por la justicia, tolerancia y abnegación del rubio, como llamaban entre ellos a Salvador, el que siempre estaba listo para hacerles un servicio y darles al fiado géneros y comestibles de la tienda. Además, por varias ocasiones habían experimentado que el serrano no era valiente, y más,

cuando una noche, armado sólo de un palo, desarmó al Cortado, terror de la hacienda, por alevoso y atrevido, y que ostentaba en la cara diez cicatrices de otros tantos machetazos recibidos en riña.

“El Cortado”, desde aquella noche, juró vengarse de Salvador, y Fajardo a trasmano incitaba la venganza del criminal y aún premió con un copa de mallorca la rebelión del peón contra el empleado de la tienda.......

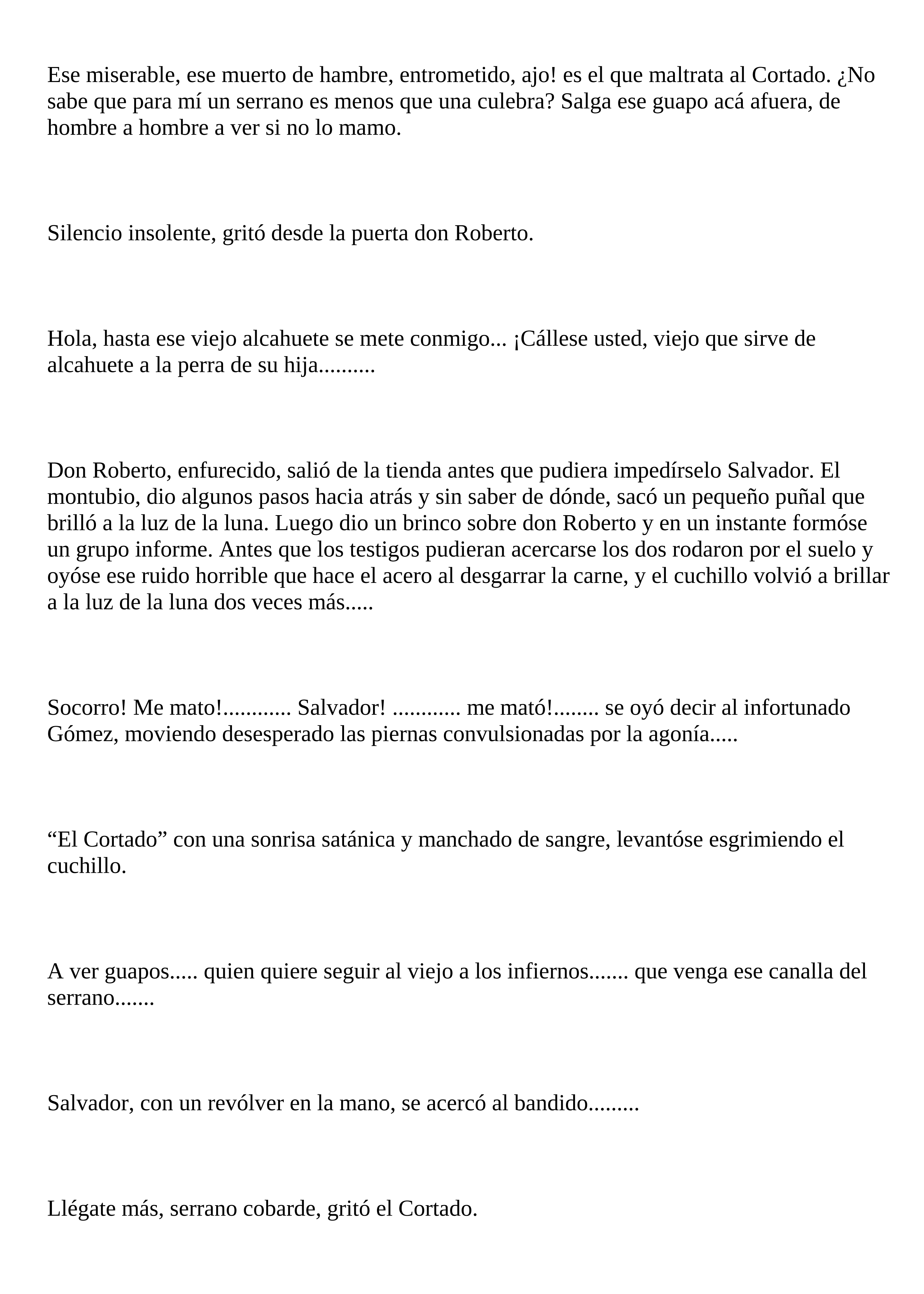
A este serrano hay que darle algún día una lección, solía decir con frecuencia.... Ajo, no fuera el administrador sino el cholo Fajardo, nos veríamos las caras. ¡Matar un serrano, es matar un puerco! ¡Tanto valen!

Don Roberto en vano quería de todas maneras amenguar el odio del administrador contra el novio de su hija, porque veía en lo porvenir algo desagradable pues, ya se había visto lo fácil que es cometer en esas haciendas retiradas de las poblaciones, gravísimos delitos, sin que la autoridad pudiera castigarlos. ¡Cuán cerca estaban de realizarse sus temores!

Un sábado por la noche, muchísimos peones que habían recibido el jornal de la quincena, estaban en la tienda comprando comestibles y bebiendo mallorca. Entre estos últimos se encontraba “el Cortado” que bebía con verdadero frenesí. Parecía nervioso y preocupado, y en el alcohol trataba de encontrar alivio o valor. Salvador, ayudado de don Roberto, apenas se alcanzaba a atender a la concurrencia. “El Cortado”, ya muy ebrio, principió a disputar con un compañero borracho como él; de las voces pasaron a los hechos, y los machetes salieron de las vainas.

Salvador tomó con la rapidez del rayo, un rifle que siempre tenía a mano y quiso imponer paz a los dos montubios; las razones no valían nada para gentes ebrias y díscolas; había que ir a los hechos. De un culatazo en el pecho hizo rodar al Cortado, y de otro hábilmente asestado, al contendiente; luego ayudado por don Roberto y algunos quitó los machetes y sacó a empellones a los camorristas.

“El Cortado” desnudo de medio cuerpo arriba, salió al patio, lanzando amenazas y blasfemias. La luna derramaba su luz sobre esa fiera humana que daba rugidos de venganza al verse desarmada.



Ese miserable, ese muerto de hambre, entrometido, ajo! es el que maltrata al Cortado. ¿No sabe que para mí un serrano es menos que una culebra? Salga ese guapo acá afuera, de hombre a hombre a ver si no lo mamo.

Silencio insolente, gritó desde la puerta don Roberto.

Hola, hasta ese viejo alcahuete se mete conmigo... ¡Cállese usted, viejo que sirve de alcahuete a la perra de su hija..........

Don Roberto, enfurecido, salió de la tienda antes que pudiera impedírselo Salvador. El montubio, dio algunos pasos hacia atrás y sin saber de dónde, sacó un pequeño puñal que brilló a la luz de la luna. Luego dio un brinco sobre don Roberto y en un instante formóse un grupo informe. Antes que los testigos pudieran acercarse los dos rodaron por el suelo y oyóse ese ruido horrible que hace el acero al desgarrar la carne, y el cuchillo volvió a brillar a la luz de la luna dos veces más.....

Socorro! Me mato!............ Salvador! .... me mató!........ se oyó decir al infortunado Gómez, moviendo desesperado las piernas convulsionadas por la agonía.....

“El Cortado” con una sonrisa satánica y manchado de sangre, levantóse esgrimiendo el cuchillo.

A ver guapos..... quien quiere seguir al viejo a los infiernos....... que venga ese canalla del serrano.......

Salvador, con un revólver en la mano, se acercó al bandido.........

Llégate más, serrano cobarde, gritó el Cortado.

Salvador dejo de avanzar, pasaron en seco y con el pulso firme apuntó y disparó. Antes de un segundo se oyó otro disparo y todavía un tercero.......

Ya me daño el serrano, gritó el montubio, soltando el puñal de la mano destrozada por una de las balas..... Pero el viejo me las ha pagado toas......

Gómez agitóse un instante en medio de un charco de sangre y luego quedó inmóvil..... estaba muerto! Tenía dos puñaladas en el pecho........

Salvador, atontado, sin tener conciencia de la horrible escena, inclinóse sobre el cadáver del ayudante, como si aún tuviera duda de que lo que tenía delante era el cuerpo sin vida del que minutos antes estaba sano y satisfecho....... Una ira espantosa nunca sentida hasta entonces, dominóle por completo. Acercóse donde el asesino, al que sujetaban dos peones, y tomándole del cuello con manos trémulas de rabia y con una fuerza desacostumbrada, intentó estrangularlo. Salvador estaba horrible con los ojos desmesuradamente abiertos y los labios dejaban escapar verdaderos bramidos de fiera.

El Cortado, herido de un balazo en la mano y de otro en la pierna, no podía defenderse, y al formidable estrujón del mayordomo vaciló con la cara congestionada, los ojos salientes y murmurando .... Por Dios!........ no me mate! Don Ramírez!

Cayeron ambos..... El ronquido del asesino angustiaba a los que lo oían; y ninguno de los peones se atrevía a separar ese grupo horrendo..... Fajardo que acababa de salir casi desnudo de su casa, pudo al fin a fuerza de puños hacer que Salvador soltara al Cortado casi muerto de asfixia.........

Chimbote que había presenciado toda la sangrienta escena, corrió a la casa de Gómez a dar la noticia a Consuelo, que, ajena de lo que acababa de pasar la pequeña distancia de ella, dormía profundamente, sin que le despertaran ni los tiros de revólver.

El muchacho con ese espíritu de novelería tan propio de los de su condición y edad y con esa satisfacción insana que tienen algunos para dar una mala noticia subió a la carrera la grada, gritando:

Señora Consuelo, señora Consuelo, el Cortado ya lo mató al padre de usted, a don Gómez. Levántese pronto.

La joven oyó entre sueños la noticia y casi dormida saltó del lecho, al tiempo que el muchacho lanzaba nuevamente al aire, como una cantinela, la frase “el Cortado mató a don Gómez”.

Al principio ella no comprendió nada; no era ni verosímil la noticia. ¿Talvez fu una pesadilla? Pero nó, allí gritaba el muchacho por tercera vez: “mató a don Gómez”......

No era posible va la duda, no era una pesadilla. Un sudor frío como de muerte invadió su cuerpo, un temblor espantable sacudía sus carnes apenas cubiertas por delgada camisa. Tambaleándose como una ebria, apoyándose con las manos crispadas en los muebles que adivinaba en la sombra del cuarto, dirigióse hacia la puerta...... no parecía la puerta; en su turbación había caminado al extremo contrario....... Conteniendo la respiración, volvió a tantear las paredes, los muebles, sin saber lo que hacía..... “Levántese pronto”, dijo otra vez Chimbote, tras de la puerta, “levántese pronto, ya traen el cadáver”.......

Al fin, después de un minuto de tentativas infructuosas, logró abrir la puerta..... Por el ancho patio vivamente iluminado por la luna, venía un grupo de gente agitada, lanzando maldiciones ahogadas, sollozos, gritos y ese grupo traía un bulto de forma extraña del que pendías dos sombras, dos brazos que se agitaban a compás....... Sí, ese bulto era un cadáver..... el de su padre, no había duda; divisaba la cara sombreada por abundante barba negra......... Sí, no había en la hacienda ninguno con barba tan negra y abundante...... y delante venía Salvador con la ropa blanca llena de manchas oscuras que debía ser de sangre!...... Luego perdió la vista, borróse la visión, un velo negro ocultó todo; en los oídos sintió un zumbido igual al de millares de moscas, las piernas como si fueran ajenas se negaban a sostenerle, y después, nada, negro , la muerte.......

Estaba en su cama......... ¿desde cuándo?........ Una luz iluminaba débilmente el cuartito.... ¿Qué hora es?..... Fuera del toldo transparente divisó sentado a un baúl a Salvador, la

cabeza apoyada en el pecho, las manos en los bolsillos en actitud de dormir o meditar. ¿Por qué estaba allí, en su cuarto de soltera y por la noche ese joven? Vaya, que aún cuando su novio, era un atrevimiento imperdonable.....

Luego fijóse en que la puerta estaba abierta y que por delante de ella pasaban algunos peones o empleados conocidos. ¿Por qué esa hora ese ir y venir de esos hombres? ¿Qué hacían en la casa?....... Oyó golpes de martillo como si clavaran un cajón de madera...... Su cerebro sentíalo vacío, como si la conciencia y la memoria hubiéranse extinguido de repente. Salvador hizo un movimiento, levantó la cabeza....... lloraba. ¿Por qué?....... Talvez ella estaba enferma?......... En el pecho y en una manga del saco blanco del joven, había unas manchas: ¿de que eran? ¡Oh! ¡memoria! ¡Sangre, sangre! Gritó sentándose en la cama...... Instantáneamente volvióle la memoria y con ella la visión horrible del patio vivamente iluminado por la luna y del grupo de gente que traía el cadáver de don Roberto........

Salvador, al oír el grito, acercóse a la cama y sin poder decir ni una palabra abrazó a la pobre muchacha que lloraba a gritos como loca arrancándose el cabello, presa la infeliz de un dolor imposible de pintarse en cuadro alguno.

“El Cortado”, dos días después de su crimen y en camino ya para la prisión, expiraba en una playa arenosa con el horrible tétanos, causando espanto por la agonía desesperada, a los que llevaban en una canoa.......

XII

Dos meses después de estos acontecimientos llegó a la hacienda, como antes lo había ofrecido, el señor Velásquez, para servir de padrino en la boda de Salvador y Consuelo. La desgraciada muerte del ayudante Gómez consternó a don Antonio, y aunque tarde comprendió que para administrar una hacienda como el Bejucal, no solamente se necesitaba un hombre como Fajardo, pato para el trabajo físico, sino otro que reuniera ciertas condiciones de honorabilidad y educación, para así levantar un tanto el nivel moral de esos peones embrutecidos por el alcohol y las pasiones más innobles.

La pobre Consuelo, enflaquecida por el sufrimiento, salió la primera a recibir al bueno de don Antonio, que sensible a la ajena desgracia no pudo al abrazar a la muchacha contener la lágrimas.

Ven, te abrazo, pobrecita huérfana; basta que seas hija de mi mejor empleado para ofrecerte toda mi protección. ¡Quien nos hubiera dicho ahora pocos meses lo que iba a suceder...... Vaya, cúmplase la voluntad de Dios!

Consuelo lloraba silenciosamente mojando con sus lágrimas las manos del anciano dueño del Bejucal.

¡Cálmate, hija mía!........ aunque has perdido a tu padre te queda tu marido, pues vengo para tu matrimonio, y luego ya.....

Gracias, señor...... pero el padre...... es el padre.......

Así es....... así es....... ¿Dónde esta Salvador?

Salió al campo desde la mañana, y no vuele todavía.

Y tú con quien vives ahora?......

Sola, señor, en mi casa. Salvador me da todas las semanas lo que necesito.... Desde la ropa de duelo me la dio él. Es tan bueno!

Ciertamente es un buen joven..... ¿Y Fajardo?

Quisiera no ocuparme de ese hombre. ¿Ha de creer usted que a los tres días de muerto mi padre vino a mi casa a pretexto de ver lo que me hacía falta y me propuso matrimonio’ Yo que estaba desesperada, me indigné de la propuesta y le dije que saliera de allí.....

Se equivoca usted, me contestó, ésta no es su casa y el día que yo quiera la saco de ella...... Pocos días después regresó, y como no había nadie, porque la gente había salido toda al trabajo, quiso abrazarme y besarme a la fuerza...... Yo felizmente pude salir corriendo y refugiarme en la tiende donde estaba Salvador. A él nada le dije, porque sería capaz de matar a Fajardo. Desde ese día cuando puede me amenaza y dice que Salvador ha de morir como mi padre, asesinado........ Y yo sí le temo al administrador, porque es perverso. Cuando mataron a papá él no hizo caso y más bien trató de proteger al Cortado a quien Salvador iba a matar ahorcado, ya que no le acertaron bien los balazos de revólver.

Mejor que tu novio no haya matado a ese bandido. Dios se encargó de él, porque las heridas habían sido un disparate. El tétanos, hija no perdona..... Bueno, lo primero es lo primero, mañana mismo deseo que bajemos al pueblo para que se casen. Allí buscaremos madrina, ya que mi mujer no pudo venir, porque la pobre está muy delicada. Todo está listo.

Al día siguiente, una gran canoa de fierro pintada de rojo, manejada por seis remeros condujo al pueblo más inmediato a Salvador, Consuelo, el señor Velásquez y algunos empleados de categoría de la hacienda. Fajardo aunque invitado no quiso ir.

Los novios iban vestidos de negro, y Consuelo, aunque enflaquecida y pálida estaba muy simpática y aún se adivinaba en ese rostro de marfil, vivos relámpagos de felicidad, determinados por enrojecimientos repentinos.

La canoa a favor de la corriente y de los remos, volaba. Antes de haber transcurrido dos horas, llegaban al pueblo en donde el señor Velásquez era esperado por el cura, amontuviado y rústico, pero campechano y vividor......

La ceremonia no fue larga y Salvador unióse a Consuelo con el lazo del matrimonio... Concluida la fiesta de iglesia, don Antonio besó a la novia en ambas mejillas y Salvador radiante de felicidad la única, la única en su vida, abrazó a su mujer, a la esposa, a la que debía ser la madre de sus hijos, a la que le ayudaría a sostener impertérrito la lucha por la vida. Abrazóla con amor, con gratitud, con respeto, como a amante, como a amiga, como a

compañera..... y el cielo parecióle más claro, más radiante y la naturaleza como si toda estuviera de gala para alegrarse con la alegría de ese pobre corazón.

El viaje de regresó fue muy fatigoso y muy largo para las ansias de los recién casados... Al fin llegaron al muelle de balsa; atóse la canoa, saltaron los pasajeros a la playa y los novios, tomados del brazo, se dirigieron a la casita del ayudante, donde un año antes entrara Salvador desconocido, triste y casi desesperado. El buen Gómez no estaba para que la felicidad de sus hijos, como se complacía en llamar a los dos jóvenes, fuera completa. La verdadera dicha no es egoísta. Consuelo al subir la escalera de la casa, casi en brazos de Salvador besó apasionado los labios, mejillas y ojos de la joven, y pronto un sonrisa se dibujó en el rostro ya no pálido sino rosado de la muchacha. Era el pudor nativo que asomaba casi inconsciente, adivinando que en esa casa le esperaba Himeneo con sus misterios.....

Usted se queda.... ahora aquí? Pregunto Consuelo a Salvador entre cándida y maliciosa....

Amor mío, no me trates ya de usted...... ¿Quieres que me vaya a mi tienda? ¿Quieres echarme de tu casa?.....

Yo? No..... pero me da miedo de no sé qué...

Salvador abrazó a su mujer, cubrióla de besos y levantándola en alto con aire triunfante, llevóle a la cámara nupcial......

La luna salía en ese instante tras la cordillera brumosa, plateando las lustrosas hojas de los cacaotales, las aguas tranquilas del río murmurante, y la faja de blanca niebla que se levantaba perezosa en un rincón del paisaje inmeso.... El silencio augusto de los bosques, apenas era turbado por el soplo intermitente de la brisa que viajera desde el lejano mar, moría fatigada en brazos de la selva; y la tierra fecunda, incansable de los trópicos, exhalaba aromas desconocidos, como si fueran los de la eterna maternidad de la naturaleza.

XIII

La felicidad acorta el tiempo, y los seis meses que contaba Salvador desde su matrimonio, le parecían semanas....... Desde el día en que Consuelo fue llamada suya, todo fue dicha para Ramírez. Don Antonio, como regalo de boda, nombróle administrador del Bejucal, llevando a Fajardo a una nueva hacienda que había comprado en Manabí. El sueldo del administrador era bueno, y además, por cada quintal de cacao ganaba también una prima halagadora. Consuelo era una verdadera joya; el tipo de la mujer cariñosa y fuerte, apta para llevar con resignación, cuando no con alegría, las penalidades y contratiempos de una vidas laboriosa. Salvador, rejuvenecido moralmente, encontraba en él, energías nunca sospechadas y una voluntad férrea para el trabajo. Se veía fuerte, enérgico, y confiaba en sus fuerzas. ¡Atrás las ideas negras y pesimistas! Atrás ese odio a la humanidad entera, a esa humanidad que si encierra tipos repugnantes, cuenta también en sus filas a una Consuelo y a un Velásquez. La fortuna esquiva por fin le mostraba el rostro sonriente y él bendecía la idea que le impulsó a huir de Quito e internarse en esa Costa tan alabada por unos y tan maldecida por otros. Daba de barato los sufrimientos de los primeros tiempos, los desaires, las enfermedades, las desilusiones, Consuelo fue el premio de su paciencia, esa mujer enamorada y fiel que nunca imaginó encontrar en las profundidades de los bosques tropicales.

Ahora merced a su buena situación, podía mandar como en efecto lo hacía a la pobre madre una mensualidad suficiente a librarle de la miseria y de la triste dependencia de una señora caritativa, caprichosa y vana. ¡Qué hermosas y tiernas eran las cartas que Salvador escribía a su madre! Todos los mismos, todas las ternuras, todas las santas afecciones del hijo, estaban pintadas en ellas; y esa madre tan desgraciada, en la lectura de esas admirables epístolas, encontraba un baño de felicidad dulcísima, nunca conocida en toda su vida.....

Los trabajos del Bejucal marchaban con una regularidad maravillosa. El nuevo administrador era de una actividad y de una constancia sorprendente. Empleados y peones, de grado o por fuerza, cumplían rigurosamente su deber. A fines de ese verano, e habían desbocado mas de doscientas cuadras para nuevas huertas y mangas. Los cacaotales estaban limpios de maleza, y en los potreros se había sacado, a punta de pico, el espino y el abejón. Las casas, tendales y cercas estaban reparadas de los antiguos desperfectos, y hasta las mulas y caballos andaban retozones por los bien tenidos potreros pastando una yerba abundante y nutritiva.

Vaya, que he resultado agricultor decía Salvador a Consuelo. En mi vida me hubiera figurado que sería apto para dirigir una hacienda como ésta.

Es que el querer es poder, y tú has querido...... He ahí todo.

Además la gratitud que tengo para don Antonio ha hecho este milagro.

Todo lo que hagas por ese verdadero padre, será poco todavía. A él le debemos todo.

Y Salvador, después de cada una de estas conversaciones, sentía en su alma una nueva fuerza impulsiva para el trabajo.

Cuando llegó el invierno con su cortejo de lluvias, relampagueos, mosquitos y enfermedades, Salvador había recuperado la salud perdida; estaba pues aclimatado al decir de todos los que le veían..... y como de la salud viene la alegría siempre estaba de buen humor y nunca le vió Consuelo con el antiguo aire de murria o despecho.

Otra cosa que tenía contentísimo a Salvador era l a seguridad de ser pronto padre. Consuelo, muy ruborizada le confesó un día la causa de cierto malestar, del que se venía quejando, era llevar en su seno el bendito fruto del amor...... Con mil besos pagó Salvador esa noticia que ennoblecía ante sus ojos a su mujer. Desde ese día redobló sus mimos y cuidados y levantó un alto castillo de proyectos para el porvenir. Encargó a Guayaquil lo necesario para el ajuar del adorado ser que debía venir, y se complacía en examinar las mil prendas que con amoroso anhelo preparaba la joven....

Una mañana de Febrero, después de un aguacero torrencial que inundó los campos, haciendo salir al río de madre, sintió Salvador cierto dolorcito en los músculos de las piernas.

Vaya, pensó, ya atrapé un reumatismo a causa de haberme mojado ayer.....

Algunas horas después, el dolor aumentóse, los pies se enfriaron y en los dedos de l as manos sintió algo como disminución del tacto. No quiso avisar a Consuelo por no alarmarla, y estando persuadido de que esa indisposición sería pasajera.

L noche fue mala; el dolor y el frío horrible de las piernas, no le permitieron dormir ni un segundo. Ansioso esperó el alba, y cuando ésta se anunció por la tenua luz que entraba por las persianas y la modulación de las aves en el cacaotal vecino, quiso abandonar el lecho. Con gran dificultad pudo sentarse, los brazos obedecían a duras penas la voluntad, y en las manos sintió cierta torpeza como si estuvieran con gruesos guantes. Alarmado con síntomas tan extraños, pensó largo rato si avisaría a Consuelo., Vistióse con un lentitud desesperante, los esfuerzos era casi nulos y los movimientos tardos y forzaos.

“Esto es algo grave”, pensó. Veremos cómo paso ahora el día. Al caminar notó que las piernas estaban flojas como si los huesos y tendones estuvieran sueltos. Tambaleándose acercóse a la cama de Consuelo que dormía el sueño dulce de la mañana.

Consuelo, dijo después de despertar con un beso, no te asustes, pero sabrás que no he pegados los ojos, porque me ha molestado mucho el dolor de las piernas y el frío, y ahora noto que casi no puedo moverme. No sé qué sea esto.

Talvez sea algo grave, contestó la joven, incorporándose asustada..... ¡Y en este desamparo, sin un médico a quien preguntar........!

Sabes, que tampoco puedo tragar. Estoy como si tuviera cerrada la garganta. Ni la saliva pasa.

Tienes calentura?

No, estoy fresco....

Dios mío! No hay otro remedio que irnos a Guayaquil para que te cures. Aquí sería morir......

Ya creo que esto pasará, fijo con aire de incredulidad, Salvador, por sólo calmar a su mujer.

No, no, ahora mismo nos vamos. El señor Velásquez no reprobará el que vayas a curarte.....

Dos horas después, una canoa de hierro, con cuatro remeros llevando a Salvador y Consuelo, bajaba hecha una flecha el hinchado río.

De hora en hora Salvador se agravaba. Las palabras salían de sus labios colgantes, con dificultad y lentitud y la sensibilidad del tacto disminuía. Sin embargo de la rapidez de la canoa. Consuelo desesperaba por encontrar un vapor, pues, le parecía que cada hora perdida en atender a Salvador con un buen médico, era irreparable.

Al medio día llegaba la canoa al pueblo de X. El “Huáscar”, vaporcito de gran andar, estaba soltando sus amarras para regresar a Guayaquil. Consuelo obtuvo del Capitán que espera un instante para transbordarse con el amado enfermo. Quiso Salvador ponerse de pie y le fue imposible; las piernas se negaban a obedecerle. Consuelo con una angustia infinita, mandó a los remeros que tomaran a Salvador en brazos y lo trasladaran al vapor. Así lo hicieron, llevando al administrador como un cuerpo muerto.

Sería bueno que avisaras a don Antonio, por telégrafo, que voy enfermo, dijo Salvador, con dificultad y como si estuviera fatigado...... Consuelo obedeció el deseo de Salvador y el vaporcito a todo andar, aunque no con la velocidad que ella deseaba, enfiló la corriente del Vínces.

¡Qué horas tan angustiosas las que el vapor tardó en recorrer la distancia que hay de X a Guayaquil. Salvador, sentado en un banco, con la cara triste, los brazos inertes colgados, las piernas inmóviles, veía desfilar el paisaje que diez y ocho meses antes vió desde la canoa que le llevó al Bejucal. Consuelo, con el rostro angustiado, estaba sentada junto a Salvador, acariciando con sus pequeñas manos las de su marido, al que veía presa de un enfermedad desconocida y que ella sospechaba terrible, porque de hora en hora avanzaba la parálisis,

ganando terreno de los pies a la cabeza, como un enemigo invisible al que no se puede vencer.

A las cinco de la tarde el “Huáscar”, dando una aguda pitada y lanzando chorros de blanco vapor llegó a su muelle. Allí estaba ya esperando don Antonio con dos de sus empleados la llegada de Salvador, prevenidos por el telegrama hecho al medio día.

Veamos qué tiene mi administrador, dijo alegre don Antonio, entrando al saloncito del buque. Estos serranos son muy aprensivos. Cuando se acercó a Salvador y vió que el joven tenía en el rostro algo de anormal que no podía decirse en qué consistía, y cuando supo que estaba paralítico, palideció y con voz mal segura inquirió.

Y cuándo le ha venido esto?

Pues solo ayer.... Amaneció con ligero dolor de piernas y ahora veálo usted, no puede moverse ni tragar.... ¿Dígame, don Antonio agregó Consuelo ingenuamente, será esto grave?

Quien sabe, hija mía; pero ya lo haremos curar..... Nada de hospital. Vamos a la casita chica de las Peñas, allí hay todo listo, desde cama. Ya verás chiquilla, que se cumple lo que decía Fajardo “los serranos son pescuezo de pato”; tu marido, después de ocho días, estará otra vez en el Bejucal.

Sentado en un sillón llevado por cuatro cargadores fue desembarcado Salvador y luego en una tranvía de la línea del Malecón hizo el trayecto a las Peñas......

Tres médicos fueron llamados inmediatamente. Examinaron prolijamente a Salvador que, acostado en una cama, en vano intentaba tragar un poco de agua que calmara su ardiente sed. Después de una larga consulta entre los tres médico, ordenaron inyecciones hipodérmicas de estrinina y una bebida.....

Antes de salir de la casa, don Antonio preguntó discretamente a uno de los médicos:

Y qué es lo que tiene Ramírez?

Una enfermedad gravísima: Una polineuritis palúdica de carácter agudo. Será un milagro si se salva. No hay remedio; es cosa de horas......

Pero hay que agotar todo para salvar a ese joven....... daría una fortuna por salvarlo; ¡pobrecito, tan honrado! ¡Recién casado, con la mujercita en cinta!

Ya le digo, señor don Antonio, sólo un milagro le salvaría. La parálisis avanza a ojos vistas y al llegar al corazón o los pulmones, es la muerte por asfixia.

Dios mío. Dios mío, dijo con hondo suspiro Velásquez. ¡Qué cosas las que uno ve en este mundo! ¿Llegará a mañana?.....

Quién sabe, es cuestión talvez de minutos, algunas veces viven días...... ¡Pobre joven!

Le suplico que Ud. Venga también por la noche doctor.

Con mucho gusto....... hasta luego.......

XIV

¡La noche! Vinieron con ella esas eternas horas que desfilan lentas inacabables para los enfermos y para los que sufren! Esas horas sin sueño, sin conciencia del tiempo transcurrido que parece estancado para siempre; esas horas de angustias, de dudas, de preguntas, sin respuesta! Horas en que el enfermo de muerte se pregunta si podrá ver la luz del nuevo día! Horas en que las madres que tienen hijos moribundos, esperan ansiosas los primeros albores de la mañana, como si con ellos la muerte que acecha a su víctima suspendiera el ataque!

Salvador, acostado en su cama desde la tarde, agonizaba lentamente. La parálisis había invadido el rostro, aflojando todos los músculos que antes lo hacían simpático y bello, para convertirlo en uno de angustia y de terror propios de una máscara modelada por una artista desesperado. Los ojos, fijos en algo invisible estaban inmóviles, los labios abiertos contraídos con un rictus sardónico, dejaban escapar una baba pegajosa y hedionda; el sudor provocado por una ardiente noche empapando los ensortijados cabellos, los había pegado a la frente pálida como de mármol. Las manos inertes, con los dedos abiertos y sin movimiento descansaban sobre la blanca colcha. Consuelo, pálida, anhelosa, con los ojos llenos de lágrimas que caían una a una en lluvias silenciosas, sentada en un sillón junto a la cabecera del moribundo, limpiaba con un paño el sudor o la hedionda flema que salía de la boca del enfermo.

Aún cuando era la media noche y no había dormido la víspera, la joven no quería separarse ni un instante de ese sitio, sin embargo de los ruegos del señor Velásquez y de otras muchas personas que habían acudido a curar o ver al enfermo.... Espiaba incesantemente a Salvador, buscando en las miradas, o en la respiración silvante, los síntomas de algunas crisis salvadora porque ella no podía persuadirse que es el esposo amante, el padre de ese ser que llevaba en su vientre fuera ese joven que agonizaba en esa cama.

Consuelo, murmuró el enfermo, Consuelo..... hazme tragar unas gotas de agua.... tengo una sed terrible.... oh! ¡cuánto diera por un poco de agua!.....

La joven acudió con un vaso de agua y con una cucharilla quiso satisfacer el deseo de Salvador. Inútil empeño la traquea rebelde a la voluntad del sediento joven no permitió hacer pasar ni una gota de agua.

Dios mío, Dios mío! qué sed! me muero de sed, repitió débilmente el moribundo, y de los ojos siempre abiertos escaparon dos gruesas lágrimas.

Consuelo, con el vaso y la cucharilla en la mano sollozaba......

Pobrecita..... no te desesperes.... pueda ser que no me muera........ Pero la sed....... la sed...... Oh si pudiera tomar agua!......

No quiero, amor mío que tu mueras.... no quiero, no quiero..... gritó de repente Consuelo. Ayer perdí a mi padre, pero me quedabas tú...... ni para un mal pensamiento!..... La Virgen te dará la salud....

Salvador ensayó una sonrisa con los labios inmóviles..... Duerme amor mío, siquiera un instante, pudiera hacerte daño no dormir y ahora que estás delicada.... Llama al muchacho que te reemplace.....

Vino un criado, y Salvador volvió a rogar a Consuelo que descansara un instante... Consintió al fin en ir a una mecedora de mimbre situada frente a la cama de Salvador. El cansancio y la pena pudieren al fin más que la voluntad y quedóse dormida, lanzando de vez en cuando suspiros entrecortados, como si aún en el sueño le atormentara la misma idea.....

Pobrecita, murmuró Salvador, viéndola bella, dormida, que en la penumbra esbozaba un rostro pálido como de marfil, y el vientre abultado en el que ya vivía la esperanza de los dos jóvenes esposos... Ponme con la cara hacia la pared, ordenó al muchacho, veremos si en esa postura duermo un instante.

El silencio de l a noche era turbado por el choque de las olas en los estantes de la casa, el lejano campaneo de las horas en los relojes de la ciudad, y hacia el sur se oyó una larga pitada de un vapor que salía a esa hora para el golfo.

Salvador tuvo en su cerebro una claridad extraña, las facultades psíquicas despertaron con un vigor sorprendente; parecía que la vida extinta en todo el cuerpo habíase refugiado en todo el cerebro para pensar y en el corazón para sentir. La memoria, esa facultad caprichosa

y versátil, volvió con claridades supernaturales; hechos, acontecimientos, detalles de personas y de paisajes, se reproducían con una verdad maravillosa. Recordó toda su vida desde las épocas de la niñez hasta los últimos acontecimientos. La vieja casa de Quito con sus menores detalles, la haciendita de Chillo donde pasaba las vacaciones; el internado del colegio, las caras de todos los condiscípulos y profesores. Las fisonomías de su padre, de su madre, de Mariana, de Luciano, de todas las personas que tuvieron con él relaciones cercanas, las veía como si estuvieran presentes. Luego, la muerte del doctor, las escenas de esa noche inolvidable; l as amarguras y miserias de su familia; la guerra de 95, la campaña, la batalla de San Miguel, la noche que siguió a esa carnicería, cuando él se sublevó contra sus antiguas ideas. Y todavía los cuatro años de hambre como él llamaba al tiempo transcurrido desde la revolución hasta la venida a esta Costa, en la cual durante año y medio había luchado, sufrido y amado, donde conseguido apenas el premio de tanto sufrimiento, de tanta fé, de tanta abnegación de tanto sacrificio, caía enfermo de muerte talvez; pues, no era difícil que esa noche misma, después de algunos minutos se acabara ese soplo de vida que aún vagaba por el cerebro y por ese corazón que latía trabajosamente, como si fueran últimos aletazos de una ave que cae de un árbol herida de muerte.

Y esa vida érale ya amable, principiaba recién a gozar de ella. ¡Por que apenas probado el licor de la dicha de la que siempre estuvo prohibido, se le arrancaba brutalmente la copa de la mano? ¿Acaso no tenía pleno derecho a la vida; pues ya había otros que el sustentaba? Esa mujer que dormía allí cerca, ese feto pronto sería hombre, esa pobre vieja ciega y enferma que agonizaba en Quito, no eran motivos suficientes para que el alimentaba a esos pobres seres tuviera derecho de vivir?

Ese cuerpo pocos días antes robusto, flexible, apto para todo, ahora era un tronco muerto sin savia. La voluntad refugiada en un rincón del pensamiento era la misma, pero ¡oh desgracia! no tenía ya en las manos, en las piernas, en los brazos, en los pies, en todos los órganos, los esclavos sumisos y obedientes a la primera insinuación. Un mosquito, una pulga, el insecto más diminuto, tenían más fuerzas que ese cuerpo lleno de huesos, músculos y sangre. Un recién nacido, un infusorio, una planta mismo, eran más activos, más soberanos que ese hombre en la plenitud de la edad. ¡Y ese hombre era el rey de la creación, el dueño de la naturaleza, el dominador de l a materia! Ese hombre podía crear, amar y sufrir; pues sufrir es vida, y ahora esa vida era incapaz, absolutamente incapaz.

Con estos pensamientos, únicas manifestaciones de una lama pronta a huir, hacia el infinito, desde las últimas células adonde se había refugiado huyendo de l a muerte que avanzaba segura y lenta, pasó por fin la noche de angustia, la última que debía pasar Salvador en este mundo.

Por las persianas del cuarto del enfermo, se filtraron las primeras luces del alba. La luz de una bujía con que se había alumbrado la habitación, se extinguió de suyo sobre el candelero, lanzando pequeñas llamitas azules; luego se elevó una columnita de humo hacia el techo. Viva imagen de ese joven que agonizaba en esa cama cubierta de blanco mosquitero...! Consuelo, ahogando un grito, despertóse asustada, como si no tuviera cabal idea del lugar ni del tiempo. Bostezó con un estremecimiento nervioso como de frío, y luego recordando súbitamente al enfermo, levantóse violentamente con el rostro angustiado, y acudió anhelosa. El criado vencido por el sueño se había dormido, apoyando la cabeza en el borde de la cama de Salvador.....

Amor mío, murmuró Consuelo, levantando las cortinas, ¿cómo te sientes?.... has dormido algo?.... yo, tonta, te he dejado solo por dormir.....

Salvador, con la cara hacia la pared, murmuró con voz apagada y fatigosa:

No he podido pegar los ojos... la sed me mata... siento en el pecho algo como un círculo de hierro que me impide respirar..... Límpiame el sudor y los labios; me ahogo con esa flema! Denme la vuelta..... Oh qué sed!..... vida mía! un poquito de agua...... moriría tranquilo pero saciado de agua....

A las ocho de la mañana vinieron los médicos y don Antonio con ellos.....

¿Qué tal noche? Preguntaron a media voz, a Consuelo....

Muy mala, no ha dormido, se queja de dolor en el pecho, como si le aplastaran y de una sed rabiosa...... pobrecito!.....

Los médicos se miraron y luego uno de ellos llamó a don Antonio aparte y le dijo:

Amigo mío no hay esperanza! Principia la asfixia! No llegará ese pobre joven a la tarde... Para que muera contento, démosle agua con una sonda.....

Ayudado de los otros médicos introdujo la sonda por la garganta, y pudo hacer llegar al estómago del infeliz sediento una buena cantidad de agua fresca....

Oh, qué rica es el agua! Murmuró Salvador...... Por fin se me quitó la sed....... Gracias doctor.....

Don Antonio logró que Consuelo pasara un instante a otra habitación y acercándose a Salvador le dijo:

Amigo de mi alma, es necesario hablar la verdad: usted está mal, muy mal, y aunque no demuestre, es bueno estar prevenidos para todo. ¿no tiene que hacer arreglos, algunos encargos.... en fin, algo....

Salvador quedó largo rato como meditabundo y dijo:

Usted sabe que soy pobre, pobrísimo. Los que me aflige es dejar a mi Consuelo, a ese ángel, sin recursos; y más ahora que va a tener un niño al que Dios ha querido que yo no lo conozca.... Mi pobrecita madre también queda en la miseria, pues yo le he mandado alguna cosita todos los meses... Si usted, señor don Antonio, me prometiera socorrer a estas prendas queridas de mi alma.... muriera tranquilo y Dios le pagará.

Prometo Salvador, prometo por lo más sagrado; usted muere por cumplir los deberes de un empleo difícil, y sériame un grave cargo de conciencia no satisfacer ese justo deseo.

Gracias, gracias... usted es muy bueno, Dios le pagará...

Quiere que llamemos a un sacerdote para que arregle su conciencia?

¿Para qué? mucho he sufrido en este mundo, mucho, mucho, y espero que en el otro no será así...... en fin, veremos más tarde, voy a consultar mi conciencia.

La respiración era más difícil, de hora en hora; por los labios abiertos se escapaba abundante saliva y la garganta despedía silbidos angustiosos.

Consuelo había vuelto a ocupar el sillón junto al enfermo. Entre sus manos tenía las del enfermo, acariciándolas como si quisiera darlas vida y movimiento. Los ojos llenos de lágrimas no los separaba del enfermo, como si quisiera con esa mirada de angustia infinita, implorar a alguna potencia misteriosa la vida de ese ser adorado.

Consuelo, amor mío!... Perdóname si te hago sufrir!..... Pero debo decirte que me muero!..... Te dejo sola...... Sí, me muero! no puedo ya respirar!..... Me ahogo!...... Abre la ventana que da al río.

De la ventana se divisaba el ancho Guayas, la orilla opuesta desde Santay hasta Durán; y esa tarde el lejano Chimborazo, limpio de nubes, dominaba el inmenso paisaje.......

Oh! el Chimborazo! Murmuró Salvador..... ¡qué hermoso!...... atrás está la Sierra!.......

En estas palabras pintaba la nostalgia infinita que a esa suprema hora de la vida sintió el moribundo. Debió atravesar por la nebulosa imaginación de Salvador, próxima a extinguirse un rapidísimo relámpago, con el recuerdo de los campos frescos, los aires puros y los paisajes agrestes de la Sierra; pues, de los ojos siempre abiertos se escaparon algunas lágrimas y de su pecho un suspiro trabajoso.....

Eran las cuatro de la tarde. Abrióse la puerta del cuarto, un hombre alto, musculoso y bien vestido avanzó al lecho de Salvador....

El enfermo intentó sonreírse y murmuró con voz apenas perceptible:

Luciano....... mi Luciano.... has venido..... me muero viéndote........

Luciano, arrodillado en el suelo abrazó a su amigo moribundo y sin poder contener un dolor inmenso, estalló en sollozos.... Ayer, tan luego como salté del vapor..... dijo, en medio de su llanto, del vapor en que he venido de Europa, leí en el "Grito del Pueblo", que tú estaban enfermo. He averiguado por la casa todo el día, y ahora vengo a verte...... pero en qué estado, Dios santo!.......

Esta es mi mujer, Luciano.... abrázala.... te recomiendo a mi madre..... Si ves a, a........ a Mariana, díle que..... le perdono....... no la maldigo...... pobrecita..... Me ahogo....... me ahogo........ Consuelo..... estoy......

No concluyó la frase...... hizo un imperceptible movimiento de la cabeza; de los labios abiertos y colgantes brotó una espuma sanguinolenta; la cara tomó una expresión beática y bellísima, y los ojos vidriosos quedaron fijos en el Chimborazo, que allá, en el confín del paisaje inmenso resplandecía con los últimos rayos del sol.

Digitalizado por el voluntario: Oscar Muñoz Ujevic